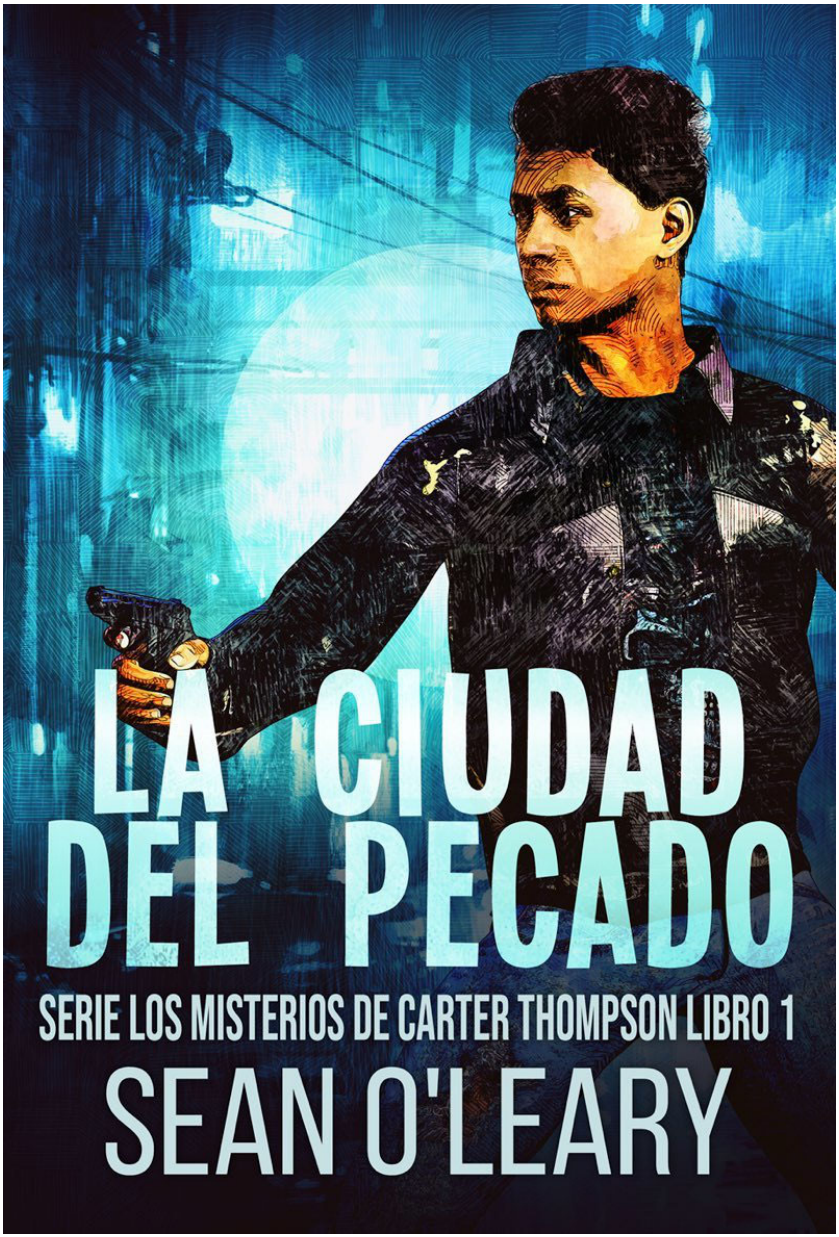
LA CIUDAD DEL PECADO
SERIE LOS MISTERIOS DE CARTER THOMPSON LIBRO 1
SEAN O'LEARY


LA CIUDAD DEL PECADO
SERIE LOS MISTERIOS DE CARTER THOMPSON LIBRO 1
SEAN O'LEARY

# LA CIUDAD DEL PECADO

SERIE LOS MISTERIOS DE CARTER THOMPSON

LIBRO 1

SEAN O'LEARY

Traducido por

NAHIR SEIJO

Derechos de autor (C) 2022 Sean O’Leary

Diseño de Presentación y Derechos de autor (C) 2023 por Next Chapter

Publicado en 2023 por Next Chapter

Arte de la portada por CoverMint

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos reales, locales o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se puede reproducir ni transmitir ninguna parte de este libro de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso del autor.

**ÍNDICE**

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Querido lector

Acerca del Autor

Ahora, pues, tampoco miraré con compasión, ni usaré de piedad; los trataré como ellos merecen.

**EZEKIEL 9:10**

## CAPÍTULO UNO

Las tres de la madrugada, Kings Cross, Sídney. Motel Carrington. Un antro andrajoso y decadente de la calle Darlinghurst. Un hombre de gran tamaño y con una enorme barriga mantenía relaciones sexuales con Rhia, una joven prostituta. Tenía pelo negro y gris por el pecho, la barriga, la espalda y el trasero. Rhia apenas podía respirar y giraba la cabeza hacia la derecha para poder coger aire. Intentaba no mirar al hombre gordo y calvo que sudaba mientras empujaba más y más. Rhia, menuda y con poco pecho, rezaba para que se corriera; paró de repente y dejó caer todo su peso sobre ella.

El aire acondicionado expulsaba un aire viciado, apenas frío. En la calle, todavía a veintiocho grados, se respiraba un aire húmedo y pegajoso. Clavó los dedos y manos en la grasa a la altura de las caderas, intentando coger aire al tiempo que se lo sacaba de encima. Colocó la rodilla derecha entre las piernas de él, obligándolo a apartarse. Clavó dedos y manos en la grasa, empujó y empujó hasta que finalmente logró liberar un brazo, luego una pierna y escapar de debajo de él. El asqueroso sudor le había llegado hasta el pie y tenía vello púbico pegado en la piel. Corrió hasta la ducha, la puso en funcionamiento, se metió bajo el agua fría hasta que salió caliente y allí permaneció hasta que el último centímetro de su cuerpo se había limpiado de cualquier resto de aquel tipo.

Rhia envolvió una toalla alrededor del pecho y volvió a la habitación, en la que seguía tumbado boca abajo.

Muerto.

-¿Qué coño hago ahora? –se dijo a sí misma en voz baja.

Cuando Rhia creía que le había pasado de todo en su corta vida laboral, se encuentra con esto. Estupendo. Se puso las bragas rojas de raso, la minifalda vaquera, el sujetador amarillo y la camiseta

negra. Se calzó las botas negras de cordones. <<Puta mierda. Aquí lo dejo>>. Las cámaras de seguridad. El Carrington no tiene. Por eso quiso quedar allí con ella. Las de las calles cercanas pueden haber grabado a alguno de los dos yendo hacia el motel. Él fue el primero en llegar, así que no los habrán visto juntos. Era su segunda cita con él. Al principio había dicho que no porque era muy gordo, pero le ofreció el doble. Rhia tenía una hija a la que vestir y mandar a la escuela, así que aceptó. La había llamado desde una cabina telefónica. Creía que ya no existían. Él se registró. Cuando ella llegó, le dijo que ya había pagado la habitación. Tenía cosas que hacer cuando ella se fuera. A ella le importaba una mierda lo que tuviera que hacer. Ella quería un pim, pam, pum, adiós muy buenas. Y ahora esto. Recordó de nuevo que el Carrington no tenía cámaras de seguridad. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿El recepcionista? No lo había visto antes. Podía resultar un problema.

Se preguntaba quién sería el cerdo grasiento. Había visto que llevaba un pequeño bolso. Fue a cogerlo a la silla que estaba junto a la cama y rebuscó en su interior. Sacó un fajo de billetes metidos en una bolsa de plástico hermética, la abrió y los contó despacio. Cinco mil cuarenta dólares. El móvil; ella no lo había tocado. Lo dejó en el bolso. Rebuscó un poco más. Encontró una billetera con seiscientos en efectivo y dos tarjetas de crédito. Tenía preparado el dinero para pagarle; el doble de su tarifa habitual. Normalmente le pagaban al principio, pero este tío iba a pagarle seguro; como ahora. Encontró un trozo de papel en el que estaba escrito 26784. Pensó que seguramente se trataría del PIN; el gilipollas gordo asqueroso lo guardaba en la cartera. Era demasiado estúpido como para memorizarlo. Estaba cabreada con él por joderle la noche, y seguramente la vida.

Había un cajero automático en la avenida Springfield, muy cerca de la calle Darlinghurst, a tiro de piedra, que no tenía cámaras. Saber este tipo de cosas formaba parte de su trabajo, parte de la puñetera rica variedad de su vida.

Metió las tarjetas de crédito en el bolsillo de la falda vaquera y el dinero en el bolso negro. En el bolsito del tipo también había un carnet de conducir. Se llamaba Robert Norton. Ponía que vivía en Penrith, en la enorme periferia oeste de Sídney. Recorrió toda esta

distancia por ella y por lo que fuera que había planeado hacer después. También encontró Viagra en el bolsito. Estaba dispuesto a pasar una gran noche; con un chico o quizás con otra chica. Degenerado de mierda. Daba mucho asco allí tirado, sin más, con la saliva cayéndole por la boca.

Le cogió la chaqueta del traje y comenzó a registrarla, pero tropezó y se cayó sobre la dura moqueta marrón; al frenar la caída, su mano derecha notó algo en el bolsillo de la chaqueta. Un objeto plano y pequeño que se le había clavado en la palma de la mano. Sacó del bolso una navaja que llevaba para protegerse, más para asustar que para usarla. También llevaba una pistola paralizante, que ya había utilizado unas cuantas veces. Otra cosa que también formaba parte de su vida. Cogió la navaja y cortó el forro. El objeto cayó al suelo. Se trataba de una pequeña memoria USB de color azul claro. Quizás de 16 gigas. Pequeñita pero con suficiente información como para guardar todos los secretos de un muerto. La guardó en el bolsillo. Se levantó. Podría serle de utilidad. Ella no sabía de qué modo, pero Salem sí lo sabría.

Comprobó que no se dejaba nada en la habitación mientras pensaba qué podía hacer con respecto al recepcionista. No lo había visto antes, a pesar de venir al Carrington muchas veces; eso sí, no últimamente. Limpió todas las superficies, incluso el bolsito del tipo, por dentro y por fuera. Sabía que había dejado su ADN pero nunca había estado en la cárcel, nunca acusada de nada o arrestada si quiera. La prostitución era legal; ya no andaba con drogas. En realidad nunca lo había hecho, excepto cuando Salem estaba en la cárcel. Ahora el noventa y cinco por ciento de su trabajo lo desarrollaba por teléfono o por internet. Si hacía una proposición a alguien en la calle se trataba de un ataque planeado, muy pensado. Llevaba haciéndolo el tiempo suficiente como para escoger a los tipos adecuados, pero eso es lo que siempre decían hasta que ya era demasiado tarde. Rozaba el límite de la criminalidad, quebrantando la ley, robando dinero, borrando sus huellas digitales. Dirigiéndose al cajero automático con las tarjetas de crédito.

Abrió la puerta del motel y limpió el pomo con un pañuelo. Se secó la frente y la nuca; el verano de Sídney podía llegar a ser matador. Salió de la habitación; era la que estaba más lejos de la calle. Cerró

la puerta tras ella y limpió el pomo exterior. Caminó a lo largo del pasillo. No había luz en las otras habitaciones. Eran las cuatro de la madrugada. Bajó las escaleras que daban a la andrajosa recepción. El recepcionista dormía con la cabeza sobre el mostrador. La muerte del gordo saldría a la luz cuando el servicio de limpieza lo descubriera por la mañana.

Caminó rápidamente hasta la avenida Springfield, atajando por la plaza para llegar al cajero, que no estaba expuesto al alumbrado público. Estaba insertado en la pared de una pequeña tienda familiar, cerrada durante la noche. Introdujo la primera tarjeta en la ranura y tecleó el PIN. No funcionó. Metió la segunda y tecleó el PIN. Bingo. El tipo gordo tenía dieciocho mil dólares. El límite diario era de dos mil; los sacó. Embutió el dinero en el bolso. Regresó a paso rápido hacia la calle Darlinghurst, pero se paró unos cinco metros antes, casi al final de la plaza Springfield. Había un desagüe con tapa de rejilla. Arrojó por él la primera tarjeta. La segunda, la que funcionaba, no la tiró todavía. Dieciséis mil. Arqueó la ceja, entrecerró los ojos, y se la quedó.

La guardó en el bolso.

Las cuatro y diez de la madrugada del viernes. Verano en la ciudad del pecado. La calle Darlinghurst todavía estaba animada cuando Rhia llegó a ella y giró a la derecha en dirección a su casa. Sobre todo bares, pubs y espectáculos de sexo, pero también estafadores y estafadoras. Prostitutas baratas enganchadas a la vida. Chulos gritando, intentando convencer a los turistas, hípsters, chicos y chicas de las afueras, mamás y papás, para que se introduzcan en su mundo de sexo, carísimo alcohol rebajado con agua, y drogas. Bolsitas de hierba, y polvos y alucinógenos más caros, todo ello disponible sabiendo establecer contacto visual con la persona apropiada. Un peligroso juego cuando te relacionas con la escoria del planeta.

Caminó hasta una pizzería. Pensaba en el recepcionista. Había hecho bien en no despertarlo. Fuera quien fuera Norton, ni su mujer, ni sus amigos ni sus socios querrían que se supiera cómo y dónde había muerto.

Compró dos trozos de pizza y, cansada, se sentó en un sucio escalón

frente al local. Comió con ganas. <<No puedo seguir con esta mierda>>, pensó. Había alcanzado el punto de inflexión. ¿Pero cuántas veces se había dicho eso a sí misma? Se levantó, prosiguió a través de la cada vez más escasa multitud hasta llegar al paso elevado de la autovía, sobre la calle Victoria. Pasó por delante de bares cerrados, restaurantes tailandeses, entradas de hoteles y un vendedor de prensa. Por el café Uno (famoso por sus copiosos desayunos), el hotel Green Park; giró hacia la calle Burton, pasando por el parque con el quiosco de música. Giró a la derecha hacia Darley Place y luego atajó por un viejo callejón repleto de jeringuillas usadas, que ni siquiera existe en Google Maps. Atravesó un patio trasero y subió los escalones de madera de la parte de atrás del pequeño apartamento de dos habitaciones que compartía con su hija Molly y con Salem.

Los amaba más que a la vida.

Las luces estaban apagadas. Bebió agua del grifo de la cocina sin encender la luz, se dirigió a su habitación, se desnudó, cogió una camiseta blanca limpia que estaba en una silla, unas bragas blancas del cajón de arriba, y se metió en la cama. Pasó el brazo alrededor de Salem, que dormía, se acurrucó contra él y susurró:

-Ya he llegado, cielo.

Pensó en el dinero extra. No tendría que trabajar durante una temporada. Iba a apartarse de todo esto. Podría ser un nuevo comienzo.

## CAPÍTULO DOS

Carter Thompson, alias <<Cash>>, aparcó su Hyundai I30 en un parking cubierto de la avenida Ward, conocida por sus traficantes de drogas. El Hyundai era un premio de su jefe en la fiscalía por sus años de servicio. Se reía al pensar en ello. Era una mierda. Pero no era un coche que al mirarlo dijeras <<un poli>>. Por eso se lo dieron. Era eficiente, fiable y tenía más potencia de lo que esperaba. Puede que estuviera empezando a gustarle. Trabajaba solo; ese era el trato. Si necesitaba a alguien, tenía un tío.

Thompson era un tipo guapo de piel morena; un indígena. Era alto, rozando el metro noventa y cinco, y tenía unos brazos largos y fuertes. Entrenaba, corría, surfeaba y también nadaba en la piscina del Diggers Club, así que más que corpulento era fuerte y delgado. Y también podía tener el mejor directo de derecha, si era necesario; de cuando entrenaba en el gimnasio Hector, en Redfern. También se había peleado unas cuantas veces. Sabía golpearte. Llevaba siempre unos Levi's negros o pantalón de chándal negro, camiseta negra o camisa negra de manga larga en invierno con chaqueta de cuero marrón, como una chaqueta de traje con estilo. Resistentes zapatos negros tanto en verano como en invierno. Era una forma de no tener que pensar en ese tipo de cosas.

Caminaba por la avenida Ward fumando un cigarrillo. Había llovido, por lo que había incluso más humedad que el día y la noche anteriores. Alrededor de treinta y cinco grados de temperatura. Atajó por la calle Roslyn, pasando por el Piccolo Bar y el club Round Midnight. Atravesó una calle Darlinghurst casi vacía, hacia el motel Carrington. Subió a la tercera planta, habitación 308, la última, la más alejada de la calle Darlinghurst. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con el talón antes de llegar a la cinta de señalización amarilla y negra. Allí estaban los tipos de la escena del crimen. Era la una de la tarde. Hizo una señal a Kholi para preguntar si podía pasar.

-Sí, casi hemos terminado.

Kholi era indio. Un hombre bajo y fornido con el pelo grueso y ondulado, al estilo de Bollywood. Un tío guapo.

El gordo yacía en una camilla naranja, a la espera de que cerraran la bolsa para transportar cadáveres.

-¿Esa camilla está reforzada porque es un puto gordo? –preguntó Thompson.

Se oyeron las risas de algunos de los tíos de la escena del crimen. Kholi sonrió burlón y dijo:

-¿Sabes quién es?

-Me lo han dicho, sí. Norton. Un pez gordo de la Iglesia New Light.

-¿Sabes cómo murió?

-Steele dice que manteniendo relaciones.

-Sip, muerto en el acto.

-¿Qué más habéis encontrado?

-Un bolso de hombre sin dinero en la cartera, un teléfono móvil, su carnet de conducir, la tarjeta sanitaria y nada más. No hay tarjetas de crédito. Un trozo de papel pequeño con un número escrito. Creo que es su PIN.

-Gilipollas de mierda –dijo Thompson–. Tendré que comprobar cuánto sacó la chica, quien quiera que sea, ¿no? A no ser que fuera un tío. Me lo vas a decir ya, ¿verdad?

-Una chica. Lo sabemos por el pene. También hemos encontrado algún pelo marrón claro en su cara. No hay ninguna huella. La chica le arañó la zona de las caderas, a ambos lados, quizás al intentar salir de debajo de él. Dudo que fuera algo apasionado, a no ser que él le pagara algo extra por ello. Ella podría tener piel bajo las uñas, que pudo haber ido a parar al desagüe de la ducha que se dio. Espero que obtengamos una muestra de ADN.

-Yo también, señor Kholi. ¿Hora de la muerte?

-Sólo estimada: sobre las tres o las cuatro de la madrugada.

-¿Y encontrado?

-A las diez de la mañana por la mujer de la limpieza.

-¿Algo en el móvil?

-No he podido romper la contraseña todavía, pero no es mi especialidad. Steele ha dicho que su mujer no la sabe. Dice que va a poner en ello a los técnicos.

-Gracias, señor Kholi.

-¿Quieres echarle un último vistazo, Thompson?

Thompson se encogió de hombros, se inclinó y observó al hombre. Gordo inflado hijo de puta. Se supone que era el número dos en la Iglesia Light Church. Evangelistas cristianos. A Thompson no le importaba la religión. Era un poli. Había visto el infierno. Pero a los idiotas les seducía la New Light. También a algunos idiotas de remate poderosos. Actores muy conocidos, hombres de negocios, y mujeres, todo tipo de <<famosos>>. Antes de las últimas elecciones, Bob Ellis, el Primer Ministro del Partido Conservador, dio inicio a su campaña en la Iglesia de New Light un domingo por la tarde en Bondi Junction. Aleluya hermano. Que los votos vengan a mí.

-He terminado, señor Kholi, este es su terreno. ¿Puede decirme algo más?

-La verdad es que no. Como ya he dicho, falleció manteniendo relaciones. Tendremos que hacerle test de drogas y alcohol. En la habitación no hay drogas. La chica o mujer se dio una ducha, revisó sus pertenencias, robó las tarjetas de crédito, limpió lo demás y se fue.

Thompson echo un vistazo a la habitación. Vio la chaqueta en el suelo.

-¿Qué ha pasado con esto?

-Ah, sí, perdón, Cash. También es importante. Alguien cortó un agujero en el interior del bolsillo de la chaqueta. Y me refiero a algo improvisado, con una navaja o algo así.

-Vale, un poco raro.

-Rarísimo. Debió de ver o notar que ahí había algo.

-¿Ha dicho Steele algo sobre esto?

-Parece ser que no es asunto mío.

-Ah. ¿Pero lo ha hecho nuestra chica?

-¿Quién si no?

-Si no me equivoco, el recepcionista hizo el registro del tipo –dijo Thompson-, pero se fue a casa a las siete de la madrugada.

-Sí. La habitación es tuya –dijo Kholi-. Tengo cosas que hacer.

Llegaron dos tíos de la ambulancia. Movieron el inmenso cuerpo de Norton en la camilla por el pasillo.

Thompson permaneció en medio de la habitación y dijo:

-¿Por qué viniste aquí? ¿Por qué esta chica?

## CAPÍTULO TRES

Rhia se despertó a las diez de la mañana. Se incorporó despacio. Se frotó los ojos, apoyó las manos atrás al tiempo que se orientaba, pensando en la noche anterior, en el paseo hasta casa. El gordo repulsivo al que tuvo que empujar con la rodilla para quitárselo de encima. Pensó en el dinero. En lo que podría comprar con él. Puta mierda. Aún podía tener problemas. Ese recepcionista. Tenía que arreglarlo. No sabía qué contarle a Salem o si contarle algo siquiera.

Se dejó caer en la cama y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, una carita la observaba detenidamente. Tenía el pelo marrón claro, llevaba pantalones de pijama de colores, una camiseta rosa con un oso negro, manchada. Tenía siete años, casi ocho. Rhia le sonrió y dijo:

-Te quiero, cariño.

-Hora de levantarse, Rhia.

-Llámame mamá, cariño.

-Es hora de levantarse para venir conmigo y Salem al sofá, ver pelis, es sábado, no hay clase, prometiste que te levantarías.

-¿Puedes traerle a mami los cigarrillos de la cocina?

-Cógelos tú –dijo la niña, corriendo de vuelta a la sala.

Rhia se sentó. Salem no se había despertado cuando se acurrucó contra él por la noche. Pensó que tal vez podría haber una cajetilla de cigarros en los cajones de la cómoda; se inclinó hacia delante y abrió el cajón de arriba. Rebuscó entre las medias y calcetines y consiguió una cajetilla de Kent. Y un mechero azul claro. Sacó uno. Había un cenicero bajo la cama. Se inclinó, lo cogió para ponerlo en el regazo, se tumbó y encendió un cigarro ligeramente torcido.

Salem toleraba que fumara porque se sentía culpable por no trabajar. Estaba en libertad condicional. Cumplía condena en una granja prisión cerca de Wollongong. Pero Salem era de constitución delgada, no tenía dinero y era fácil que lo amenazaran en un lugar como aquel; estaba siendo una dura condena. Se asomó a la puerta llevando puestas unas gafas inteligentes. La única persona en el mundo que todavía las llevaba. Un fracaso publicitario del máximo nivel, pero Salem aún las tenía. Nunca se las sacaba.

-¿Estás bien, nena? -preguntó.

-Sí, gracias.

Sonrió y dijo:

-¿Ningún problema ayer por la noche?

-No. Ven y dame un abrazo. Sácate las malditas gafas.

Caminó hacia ella; ella dejó el cigarro en el cenicero, sobre la cómoda. Se abrazaron con fuerza. Ella se levantó. Salem le sujetó la mejilla derecha y dijo:

-Te quiero más que a las tortitas.

Ella se rio, él se sacó las gafas y besó su aliento de fumadora. Ella deslizó la lengua en su boca, lo imitó agarrándole el trasero y se besaron durante un minuto aproximadamente; después él la empujó de nuevo a la cama y dijo:

-Dúchate y lávate los dientes, apestosa.

-Eh, tú –dijo ella sonriendo. Salem se giró y volvió junto Molly a la sala, para ver películas antiguas en la tele.

## CAPÍTULO CUATRO

Thompson se sentó en un sillón de la habitación 308 del Carrington. Llamó a su jefe, Gavin Steele.

-¿Thompson?

-Sí. Kholi ha dicho que han robado las tarjetas de crédito de Norton. Has hablado con su mujer, ¿no?

-Sí.

-Joder, Steele. ¿Y?

-Está preocupada por un USB que su marido llevaba encima. Dice que no se despegaba de él.

-¿Había dinero?

-Ella cree que llevaba tres o cuatro mil dólares. Parece ser que lo hacía habitualmente.

-Un buen tanto para nuestra chica trabajadora. Hay otra cosa: la chaqueta estaba tirada en el suelo de la habitación. Sacaron algo cortando el forro y, sí, ahora sé que era el USB.

-Tiene que ser.

-¿Te pareció que estaba enfadada con él?

-Más que nada avergonzada, pero se puso seria con lo del USB. Contiene algo gordo de lo que no ha querido decirme nada.

-¿Han retirado dinero de sus tarjetas?

-Todavía estoy esperando una llamada.

-Es de suponer que la chica vaya a sacar o haya sacado el límite diario. El de muchas tarjetas es de dos mil dólares. Luego la tirará.

-Eso es trabajo tuyo. También han contratado a un detective privado.

-¿Lo ha hecho New Light?

-Sí, no quieren decirme de quién se trata.

-Echaré un vistazo a la habitación. Kholi suele ser impecable en su trabajo, así que no espero encontrar nada, pero lo haré de todas formas.

-La chica es un problema. Hay que encontrarla.

-Ya lo sé. Llámame cuando sepas algo del banco. Dame el número de teléfono de la mujer.

Steele le proporcionó el número y dijo:

-Ve con cuidado con ella. Esta gente tiene contactos con el Primer Ministro.

Thompson colgó el teléfono. <<Me importa una mierda>>, pensó, <<me preocupa más la chica>>.

Llamó a la señora Norton:

-Hola.

-Señora Norton, me llamo Thompson. Trabajo para la oficina del fiscal. Estoy investigando la muerte de su esposo.

-Es usted un detective, señor Thompson.

-Algo más que eso, señora.

-Ya veo.

-¿Qué contenía el USB, señora Norton? ¿De qué color es?

-Señor Thompson, no sé cómo recalcarle la importancia de

recuperar ese USB. Era azul claro. El contenido no es asunto suyo. Por favor, no acceda a los datos que contiene. Es algo sumamente privado. Espero que encuentre a quien asesinó a mi…

-No lo han asesinado. Ha sufrido un infarto. ¿Conoce usted las circunstanc…

-Sí, las conozco. Por favor, ya es suficiente. Ya he tenido bastante por un día. Encuentre ese USB, señor Thompson. La Iglesia lo quiere y lo necesita.

-Sí, señora.

-Gracias. Podemos hacer cosas por usted, señor Thompson.

-Claro –respondió él.

Colgó. <<Que te follen>>, pensó.

Thompson se levantó del sillón, enfadado por la forma en la que le habían hablado. ¿Qué hay en ese pequeño USB azul claro? Examinó a fondo la cama. Nada. No había armarios, sólo un perchero de metal. Entró en el baño. Examinó la ducha. Levantó la tapa de la cisterna del retrete. Nada. Pasó las manos por las repisas de la ventana. Sacudió las cortinas. Revisó las lámparas.

Nada.

Hora de encontrar al recepcionista.

## CAPÍTULO CINCO

Thompson abandonó la habitación del motel. Caminó por el pasillo hasta las escaleras y luego bajó a la recepción. En el mostrador había sentada una chica joven con el pelo corto de color rojizo y somnolientos ojos marrones. Le sonrió, mostrando una dentadura que había sido blanqueada. Pensó que seguramente fumaría.

-Me llamo Thompson. Trabajo en la oficina del fiscal. ¿Cómo te llamas?

-¿Qué?

-¿Cómo. Te. Llamas?

-Bella.

-¿Quién hizo ayer el turno de noche?

-Wayne.

-¿Wayne qué más?

-No sé cómo se apellida.

-¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí?

-Tres semanas.

-Su nombre y número, por favor.

-Yo… yo, mmm, el encargado. Está detrás, espere un segundo.

-Gracias.

Un tío con camisa blanca, pantalones negros y delgadas gafas negras salió con Bella de la oficina trasera.

-Me llamo Henry. Soy el encargado.

-Mi nombre es Thompson. Soy de la oficina del fiscal. Necesito el nombre completo de Wayne, su dirección y número de teléfono móvil.

-No puedo dar…

-Mira, Henry. Soy poli. ¿Qué es lo que no entiendes?

Henry se encogió de hombros, rindiéndose en seguida, y volvió a la oficina; regresó unos minutos más tarde con un folio que contenía el nombre, dirección y número de teléfono de Wayne. Se lo pasó a Thompson, que dijo:

-Es nuevo. ¿Es eventual o qué?

-Empezó hace unas semanas –dijo Henry-. El tío anterior se largó sin avisar. Wayne es amigo del dueño.

-¿Cómo se llama el dueño?

-Les Connor.

-¿Tienes sus datos?

Henry se encogió de hombros de nuevo, cogió un bolígrafo y una libreta y escribió el nombre y número de teléfono del dueño, y dijo:

-¿Algo más?

-¿Conoces a una prostituta de pelo marrón claro que viene por aquí? Puede que haya estado aquí con Norton, el tipo gordo que murió aquí ayer por la noche.

-No.

-No. Sin más. ¿No se te ocurre nada? ¿Ninguna idea?

-No. No es una habitual.

-¿Estás seguro?

-Pelo marrón claro, señor Thompson, no es una descripción muy buena.

-No, pero podía tratarse de una habitual.

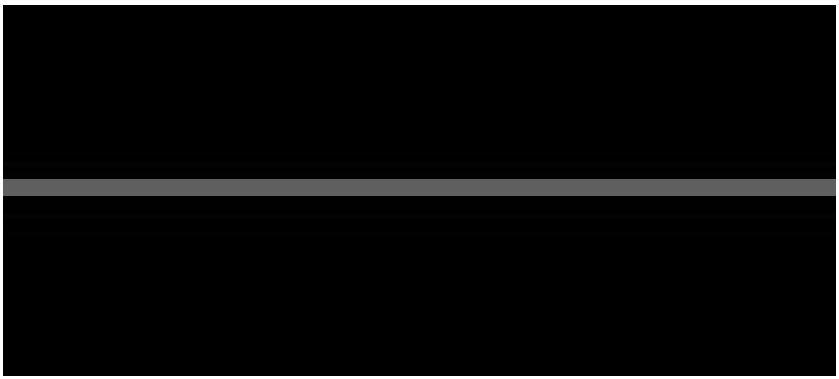
-Ya entiendo, pero no, podría ser cualquiera.

-Cualquier mujer que se dedique a la prostitución. Piénsalo bien, Henry, ¿vale?

-Sí, ya lo entiendo.

Bella miró a Henry con compasión, lo que hizo sospechar a Thompson que se le estaba tirando.

-Piénsalo bien tú también, Bella. Volveré. Ahora mismo Wayne es muy importante; demasiado importante.



Se sentó en el coche y observó el folio. El recepcionista esa noche era Wayne Hampton. Vivía la calle Reuse, en Leichhardt. Marcó el número de Wayne en su Samsung. Esperó. Sonó. Lo intentó de nuevo: lo mismo. Arrancó el coche, salió del aparcamiento por la avenida Ward; condujo por la calle Victoria en dirección a la calle Oxford, giró a la derecha y dijo:

-Escuchar a Sade.

Por los altavoces sonó The Sweetest Taboo. Se relajó un poco,

pensando en Sade bailando descalza en el escenario, todavía increíblemente hermosa a sus cincuenta y muchos. Pasó por delante del hotel Lansdowne, escenario de delitos relacionados con el alcohol cuando era joven, y continuó hacia la calle Parramatta en dirección a Leichhardt.

Llegó a la calle Reuse y al piso en el que vivía Wayne. Leichhardt era conocido por sus cafeterías, la población de italianos y por aceptar a las lesbianas. Hace años lo llamaban Bollera-Hardt. Thompson no sabía si seguía usándose ese apodo, pero siempre le hacía gracia. Había cuatro viviendas en el bloque. Wayne vivía en el número dos.

Thompson subió unos escalones que llevaban a una pequeña parcela de césped ajardinado a cada lado. El número dos estaba a la izquierda. El sitio no estaba nada mal para un recepcionista eventual. Llamó a la puerta. Esperó quince segundos y llamó de nuevo. Nada. Se acercó a una ventana con reja de acero. Las cortinas negras estaban bien cerradas. Volvió a la puerta. Sacó su llave maestra electrónica que funcionaba a batería y manipuló la cerradura.

Ábrete sésamo.

Entró al vestíbulo. Apestaba. Llevaba su arma sobre la cadera derecha; abrió la funda. Dejó la mano sobre la pistola, floja, sin apretar, listo para actuar. Aquel olor. Entró en la sala, a la derecha. Wayne estaba clavado a la pared del fondo, desnudo, como si estuviera crucificado, no muy arriba, a la altura de los ojos. Le corría mierda por las piernas. Había otra mancha húmeda de pis y a saber qué más en el suelo, debajo de él. Manchas de sangre reseca en los empeines de ambos pies y las palmas de las manos, por donde lo habían clavado. Unos putos clavos gordos lo sujetaban en la pared. La boca estaba rellena con lo que parecía ropa interior; atado alrededor de la cabeza con una soga que se le clavaba en la piel. Joder. <<Deben de haberlo drogado primero>>, pensó Thompson, con esa esperanza en parte, porque si no habría sido una muerte horrible y ruidosa. Tenía una herida en un lateral, para completar la escena al estilo de la muerte de Jesús. Lo observó más de cerca; había marcas de pinchazos en ambos brazos. Algunas recientes y otras antiguas. ¿Un yonqui? ¿Le han metido una

sobredosis, quizás? Los del piso de arriba habrán pensado que estaban, quién coño sabe, en obras. Iría a preguntar. Marcó un número en el móvil. Respondió una voz.

-Hola.

-Señor Kholi, tengo otro para usted.

-¿Dónde?

Le facilitó la dirección.

-¿De qué se trata? –preguntó Kholi.

-Una crucifixión, ¿habías trabajado con alguna?

-Hace muchos años, antes de conocernos.

-Lo único que he tocado es la puerta de entrada. Espero que lo hubieran drogado antes. ¿Puedes traerme un traje desechable? Quiero peinar todo el piso, ¿ok?

-Por supuesto, Thompson.

-Otra cosa.

-Sí.

-Es el recepcionista del Carrington.

-Entendido.

-Te mandaré un mensaje con la dirección.

-Nos vemos, Thompson.

Thompson salió y encendió un cigarrillo. Había un banco en el césped. Se sentó en él, apretó fuerte el cigarro, casi rompiéndolo entre los dedos. Joder. Era un mensaje. Decía << No investiguéis. Olvidad que habéis visto a ese gordo cabrón en la habitación del motel >>. Despacio, apuró el cigarrillo hasta el final. Lo tiró al césped y lo pisó. La herida en el costado. ¿Un mensaje religioso de New Light o alguien que quiere que pensemos que es New Light?

Se levantó y caminó a través del césped hasta el número uno. Había un timbre. Lo presionó con fuerza y produjo un fuerte sonido. Nada. Volvió pulsar, otra vez y otra; nada. Aquí no podía utilizar su herramienta o habría problemas. Subió las escaleras y se fijó en que las cortinas de color marrón claro de la ventana de la izquierda estaban un poco abiertas. Lo observaban. ¿Desde hacía cuánto tiempo? Llamó a la puerta. Abrió un hombre de cuarenta y muchos años. Era un poco calvo; más o menos guapo, del tipo Sean Connery en Los intocables de Eliot Ness. Jersey de cuello alto negro, vaqueros negros, botas safari negras. Ojos castaño oscuro como el chocolate. <<¿A quién tenemos aquí? El jodido Philip Adams>>, pensó Thompson, sonriendo un poco. El hombre sonrió y dijo:

-¿En qué puedo ayudarle?

-Me llamo Thompson. Trabajo para la oficina del fiscal.

-Entiendo.

-¿Cómo se llama?

-Sarhan Al-Abadi.

Árabe. Había creído que era un americano medio, pero ahora que lo observaba más detenidamente podía ver que se había equivocado.

-¿Conoce a Wayne Hampton?

-El de abajo, sí. Ambos escribimos. Yo soy escritor. Wayne está intentando que le publiquen algo pero sigue siendo escritor, ya sabe. Si uno escribe es…

-Ya lo pillo. ¿Ha escuchado usted hoy algún ruido en el piso de abajo?

-Creo haber oído martillazos; y también un taladro. ¿De qué se trata?

-Siento tener que decirle esto, señor, pero Wayne Hampton está muerto.

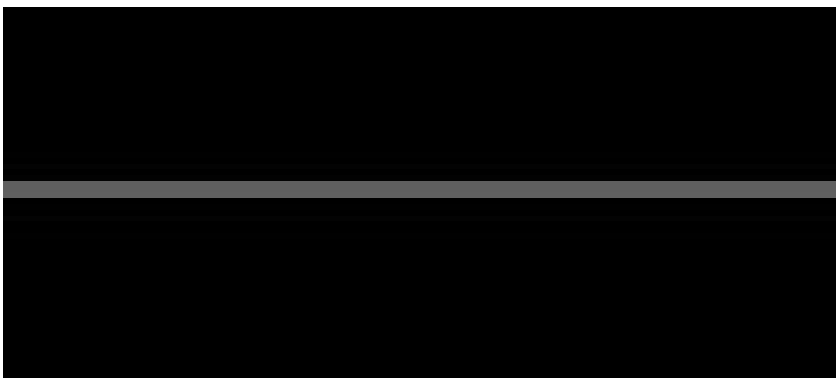
-Mierda –dijo en bajo-. Hablé con él hace un par de días. Había

encontrado un trabajo en un motel hacía poco. Dijo que era un lugar extraño, que sería bueno para…

-Lo pillo, señor. Va a tener que permanecer en su casa hasta que llegue el equipo forense. Tomarán muestras de ADN. Registrarán su apartamento. Podrá quedarse y observarlos. Seguramente yo también examinaré su apartamento en breve. ¿Entiende?

-Lo pillo, señor Thompson –dijo, y una leve sonrisa se dibujó en los labios de Al-Abadi. Thompson pensó: << Ándate con cuidado, cabrón >>

Volvió abajo. El señor Al-Abadi no se había asustado lo más mínimo por un << poli >> de la oficina del fiscal ni porque su amigo estuviera muerto. No estaba conmocionado. Quizás alarmado, pero ni conmocionado ni asustado. Quizás estuviera curado de espanto, tuviera mundo. Se pasaba de arrogante o un hombre seguro de sí mismo. Había diferencia. Thompson tendría que averiguarlo. Esperó en el banco a que llegara Kholi.



Thompson salió del apartamento de la planta baja sacudiendo la cabeza. Limpio como un espejo, a no ser que Kholi encontrara algo. Se sacó las fundas de plástico de los zapatos una por una. Bajó la cremallera del mono naranja y se quitó el gorro elástico. Se puso los zapatos. Joder, hacía calor. Volvió a sentarse en el banco. Echó un vistazo a la ventana de arriba. Otra vez lo estaban observando. No le gustaba. Nadie había salido del número tres de arriba;

seguramente no estuvieran en casa. Sacó un Marlboro Light de la cajetilla y lo encendió con un mechero Bic naranja. Soltó el humo hacia el cielo. ¿Cómo podía un recepcionista permitirse un piso de dos habitaciones en Leichhardt si sólo llevaba trabajando allí tres semanas? ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo allí? Preguntas para hacerle a la compañía arrendataria, no a Al-Abadi. Tenía que ser arrendatario, no propietario; seguro.

Fumaba sin apenas moverse. Vaya mierda. Arrojó el cigarrillo a sus pies y lo dejó consumirse. Respiraba despacio. Volvería al motel. A echar otro vistazo a la habitación. Interrogar al encargado y a la recepcionista un poco más. Averiguar cuándo podría hablar con el resto del personal, la limpiadora que encontró a Norton. Pero primero haría otro intento con el hombre que lo había estado observando.

Llamó a la puerta. El casi calvo Al-Abadi abrió y dijo:

-¿Ya vienen?

-No. ¿Puedo pasar? Tengo algunas preguntas más que hacerle.

-Claro.

Se echó a un lado, dejando que Thompson entrara, y luego dijo:

-Pase por aquí -y caminó rápidamente por el corto pasillo hasta el salón de la derecha. La distribución del piso era idéntica al de abajo, excepto que este tenía un enorme y caro sofá de cuero negro con sillones a juego, mientras que el recepcionista probablemente había comprado sus muebles en AMart o en Fantastic Furniture. Había tres grandes estanterías repletas de libros en las paredes. No había televisor. Un pequeño equipo de sonido.

-¿No ve usted la tele?

-En el portátil. Eso me llega. Me gusta sentarme en la cama y verla en el portátil. No quiero el estorbo de una gran tele en la habitación. El salón es mi habitación de lectura, aunque tengo una tele y un DVD en mi oficina, que es una habitación para escribir. Los saco para ver películas especiales que no puedo ver en el

ordenador. O simplemente cuando quiero tener una pantalla grande. ¿Le estoy aburriendo? <<Sí, joder>>, pensó Cash, pero dijo:

-No. ¿Quién es aquí la compañía arrendataria?

-Andersons.

-¿Podría darme su número?

-¿Ahora?

-Sí.

-Está en el librito negro del estudio.

-Esperaré –dijo Thompson, molesto por la informalidad de Al-Abadi.

Salió y volvió al cabo de unos segundos; le leyó el número a Thompson.

-Gracias. ¿Sabe si Wayne era propietario o alquilaba el piso?

-Lo alquilaba, pero dijo que el dueño, que fue quien le consiguió el trabajo, incluía el alquiler en la nómina; un trato que tenían. No tengo ni idea de cuánto cobraba. Antes de eso tenía problemas para poder pagar el alquiler. Me lo contó. Un chico agradable pero nervioso.

-¿Alguna vez le habló de drogas?

-No.

-¿Cree usted que las tomaba?

-Yo, no, quizás, sí, hierba, una vez mencionó haberse colocado.

-¿Fuma usted hierba, señor?

-Sin comentarios.

-Parece saber muchas cosas de él. ¿Confiaba en usted?

-No tanto. Nos conocimos mirando los buzones. Cuando le dije que era escritor no se lo creía. Le enseñé mis libros, le dije que me ganaba bien la vida haciéndolo… pareció motivarle. Como si no se creyera que podías ganar dinero escribiendo.

-¿Se sentía atraído por él?

-No.

-¿Tenía visitas?

-Yo sólo he visto a un hombre, aparte del dueño, claro.

-El dueño es Les Connor.

-Sí.

-¿Es usted arrendatario o propietario, señor?

-Se lo alquilo al señor Connor.

<<No es tan rico>>, pensó Thompson.

-¿Y el hombre que lo visitaba?

-Era un hombre con mucho sobrepeso. Lo vi unas cuatro o cinco veces.

Thompson dudó. ¿Tenía una foto de Norton? No.

-Le ruego que tenga paciencia, señor. Tengo que salir a hacer una llamada.

Thompson llamó a la señora Norton.

-Betty Norton al habla.

-Señora, soy otra vez Thompson, de la oficina del fiscal.

-Sí, señor Thompson.

-¿Podría enviarme una fotografía reciente de su marido? Necesito mostrársela a alguien, para ver si puede identificarle. Es importante.

Necesito que me la mande a mi móvil. ¿Podría hacerlo?

-No soy totalmente inútil, señor Thompson. Se la enviaré tan pronto como cuelgue, y recupere ese USB, por favor. La Iglesia estará a su servicio, y eso no es poca cosa. Dios se lo agradecerá. Estaremos en deuda con usted, señor Thompson, y eso es mucho cuando se trata de la Iglesia.

-Lo haré, lo haré –dijo él.

Finalizó la llamada.

Dios me lo agradecerá. La Iglesia estará a mi servicio. ¿La crucifixión era parte del trato, señora? Otra vez había sugerido el soborno. Lo había hecho con total prepotencia. Sin miedo a una pena. ¿Cómo podía? Trabajaba para Dios.

Llegó la foto. Entró, se la mostró a Al-Abadi, y preguntó:

-¿Es este el hombre que solía visitar a Wayne?

-Sí, es él. Estoy seguro.

Thompson se sentó.

Mierda.

-¿Quién vive en el número tres?

-Diane; es agente inmobiliaria. Una rubia guapa. Trabaja mucho. No llegará a casa hasta después de la seis, se lo aseguro.

-¿Cómo se apellida?

-Eh, creo que Keating, sí, eso es.

Este tío lo ve todo porque se pasa el día en casa trabajando o tocándose los huevos. Thompson quería sonsacarle más acerca de Norton y Les Connor, el dueño. Pero por ahora era suficiente. No preocuparlo demasiado pero que pensara durante un tiempo. Si estaba relacionado con la Iglesia, algo pasaría. Ahora lo más importante era la chica. No quería encontrarla muerta como a

Wayne. Estos hijos de puta de la Iglesia iban en serio. Su gordo estaba muerto, eliminado. No podían hacer nada por él, pero había mucho más. Se habían destrozado vidas. Les Connor también estaba metido en este montón de mierda. Puede que Wayne fuera un yonqui, ¿asesinado por quién?

-¿Qué tipo de novelas escribe?

-Novela negra.

-Claro, por supuesto que sí. En seguida llegarán el señor Kholi y su equipo.

-No voy a ir a ningún lado.

-Está bien saberlo.

Thompson bajó de nuevo al tiempo que Kholi salía del piso de Wayne y dijo:

-¿Algo?

-Nada. No, nada no, algunas muestras de cabello, pero parecen de la víctima. Las analizaremos, pero ha sido trabajo de profesional, Cash. Te va a dar trabajo.

-Sí. ¿Puedes subir al piso de arriba? Wayne ha estado allí. Puede que haya muestras suyas, pero si es en el dormitorio quiero saberlo. ¿Me sigues?

-Sí.

-Necesito algo, señor Kholi. Ah, y Norton pasó tiempo en casa de Wayne. ¿Aún me sigues? Las sábanas. El baño. El lavabo. Que uno de tus hombres vuelva a mirarlo.

-Hecho. Te llamo cuando hayamos acabado.

-¿Habéis sacado algo del teléfono de Norton?

-Como ya he dicho, no es mi especialidad, Cash.

-Sip, lo siento. Estoy hilando, buscando. La herida en el costado. Investiga todo lo que puedas para intentar averiguar qué usaron. Los clavos. De dónde los han sacado. Te estoy diciendo cómo hacer tu trabajo, lo siento.

Thompson bajó las escaleras y subió al coche. Arrancó, bajó un poco la ventanilla. Encendió un cigarrillo y dijo:

-Escuchar Holy Road, de Warumpi Band.

La música comenzó a sonar por los altavoces, subió el volumen, sacó con fuerza un Marlboro Light. Callejeó por los bajos fondos hasta la calle Parramatta, de vuelta al Carrington. No le había ido tan mal, pensó, para ser un aborigen que creció en Redfern, antes de que se aburguesara. Pero, ¿y qué hay de Wayne, allí clavado a la pared? ¿Quién iba a luchar por él?

Lo haría Thompson.

## CAPÍTULO SEIS

Rhia entró en la sala vestida con las bragas blancas y la camiseta blanca, y se sentó en el sofá junto a Molly; se giró y la besó en la mejilla al tiempo que le cogía la mano.

-Para, Rhia; apestas a tabaco, para, por favor.

Rhia se levantó. Misión cumplida. Sonrió y dijo:

-Cuando yo era pequeña respetábamos a nuestros padres.

Salem y Molly se rieron a la vez.

-No es verdad –dijo Molly.

Rhia se rio con ellos, fue al baño y gritó:

-Cuando acabe de ducharme vamos a cortarme y teñirme el pelo, ¿vale, Molly?

-VALE, MAMÁ.

Rhia se desvistió y se metió en la ducha preguntándose qué demonios le iba a contar a Salem. El dinero extra estaría muy bien. ¿Podía arriesgarse a ir otra vez al cajero? Otros dos mil. Reguló el agua hasta que salió caliente, intentando que se solucionaran las cosas en su cabeza. ¿Cuánto y qué contar? Salem sabía cuándo mentía.

Salió. Envolvió la toalla alrededor de sus pequeños pechos, tal y como había hecho la noche anterior. Se miró en el espejo. <<Aún estás buena, nena>>, pensó. Veinticinco, con una niña de casi ocho años, un novio de veintidós. Y te has follado a un tipo hasta matarlo ayer por la noche. Jesús. Mierda. Puta mierda. Fue al dormitorio, cogió ropa interior limpia de color negro, vaqueros, una camiseta limpia verde con el texto Studio life. Caminó descalza

hasta la sala y dijo:

-Molly, aquí tienes cien dólares. Quiero que compres tinte para el pelo, no rubio sino blanco, como blanco oxigenado; no se llama así, pero lo más blanco que encuentres, y tijeras. Y esto que te voy a decir ahora es importante, cariño: compras el tinte en una tienda y las tijeras en otra tienda diferente. ¿Lo has entendido?

-Rhia, yo… ¿qué coño?

-No me hables así.

-Yo…

-Oye, puedes quedarte con la vuelta. Te propongo que le compres a Salem sus bombones favoritos y algo para ti si quieres, o ahórralo.

-Sólo me has dado…

-Es suficiente.

-¿Por qué tengo que ir a dos tiendas?

-Recuerda que te he hablado de saber moverse en la calle. Esta es una de esas veces. No preguntas, lo haces.

Molly miró a Salem, que dijo:

-Haz lo que te dice. Si no fuera importante no te lo pediría. Vete ya.

-Vale, vale –dijo. Metió el billete en su mono corto azul, abrió la puerta trasera y salió.

-¿Qué está pasando, Rhia? –preguntó Salem.

Salem medía alrededor de metro ochenta. Llevaba gafas inteligentes casi todo el rato; unas oscuras y redondas. Cumplió condena por delitos tecnológicos, por hackear sitios web del Gobierno. Era delgado, con el pelo rubio ligeramente largo; no se le echaban los veintidós años que tenía, con unas mejillas tan suaves que raramente veían una cuchilla de afeitar. Tenía un hoyuelo en la barbilla. Pero también algunas arrugas en la frente. La vida no

había sido fácil para el chaval que era huérfano y había crecido bajo la tutela del Estado hasta los diecisiete años.

-Toma –dijo ella pasándole el USB azul claro.

-¿De dónde lo has sacado?

-Lo encontré en la habitación de un motel.

-Allí tirado esperándote.

-Sip.

-Le has dicho a Molly que compre tinte y tijeras, y que lo haga en dos tiendas diferentes.

-¿Y?

-Vas a cambiar de aspecto. No quieres que nadie lo sepa por alguna maldita razón. Suéltalo, Rhia.

-No quiero meterte en líos.

-Si tú estás en un lío, yo también.

-Puta mierda.

-Oh, oh.

-Tú mira el USB. Te contaré lo que pasó, después, cuando hayas visto lo que hay en él. ¿Hecho?

-Hecho.

Salem cogió el portátil de su regazo y se fue hasta una mesa que había preparado en la esquina del salón. Se puso los auriculares, que conectó al ordenador por Bluetooth y puso su lista de reproducción favorita (básicamente mierda electrónica, según Rhia). Últimamente había estado hackeando a pequeña escala. Veinte o treinta dólares de cuentas de algunos de los cuatro grandes bancos. La gente no se daba cuenta de que les faltaban o, si se enteraban, movían la cabeza preguntándose qué coño había pasado;

dudaban si denunciarlo. ¿Había sido un error suyo? El saldo no aparece en la cuenta, el dinero desaparece sin dejar rastro. Era muy bueno haciendo esas cosas, pero lo pillaron cuando apuntó demasiado alto. Los informáticos de los bancos también son genios. Los bancos los reclutaban al acabar la universidad del mismo modo en que el Gobierno solía reclutar a los espías de las universidades de élite en los años 50 y 60. Quizás lo hicieran aún.

Algunos de los informáticos del banco son antiguos hackers. Es una batalla constante por llevar la delantera en el juego. Pero si un cliente denuncia una pérdida inferior a cincuenta dólares el informático no se mete, es un asunto de atención al cliente. Es cosa de los tíos y tías del sector 7G, o lo que coño sea.

Introdujo el USB azul claro en el puerto del ordenador, esperó, comenzaron a volar números por toda la pantalla indiscriminadamente. Salem identificó un patrón, pero no estaba seguro de para qué. Se preguntó qué sentido tenían. Comenzó a programar a toda velocidad, haciendo que los números y letras volaran por la pantalla. Le dijo a Rhia por encima del volumen de la música y la tele:

-Nena, esto es increíble.

-Me alegro –respondió ella sonriendo para sus adentros.

Su chico volvía a estar absorto.

Salem continuó. Rhia veía en la tele la versión británica de El cazador. Le gustaba Sean, el negro calvo. Juraría que respondía mal a algunas preguntas por el bien del juego. Cuando acabó, miró a Salem. Seguía tecleando con una sonrisa en los labios, que a veces se fruncían. Se preguntó de nuevo quién sería el gordo que murió. No su nombre; eso lo sabía. ¿De qué iba? ¿A qué se dedicaba? ¿Quién? ¿Qué había en ese pequeño USB? ¿Qué debería contarle a Salem?

Molly regresó, dejó una pequeña caja de cartón con bombones variados cerca de Salem, en su mesa:

-Gracias, Molly, ¿son de Sam? –preguntó él.

-Sí.

-Guay, eres la mejor.

-Ya lo sé –dijo con una risita.

-Toma, Rhia –le pasó una bolsa blanca de plástico- las tijeras las compré en el bazar asiático y el tinte en la farmacia.

-Buena chica. ¿Quieres ayudarme, cariño?

-Sí, por favor.

-Pues venga, vamos al baño. Coge una silla de la cocina y un mantel para cubrirme.

-Será divertido –dijo Molly.

-Sí que lo será, mi vida.

## CAPÍTULO SIETE

Cash llamó al Carrington mientras conducía para asegurarse de que Henry, el encargado, se quedara allí, y lo mismo con Bella. En el aparcamiento de la avenida Ward, sentado en el Hyundai, llamó a Les Connor, el dueño del Carrington, pero volvió a saltar el contestador. Thompson dejó un mensaje:

-Soy Carter Thompson, detective de la oficina del fiscal. La próxima vez que llame, coja la puta llamada. Anoche ha muerto un hombre en su hotel. Uno al que usted conoce, con una prostituta que quizás le haya facilitado usted. Recuerde: responda a mis putas llamadas.

Encendió un cigarrillo al salir del coche. Caminó por las calles que ya conocía en dirección al Carrington. Kings Cross podía ser horrible durante el día. Descuidada, sucia, sin una pizca del falso glamour si quiera. De una sordidez más barriobajera que nunca. No siempre había sido así: solía estar repleta de bohemios, gente del cine y del teatro. Los escritores se sentían atraídos, pero llegaron las drogas y la inmoralidad, y cuando trataron de limpiarlo se cargaron casi todo su carácter. Un par de chulos hablaban y fumaban, sentados en sendos taburetes frente a un club para adultos. Unas pocas prostitutas yonquis hacían su trabajo, desesperadas por tener algún cliente que les sirviera para pagarse una dosis.

Entró en el Carrington. Henry y Bella estaban en el mostrador. Thompson les hizo una señal con la cabeza y Henry dijo:

-¿Vamos atrás?

Levantó un tablero de madera al final del mostrador, Thompson pasó por la abertura y los siguió hasta la oficina trasera. Se sentaron en unas sillas giratorias dentro de la pequeña y saturada estancia.

-Lo primero que tengo que deciros es que Wayne está muerto. No puedo hacer más comentarios al respecto. Pero tenéis que saberlo.

También debéis saber que su muerte y la del hombre de ayer por la noche no deben saberse. No podéis contárselo a nadie. Ni al dueño, a nadie.

Bella estaba impactada. Su boca comenzó a moverse con nerviosismo, aunque no lloró. Se sentaba recta, como en una foto del colegio, pero con una mirada de terror en lugar de una sonrisa. Henry afirmaba, gesticulaba, negaba con la cabeza.

-Seguimos. Una chica o una señora con el pelo marrón claro estaba en la habitación 308 cuando murió el hombre. Seguramente se trate de una prostituta, quizás no de la calle, pero puede que haya venido antes por aquí.

Ninguno de los dos dijo nada.

Thompson continuó:

-Henry, tenéis una norma con respecto a esto, ¿no?

-No hay nada escrito –dijo-, pero sí, conocemos a algunas. Pero muchas veces el huésped es quien hace la reserva y la chica sube directamente sin hablar o hacer el registro. Podríamos estar en la puerta trasera, reconocerlos y dejarlos ir.

-Una prostituta con el pelo marrón claro; probablemente se haya visto antes con el tipo. ¿Os dice algo?

Ambos negaron con la cabeza.

-Vamos, chicos –dijo Thompson.

Henry reunió el valor para decir:

-Podría ser cualquiera.

-Podría tener las imágenes de las cámaras de seguridad mañana por la mañana, pero necesito saberlo. ¿Conocíais al fallecido? ¿Había venido antes por aquí?

-No lo conozco –dijo Bella-. No lo he visto registrarse.

-¿Henry?

-Sé que pertenece a la Iglesia.

-¿Cómo es que sabes que es de la Iglesia New Light?

-La última vez que vino el dueño llamó antes y dijo que le diéramos una llave, sin firmar el registro, sin nombres, nada en el sistema informático. Sólo la llave de una habitación. Dijo que usáramos el nombre David Jones, sólo para identificarlo; y que hiciéramos que en el sistema informático la habitación figure como fuera de servicio.

Thompson se rio:

-El amigo David Jones se lo monta bien.

Henry consiguió sonreír un poco también.

-¿Hace eso muy a menudo el dueño? ¿Lo de David Jones? –preguntó Thompson.

-Unas diez o doce veces al mes.

-¿Chicos y chicas menores?

-Puede ser –dijo Henry-, es muy difícil saberlo, pero algunos estarían en el límite como mínimo. Creo que por eso lo hacían: lo suficientemente mayores como para que sea legal, pero pareciendo mucho más jóvenes.

-Menuda observación, Henry. No lo sé, pero quizás pueda acabar con toda esta mierda –dijo Thompson.

-Yo llevo aquí un año, pero el tío que estaba antes de mí dijo que habían estado viniendo aquí durante años.

-Hombre y mujeres follándose a niños y niñas.

-Sí.

-¿Mujeres también?

-Sí.

Thompson había acabado. Necesitaba una foto de la chica que había estado con Norton, o una buena toma de las cámaras. Se preguntaba si Henry y Bella, y quienquiera que trabajara también ahí, diría estas cosas ante un tribunal, hiciera declaraciones. El detective de la Iglesia New Light pronto contactaría con ellos.

-Volveré mañana. Necesito que penséis en los vínculos entre el dueño y estos hombres. Cómo podemos probar que han estado aquí. Tarjetas de crédito, recibos, cosas así.

-De acuerdo, miraré –dijo Henry. Bella afirmó y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Henry.

-Una cosa más. ¿Alguna vez Henry vino por aquí antes de empezar a trabajar?

Ambos negaron con la cabeza. Bella comenzó a llorar.

Thompson les dio las gracias y se fue. Steele lo llamó cuando se dirigía al café Andiamo, no muy lejos de la calle Victoria.

-Han usado una tarjeta de crédito en un cajero del banco Oz de la avenida Springfield a las cuatro de la madrugada. Sacaron dos mil. La cámara del cajero no funcionaba; llevaba así meses y nadie se molestó en arreglarla.

-Putos bancos. Ok, sugiero que dejemos la cuenta abierta. Puede que nuestra chica vuelva a por otra ración del pastel.

-De acuerdo. Se lo diré a los del banco.

-¿Y la otra tarjeta?

-Nada.

-No consigo que me coja el teléfono el gilipollas de Les Connor, el dueño del Carrington. ¿Tienes su dirección?

-La conseguiré.

-Un tío muere en su hotel, un colega feligrés, y al puñetero gilipollas se lo traga la tierra. Parece que usaban a menudo el motel como lugar de encuentros sexuales, algunos legales y otros no, según el encargado. No hay registro informático. Los hombres firmaban como David Jones, simplemente como modo de identificarlos. También algunas mujeres.

-Buen trabajo, Thompson.

-Creo que tengo al encargado de mi lado. Va a buscar recibos de tarjetas de crédito y todo eso, pero me preocupa que el detective de la Iglesia pueda ponerse en contacto con él y con los otros trabajadores, ya sabes, para decirles lo de << Quieres conservar tu trabajo, ya sabes lo que le pasó a Wayne >>. Podrían asustarse.

-Tienes que encontrar a la chica, Thompson.

-¿Has dicho que podría ver el contenido de las cámaras mañana?

-Sí, está organizado.

Finalizaron la llamada. Thompson recorrió el paso elevado tal y como había hecho Rhia a primera hora de la mañana. Paró en el Andiamo; era una cafetería de toda la vida. Pidió un café con leche cargado y espaguetis carbonara. La camarera que lo atendió era guapa, delgada, asiática, ojos de gata. No sonreía.

Otro camarero trajo los espaguetis. Tenía un aspecto caótico, con pantalones flojos de chándal negros, una camiseta blanca dada de sí y bigote a lo Emiliano Zapata; pero cuando sonreía todo su rostro tomaba vida y hacía que Thompson se sintiera mejor.

-Disfrute el café y la sabrosa comida. Hace un día precioso, ¿verdad? –dijo el caótico.

-Sí. Tal vez un poco caluroso.

-Se va a levantar el viento –añadió el hombre, haciendo que hasta pareciera que refrescaba al decirlo.

Thompson sorbió el café. Eran casi las cinco de la tarde. Mañana vería las imágenes de las cámaras. Steele lo tenía organizado pero,

por razones que desconocía, no podía hacerlo hoy. Podía esperar. Las partidas largas se le daban mejor que a muchos. Encendió un cigarrillo cuando la chica de ojos de gata vino a recoger el plato vacío. Le sonrió. Ella le echó un vistazo y le devolvió la sonrisa. Se fue de nuevo. A él le pareció que caminaba muy bien; con la espalda recta, fuerte.

Echó una última calada a otro cigarrillo y lo apagó contra el cenicero.

La chica asiática volvió, cogió la taza de café y él dijo:

-¿Cómo te llamas?

-¿Por qué?

-¿Por qué no?

Ella sonrió y dijo:

-Aimee, soy china, por si ibas a preguntarlo; me refiero a que mis padres lo son, ¿no es eso lo que ibas a preguntar? Crecí en Cabramatta.

-Apuesto a que estás harta de dar esa explicación.

-Ajá, sí, lo estoy. ¿Cómo te llamas?

-Carter Thompson.

-Eres poli.

-¿Importa?

Lo ignoró y dijo:

-¿Algo más? ¿Otro café?

-No-. Le dio su tarjeta. Una tarjeta sencilla, blanca, con su nombre, la palabra << Detective >> y un número de teléfono móvil.

Ella sonrió de nuevo y dijo:

-Tal vez.

-Tal vez no es un no. Volveré.

## CAPÍTULO OCHO

Salem alejó la silla de la mesa. Las ruedas se movieron por el suelo de madera. Sacudió la cabeza, se pasó las manos por el pelo rubio. Sabía que había números de cuentas y una gran cantidad, posiblemente cientos o miles, de imágenes y videos por el medio; pero no podía abrir los archivos, romper el código. Rhia estaba sentada en un viejo y andrajoso, pero muy querido sofá, con la cabeza entre las manos. Molly estaba en su habitación con los auriculares puestos, añadiendo canciones a las listas de reproducción de Spotify.

Salem se acercó a Rhia y la rodeó con sus brazos. Estaba llorando en bajo; le dio un beso en cada mejilla y dijo:

-¿Qué ha pasado?

Le contó todo, la historia al completo. Luego se levantó a coger el dinero en su habitación. Le habló de las tarjetas de crédito. Pero mintió, contándole que había tirado ambas tarjetas.

-Se ha acabado. No puedes seguir haciéndolo. El dinero puede servir para volver a empezar. Yo lo odiaba, odiaba que tuvieras que hacerlo. Puedo trabajar. Puedo trabajar de friegaplatos o camarero. Tú puedes trabajar en un bar o una tienda, un supermercado. Puedo crear currículums falsos. No ganaremos tanto dinero, pero tú…

-Sí.

-¿Qué?

-Sí. Estoy harta. No puedo seguir haciéndolo, no después de eso.

Permanecieron sentados en silencio. Rhia nunca había tenido un trabajo normal. Su madre falleció cuando ella tenía diecisiete años y Molly dos. A Rhia le faltaban solo ocho meses para acabar sus

estudios. Su madre era limpiadora; no dejó herencia. El padre de Molly se fue de la ciudad tan pronto como supo lo del embarazo, pero a Rhia no le importó. Había sido un error. Era un idiota, un porrero. Pero la primera vez que dio el pecho a Molly supo por primera vez lo que era el amor de verdad. Tenía un buen amigo, Andy, un drogadicto, otro que abandonó el instituto y que ya se estaba prostituyendo alrededor de Kings Cross y en el tristemente célebre muro de Darlinghurst. Rhia empezó a hacerlo también, saliendo del paso.

Rhia y Molly tuvieron que abandonar el piso de dos habitaciones en el que vivían con la madre de Rhia en Darlinghurst. Andy, Rhia y la pequeña Molly se mudaron a un apartamento de una habitación en Potts Point. Eran amigos, no amantes. Él era gay. Si se subían al retrete, tenían vistas al puerto, y poco más. Uno trabajaba y el otro cuidaba a Molly. Pero Andy empezó a consumir mucho. Rhia no; no heroína. Ya no se podía confiar en Andy. Rhia se quedaba en casa. Un día Andy desapareció y no regresó. Rhia no lo denunció a la policía. Fue a Servicios Sociales, solicitó una prestación social y se la concedieron. Aunque no podía ir a ningún lado sin Molly; no podía hacer aquellos trabajillos pagados en efectivo. Pero tenía a Molly y era suficiente. Así duró tres años.

A los veinte años conoció a Salem mientras llevaba a Molly en el carrito por la calle Macleay, de camino a casa. Él le pidió fuego y luego la invitó a un café. Era listo, gracioso y atrevido. Tenía una amiga, Teresa, que estaba encantada de cuidar a Molly unas noches a la semana mientras Rhia y Salem vivían la vida loca en la zona de Cross y la calle Oxford, en Darlinghurst. Rhia estaba viviendo los años salvajes de la adolescencia más tarde que sus colegas. Fue una época feliz para ambos. Rhia disfrutaba del sexo por primera vez en su vida, ya que Salem era un amante delicado y generoso. Salem no consumía drogas, Rhia un poco de hierba y speed, un tripi de vez en cuando. Iban a discotecas y fiestas en grandes naves.

Salem se mudó con ellas al apartamento de Potts Point. Su amiga se fue, así que se instalaron allí durante un tiempo. Salem siempre obtenía dinero hackeando, pero lo pillaron. Cumplió ocho meses en la cárcel, rompiendo el corazón de Rhia. Ella comenzó a trabajar de día otra vez, pagando a una canguro para Molly. Ganaba bastante

dinero, aún percibía la prestación social y no consumía drogas. Tenía clientes habituales. No ahorraba mucho dinero. Molly necesitaba ropa y zapatos constantemente y también iba a empezar la escuela. El alquiler suponía una cantidad considerable y a ella le gustaba comprarse ropa. Consumía mucho speed para poder seguir adelante.

Salem salió. Odiaba lo que hacía ella, pero la cárcel lo había hecho polvo; lo dejó mal de los nervios. Le iba a llevar mucho tiempo recuperarse. Tomaba medicación para la ansiedad y tenía un trastorno de estrés postraumático. Nunca salía al exterior, pero era un regalo del cielo en el sentido de que cuidaba a Molly. No había que pagar canguro y ella podía trabajar por las noches para ganar más dinero. Se anunciaba en las ediciones impresa y online del Wentworth Courier, cambiando constantemente su nombre y número de móvil. Los habituales seguían, pero se deshizo de muchos que la ponían enferma con el rollo de salvarla, hacerla suya. No podía creer lo estúpidos que eran.

Era trabajo. Ella tenía éxito, satisfacía a los hombres. También era peligroso, coño. Le habían sacado un cuchillo un par de veces; tuvo que echarles gas pimienta y salir corriendo del motel. Tenía que salir pitando de moteles y antros de mala muerte a menudo, pero pudieron mudarse al piso de dos habitaciones de Darlinghurst. Molly tenía su propia habitación. Salem ganaba calderilla hackeando cuentas de nuevo. No se lo decía a Rhia, pero todo ayudaba. Se temía que el trabajo estuviera destruyendo a Rhia y tenía razón. Ahora se había acabado. Intentarían vivir una vida normal; ganar dinero de la misma forma que hacía otra gente. Gente no cualificada en trabajos no cualificados.

Lo que no entendían, ni siquiera Rhia con su saber moverse en la calle, era que alguien iba a ir a por ellos. Alguien contratado por la Iglesia New Light. Thompson también la estaba buscando. No había matado a nadie, pero había abandonado la escena del crimen. Robó las tarjetas de crédito. Podía explicar esas cosas, pero ahora mismo temía por su vida. Podía saber algo y tenía ese USB.

La muerte de Norton no había saltado a los medios de comunicación todavía. El asesinato de Wayne Hampton tampoco había sido mencionado, aún no. Steele había averiguado que era un

don nadie sin familia. Un huérfano como Salem. Steele tenía un equipo sanitario especial al que llamar para estos casos. Sin filtraciones. Advirtieron a Al-Abadi que no dijera nada, especialmente al administrador de la propiedad, que vivía en la puerta de al lado. El otro piso de abajo estaba desocupado.

Sólo le importaba a Thompson.

Y era su trabajo que le importara.

## CAPÍTULO NUEVE

Les Connor, dueño del motel Carrington, miembro de la Iglesia New Light. Tenía otro pequeño motel en la calle Parramatta, entre Auburn y Merrylands, que recibía a viajantes (sí, aún existían), familias que escogían el lugar equivocado para hacer noche, delincuentes de segunda, camellos de poca monta con tarifas a largo plazo que se buscan la vida para pagar el alquiler cada semana. Hombres y mujeres registrándose para pasar una noche o una tarde en una cita secreta de sexo, o noches que se prolongan tras haberse conocido en cervecerías o en cutres discotecas de segunda situadas en lo que en su momento eran carreteras metropolitanas abarrotadas. Todavía se podían ver a veces atascos de coches, pero ahora había autopistas y autovías si querías circunvalarlo. Parte de la rica complejidad de Sídney.

Connor observaba su teléfono mientras sonaba. Otra vez Thompson. Este hijo de puta nos va a traer problemas a todos. Algunos amigos delincuentes y la Iglesia que lo untaba a cambio de favores y habitaciones le habían dicho que iba por libre. Connor era uno de esos feligreses que creían que Dios perdonaría todos sus pecados siempre que protegiera a la Iglesia y sus miembros, y asistiera a misa los domingos por la mañana. También tenía un peep show en Kings Cross.

Connor llamó a Sally Bois, el detective privado al que había contratado la Iglesia para encontrar a la chica que estaba en el motel y recuperar el USB.

-¿Sí?

-Soy Les Connor. Me han dicho que te llamara si Thompson volvía a contactar conmigo. Ha estado llamando, amenazándome.

-Les, ¿verdad?

-Sí.

-Es muy sencillo, Les. Devuélvele la llamada. Tú no sabes nada, ¿no? Estabas en casa, en la cama con tu mujer.

Connor sonrió:

-Sí.

-Pues entonces no hay ningún problema. No me seas un blando, Les. No seas pichafloja. Sé un hombre. Eres un hombre, ¿no?

-Sí, eh, sí. Me habían dicho…

-Tú haz lo que te he dicho. No sabes nada. ¿Crees que podrás recordarlo?

Colgó.

Les Connor se sintió mejor. No sabía nada. Sencillo. <<Esa Sally Bois, menuda perra>>, pensó.

Thompson estaba sentado en su sofá de terciopelo marrón claro cuando le sonó el móvil. No reconoció el número, pero contestó de todas formas.

-Thompson.

-Tengo entendido que le llaman Cash.

Era una voz femenina que no conocía.

-Algunos.

-Me llamo Sally Bois. La Iglesia New Church me ha contratado para investigar la muerte del señor Norton.

-¿Ha muerto? No he visto nada en las noticias.

-Es usted muy gracioso, Thompson.

-Tengo entendido que sí.

-Por lo que sé, va usted a ver las imágenes captadas por las cámaras de seguridad ayer por la noche en la calle Darlinghurst en el momento de su muerte.

-No.

-Ambos sabemos que sí lo hará. Quiero estar presente.

-No es posible.

-¿Por qué no?

-Para hacerlo debe ser detective de la oficina del fiscal.

-Creía que podíamos sernos de mutua ayuda.

-Trabajo solo. Es lo que hay, señorita Bois.

-Sally.

-Lo que sea.

-¿Podemos vernos?

-No.

-Creo que su jefe, el señor Steele, va a recibir una llamada airada en breve.

-Es su problema.

Thompson sabía que en ese momento la oficina del Consejo estaba cerrada. Que era imposible que Sally Bois viera la cinta antes que él. Estaría allí mañana a las nueve en punto.

-¿Es usted imbécil, o qué?

-Un placer hablar con usted, señorita Bois –dijo y colgó el teléfono.

Thompson encendió un cigarrillo. No le había dado nada. No iba a ayudar a esa zorra. Puede que fuera ella quien clavó a Wayne a la puñetera pared.

Volvió a sonar el teléfono. Otro número desconocido.

-Hola.

-¿Carter?

-Sí.

-Soy Aimee, de la cafetería.

-Ah, hola. Creía que no llamarías.

-Tengo entendido que te llaman Cash.

-Algunos. ¿Por qué?

-Un poli con una reputación. ¿Cómo podría resistirme?

-Mucha gente puede. Resistirse, quiero decir.

-¿Te apetece recogerme después del trabajo?

-Sí, claro.

-Ven sobre las once menos diez.

-¿Algo más?

-Trátame bien.

-Te veo a las once.

Colgaron y el móvil volvió a sonar de inmediato.

-Thompson.

-Soy Newman, del laboratorio.

-¿Qué hay en el teléfono?

-Algunas fotos repugnantes del tío gordo con chicos y chicas jóvenes. Digamos que si son legales es por los pelos. Las llamadas están encriptadas, pero las tendremos lo antes posible.

-Nada ilegal.

-Es imposible saber si son lo suficientemente mayores como para tener sexo consentido. Como he dicho, apenas son mayores de edad. Parecen jóvenes. Supongo que son un prototipo, jóvenes y muy delgados, chicas y chicos. Algunas cosas pervertidas. Una chica joven haciendo pegging al gordo, bastante desagradable.

-¿Pegging?

-Ya lo entenderás cuando lo veas.

-¿Puedes enviar las fotos?

-Estoy en ello. Nos vemos.

Las fotos llegaron rápidamente. En una de ellas, una chica rubia y delgada penetraba analmente a Norton con un consolador de correa. Ahora sabía, gracias a Newman, que el término pornográfico para eso era pegging. Las demás fotos mostraban a Norton desnudo o medio desvestido con, sí, chicos y chicas muy delgados. En una aparecía una chica joven con la cabeza rapada y unas greñas en la nuca, montada encima del obeso. Tenía el pelo negro, no marrón claro. Newman tenía razón: por las fotos era casi imposible saber qué edad tendrían. Él estaba muerto, así que ahora sólo importaban los chicos y chicas, pero ¿cómo demonios iba a encontrarlos? Todo giraba en torno a la chica que se largó la otra noche.

También se iba a poner serio con el capullo de Les Connor.

## CAPÍTULO DIEZ

Sally Bois había sido una niña de colegio privado, nacida en el hospital Rose Bay, hija de Nicola y Harry Bois. Sus padres fallecieron en un accidente de tráfico en la calle Oxford, Darlinghurst, a las tres de la madrugada, cuando ella tenía diecinueve años. Harry iba muy borracho y se estrelló contra un poste de la luz cuando iba a gran velocidad; si conoces la calle Oxford a esa altura, entiendes la magnitud de la locura de hacer eso. Estar sola en el mundo era algo que tenía en común con Salem y con Wayne, sólo que ellos habían estado bajo la tutela del Estado.

Sally había heredado el Rose Bay Mansion, un barco, y lo vendió inmediatamente: alrededor de millón y medio en efectivo, el equivalente a una casa de veraneo en Palm Beach. Vendió la mansión de Rose Bay y se mudó a una bonita casa de diseño con tres dormitorios en North Bondi, que tenía una piscina de entrenamiento y unas increíbles vistas del océano y los acantilados. Era cinturón negro en un arte marcial mixta que tenía influencias de la lucha callejera. Corría, levantaba pesas a diario, nadaba en el club de natación Icebergs, así como en su piscina, y surfeaba cuando podía. Era fuerte, dura, y no temía a nada ni a nadie.

Tenía veintinueve años, nunca había tenido novio formal; escogía a tíos en los bares y discotecas, no usaba Tinder para no dejar un rastro. Missy Bourke era una buena amiga suya. Iban juntas de la mano en la escuela y siguieron siendo íntimas desde entonces. Missy tampoco estaba casada, pero mantenía una relación desde hacía tiempo con Michael Tanaka, un tío japonés-australiano que era un prestigioso cirujano y antiguo jugador de rugby 15.

Tanaka era un médico conocido que solía aparecer en el programa matinal Seven, con Kylie y Larry, y los otros dos, programas casi idénticos en canales rivales. Respaldaba a la Iglesia New Light, alabándolos por haber dado un vuelco a su vida desenfrenada.

Como Tom Cruise respaldaba a la Cienciología. Pero Tanaka tenía amigos en, digamos, negocios menos atractivos. Era colega de Billy el libanés Hassan, un personaje de Kings Cross, traficante, extorsionador a cambio de protección, y cobrador de deudas. También de Mario << Rocky >> Bartolini, que hacía relaciones laborales, cobraba deudas y daba palizas por encargo. A las dos amigas no les importaba mezclarse con tipos duros.

Sally hacía el trabajo sucio para la Iglesia New Light. Conocía todos los trapos sucios, tenía acceso a Tom Abbott, jefe y principal figura pública de New Light; todavía predicaba los domingos en la Iglesia de Bondi Junction. Antes de que se hiciera cargo el << partido del rock suave >>.

Sally llamó a la puerta del adosado de Abbott en la calle Queen, en Paddington. Abrió en pantalón de traje negro, camisa blanca y corbata azul oscuro; la camisa abotonada hasta arriba y la corbata bien ajustada. Era un hombre pequeño y musculoso; se le notaban los bíceps bajo la camisa. Iba erguido como si se tratara de un hombre alto. No le hizo gracia que Bois estuviera allí a esas horas. Era un tipo que se acostaba y se levantaba temprano. Tenía el pelo gris y una barba canosa perfectamente arreglada. Tenía cincuenta y ocho años.

Sally Bois era alta y de constitución fuerte, pero lo ocultaba bajo una camiseta verde holgada y una sudadera azul claro de Adidas. Era rubia y llevaba el pelo corto al estilo militar de las fuerzas armadas americanas. Cejas gruesas y oscuras sobre unos ojos marrón oscuro, y unos pómulos por los que mataría una modelo. Unos muslos fuertes marcados bajo los vaqueros negros elásticos de CK. Doc Martins en los pies. Abbott se echó a un lado y dijo:

-Pasa, Sally.

Entró y él cerró la puerta tras ella. Espero detrás de él. Él se giró, le pasó al lado; ella lo siguió por el vestíbulo y hasta la biblioteca. Había estado allí unas cuantas veces para estar segura de que había entendido bien algo que debía hacer. Él cerró la puerta y luego dijo:

-Mi mujer tiene el sueño ligero. No creo que necesite oír esto.

Bois permaneció en pie. Abbott frente a ella, firme y fuerte, tan tenso como si fuera a explotar en cualquier momento. Era algo intencionado. Tenía la actitud de un estricto cura católico de los años cincuenta, de los que azotaban a los niños en fila.

-Thompson no me deja ver las imágenes de las cámaras –dijo Sally.

-¿Y cuándo ya las haya visto él?

-No hemos llegado a eso. Es un capullo.

-Te provocó; perdiste la calma.

-Sí.

-¿Qué quieres, Sally? ¿Por qué estás aquí?

-Necesito ojear esas cintas si quieres que haga un buen trabajo y limpie esta cagada. Necesito encontrar a esa chica y callarla.

-¿Como has hecho con Wayne?

-Dijiste que enviara un mensaje. Nuestro Señor me guio. No podíamos permitir que hablara con nadie.

-Sé lo que le hiciste al chico, el equipo de Steele tiene un topo, ¿pero era necesario? El dolor y…

-Lo drogué primero.

-Ya veo, pero quieres que salga en las noticias, ¿no? Quieres que se haga público para que sirva de aviso, ¿verdad?

-Hago lo que me pagas por hacer.

-Filtraré los detalles de su muerte a mis contactos de la prensa. Quizás la chica que estaba con Norton cuando murió lo vea y se asuste definitivamente.

-Primero necesitamos el USB.

-Bueno, Sally, límpialo de una puñetera vez; para eso te pagamos, ¿verdad? Eso es lo que me has dicho, insolente –sonrió.

Ella bajó la cabeza y dijo:

-Lo siento.

-Quiero que vayas al motel en cuanto salgas de aquí. Intenta llegar a las diez en punto. Es la hora del cambio de turno de los recepcionistas. También estará el encargado. Tengo unos sobres para ellos.

Fue hasta un escritorio, lo abrió y sacó cuatro sobres.

-Hay tres recepcionistas y el encargado. Dos mil para cada uno y los asustas de muerte. Diles que vean las noticias para que sepan qué le pasó a Wayne. La limpiadora ya se ha ido. Es joven, soltera, se ha mudado a otra parte del país con un trabajo mejor.

-Haré lo que dices.

-Y no vuelvas a dar las putas órdenes nunca más, ¿entendido?

-Sí, señor.

-Tienes que venir a cenar algún día, con tu novio actual.

Se puso colorada y repitió:

-Sí, señor.

La hizo sentirse como una niña. A ella le gustaba eso.

-Mañana conseguiré que puedas ver esas cintas.

Ella asintió con la cabeza.

-Buena chica. Ahora ve al motel y luego a casa a dormir. No te preocupes por nada. Dios es nuestro guía.

Abbott la llevó hasta la puerta.

-No pierdas la calma, Sally. Thompson es listo, tiene experiencia y no se asusta con facilidad. Pero sé cosas de él. Tiene mujer e hija. Es vulnerable.

Bois sonrió.

–Gracias, señor.

## CAPÍTULO ONCE

Thompson esperó junto a la puerta de la cafetería; llevaba vaqueros negros y camisa negra de manga corta. Aimee estaba trabajando pero lo vio, saludó con la cabeza y sonrió. Él le devolvió la sonrisa, se sentó en el muro bajo de ladrillo y encendió un cigarrillo. Lo había fumado hasta la mitad cuando salió ella, que preguntó:

-¿Tienes otro?

Sacó el paquete del bolsillo delantero. Le ofreció un Marlboro Light, ella lo cogió y él se lo encendió con un mechero Bic de color púrpura.

-¿A dónde vamos? –le preguntó ella.

-He pensado en La Pecera y luego una sorpresa.

-Me gustan las sorpresas.

Caminaron sin hablarse por el paso elevado hacia Kings Cross. La Pecera era el nombre que daban los de allí al bar del hotel Crest. Estaba situado en el triángulo donde la calle Darlinghurst cruzaba la calle Victoria, y daba a ambas calles. El bar tenía un ventanal de cristal de trescientos sesenta grados, de ahí el apodo. Se sentaron en unos taburetes con gastados cojines naranja, mirando hacia la calle Darlinghurst. Era temprano para The Cross, pero como era viernes por la noche había mucho movimiento de gente. Chicos y chicas de los alrededores, mochileros, apostadores de mediana edad saliendo a por comida, y los residuos de la sociedad que atraía The Cross. Además, los residentes permanentes: los chicos, chicas, hombres y mujeres de la calle. La vida callejera. Thompson bebía una Corona; Aimee, limón con ginebra.

-¿Intentas impresionarme? No escatimas en gastos –dijo ella.

-Está bien. Se puede observar a la gente.

-Sí, es perfecto para eso.

Una breve pausa.

-Eres aborigen, ¿no? –preguntó ella.

-Eres directa.

-Me lo han dicho alguna vez –respondió sonriendo.

-Soy un Gadigal. Formo parte de los Eora. No me molesto con ese tema, a no ser que alguien me toque las narices, cosa que ha pasado unas pocas veces.

-¿En plan racista?

-Sí; más que nada ignorancia, pero también algún hijo de puta malintencionado.

Ella no sabía qué decir. <<Está fuerte>>, es lo que pensaba. Intentó suavizar el ambiente diciendo:

-No creo que nadie me haya pedido nunca tan rápido para salir.

-¿Por eso has venido?

-Sí, en parte. Y eres poli; algo nuevo.

-No soy un poli corriente. Hago lo mismo pero mi jefe me da bastante rienda suelta, que raramente aprieta. Trabajo para la oficina del fiscal; es algo nuevo, desde hace unos cinco años.

-Parece que te gusta.

-Me libro de alguna mierda que los polis no.

Ella se rio:

-Eres bastante seguro de ti mismo.

-No te creas. Normalmente no doy mi tarjeta tan fácilmente.

-¿Por qué te llaman Cash?

-No lo sé. Te lo ha contado tu jefe, ¿no?

-Sí.

-Voy a tener que meterlo en vereda.

-Oh, no, no lo hagas… ah, estás de broma.

-Es un apodo. No pasa nada. Mi padre quería llamarme Johnny, por Johnny Cash, pero mi madre se negaba. Llegaron a un acuerdo: me llamaron Carter, como su mujer, June Carter. Luego mi padre comenzó a llamarme Cash como apodo. Y se me quedó. Hasta en la Academia, cuando lo averiguaron y un tío dijo que era Cash porque hacía lo correcto, como dice su canción. Eso también se me quedó.

-Una historia guay. ¿Dónde has crecido?

-Crecí en Redfern antes de que se aburguesara; no todo, cuidado. Sigue habiendo gente violenta a la que todavía conozco. Pero también mucha familia. Buena gente.

-¿Te gustaba?

-Quería largarme tan pronto como pudiera. Mi padre murió cuando tenía diecisiete años y mi madre unos años después, pero me quedé con la casa. Era una pequeña vivienda social. Puse en alquiler el segundo dormitorio durante un tiempo. Estudié Trabajo Social en la Universidad Tecnológica de Sídney, algo de informática también, y luego alquilé toda la casa a unos primos míos. Quería vivir experiencias. Compartí unas cuantas viviendas en la zona de Glebe. Viví con negros, blancos, activistas, frikis de las películas, aficionados a la música, drogadictos, bailarines, pastilleros, un cabrón hijo de puta al que tuve que cuidar. Conocí a mi mujer. Fui a la Academia, me hice poli. Me gustaba. Se me daba bien. Se me da bien.

Ella afirmaba despacio, sonriendo; le parecía un tipo interesante.

-¿Te parece suficiente información por ahora?

Ella se rio, se giró para verlo de frente y dijo:

-Sí, es bastante.

Bebieron en silencio. Thompson le ofreció otro cigarrillo, ella lo cogió; fumaron y bebieron un poco más.

-Has dicho que conociste a tu mujer.

-Sip, ya no estamos juntos.

-Está bien saberlo.

-Estoy separado; ninguno de los dos tiene ganas de divorciarse. Pago las facturas que tengo que pagar. Veo a mi hija tanto como puedo. La adoro. No nos odiamos; mi ex y yo, quiero decir.

-¿Cuánto tiempo lleváis separados?

-Cinco años. No quería que trabajara en esto.

-¿Y tu hija?

-Tiene diecisiete años. Todavía está empezando a salir. Era, o es, un cerebrito; pero guapa. No se droga ni descontrola. Todavía no, vaya.

-Parece buena chica. Sabes que los cerebritos controlan el mundo, ¿verdad?

-Yo estudié programación. Luego me puse al día con algunos polis más jóvenes de la unidad tecnológica; sigo actualizándome.

-Estoy impresionada.

-¿Y tú?

-Trabajo en la cafetería y estudio Escritura Creativa en la Universidad Tecnológica de Sídney.

-¿A tiempo completo o media jornada?

-Ambas cosas a media jornada.

-¿Has publicado algo?

-Sí –sonríe y comienza a reírse un poco–. Creo que son cinco historias. Estoy trabajando en una colección.

-¿Podré leerlas algún día?

-Claro.

Hablaron, bebieron, fumaron. Pasó una hora; dos.

-¿Nos vamos? –preguntó Thompson.

-Sí, ¿a dónde? ¿Cuál es la gran sorpresa?

Recorrieron la calle Darlinghurst. Ella lo cogió del brazo. Esquivaban a la gente que venía hacia ellos en distintos ángulos. A ella le gustaba. Para Thompson era normal. Cruzaron la calle, pasaron por la heladería; él la guio en la calle Roslyn durante veinte metros. Luego paró y dijo:

-Aquí, subiendo las escaleras.

Había una escalera a la entrada de un local. Ella sonrió. Subieron los escalones de madera. Ella no vio ningún cartel con el nombre del sitio.

-¿Qué sitio es este?

-Round Midnight.

Llegaron al final de la escalera, atravesaron unas cortinas de terciopelo rojo hasta una gran estancia rectangular. En el escenario había un grupo tocando alguna canción de Charlie << Bird >> Parker. Encontraron un reservado y se sentaron.

-Sorpresa –dijo Thompson.

-No te tenía por un tío de jazz, sino más bien de Cold Chisel o rock americano, los Eagles o algo –y comenzó a reírse ante la mirada de horror que ponía él–. Está bien, ahora ya lo sé.

-El jazz es el rey.

Ella se rio.

No bailaron. Bebieron mucho. Hablaron un montón. Thompson fumaba un cigarrillo tras otro, mencionando canciones que conocía. El grupo seguía tocando. De algún lado salió al escenario una cantante negra y cantó Let's get lost. Thompson no podía apartar la mirada de ella. Era especial.

La cantante se fue tan misteriosa como había llegado.

-¿Has oído hablar de Chet Baker? –preguntó él.

-No lo sé. Puede. El nombre me resulta familiar.

-Era músico de jazz; tocaba la trompeta. Era famoso en los años cincuenta. Esa canción que cantó la chica negra era muy característica de él. Un chaval de granja que triunfó en Nueva York. Llamaron a su estilo cool jazz. Se hizo adicto a la heroína. No se suele tomar en serio a muchos chicos blancos, pero a Chet todavía se le respeta hoy en día.

-Chet Baker es un nombre guay.

-Sí, y era un tipo guapo hasta que la heroína arruinó sus facciones; también perdió algunos dientes, pero todo contribuyó a su imagen.

-Apuesto a que sí.

-Hay una película que se llama The Fine Young Cannibals. Está basada en su vida.

-¿Como el grupo?

-Sí.

El grupo tocó el clásico de Miles Davis So What. Thompson puso la mano en la espalda de Aimee, ella se giró para mirarlo, él a ella, la besó. Ella lo besó con suavidad, luego con fuerza y ganas durante aproximadamente un minuto. El grupo paró.

-¿Quieres que nos vayamos? –preguntó Thompson.

-Sí, claro.

Caminaron hasta el coche de Thompson. Aimee, que estaba borracha, no paraba de reír y hablar. A Thompson le gustaba cada vez más. No se notaba borracho. Arrancó el coche y salió del aparcamiento. Aimee le puso la mano en el muslo mientras lo observaba. Condujo hacia Bondi sin pasarse del límite de velocidad. Aceleró en Old South Head, y estaba frenando para girar a la derecha en la calle O'Brien cuando un coche se saltó el semáforo en rojo, golpeando con fuerza la parte trasera del Hyundai a gran velocidad. El Hyundai dio un giro de trescientos sesenta grados. Thompson no intentó impedirlo, no giró el volante a contrasentido, sino que usó su brazo para proteger a Aimee. El coche giró ciento ochenta grados y la defensa trasera golpeó una farola. En ese momento Thompson giró el volante, recuperando el control de coche, y se alejó rápidamente del bordillo para parar el Hyundai a unos treinta metros de la farola. Apagó el motor. Se quedó sentado.

-Joder -dijo él, y se giró hacia Aimee-. ¿Estás bien?

-Creo que sí. Guau, tú…

-No pasa nada. Me he visto en otras peores. Estamos bien, ¿verdad?

Ella miró alrededor, movió la cabeza, sonrió ante la despreocupación de él y dijo:

-Sí, estamos. ¿La has visto?

-Sí.

-Yo vi pelo rojo, melena roja. Una mujer. Se largó a toda velocidad como si no hubiera ocurrido nada, como si…

-Como si estuviera planeado.

## CAPÍTULO DOCE

Sally Bois fue al motel Carrington. Se aseguró de asustar al personal. Mencionó cómo había sido la muerte de Wayne. Dijo que andaba alguien por ahí eliminando la verdad. El mensaje era claro. Volvería por la mañana para hablar con la cuarta recepcionista, darle el sobre, volver a exponer la forma en que había muerto Wayne, sugerir que podría suceder cualquier cosa. La que limpiaba era un problema, aunque se hubiera ido. Se preguntaba si Abbott no habría cometido un error no dejándole arreglarlo a su manera. La limpiadora había visto a Norton muerto en la cama. Podría testificar. Podría venirse abajo todo el tinglado. La chica. La puta. Ella era la clave. Tenía el USB. ¿Quién más? El topo del equipo de la escena del crimen había dicho que habían cortado la chaqueta. La mujer de Norton le había dicho a Abbott que lo llevaba siempre encima.

El gordo capullo.

No iba a ir a casa a acostarse. Fue al coche, se puso una peluca roja, una melena con flequillo estilo Cleopatra, y deambuló por la calle Kellet hasta la discoteca Users. La multitud estaba formada sobre todo por hombres y mujeres de veintipocos, gais, heteros, trans, de todo. Todos eran bienvenidos. Bois entró en la discoteca. Interpretaban pequeños espectáculos sexuales, representaciones de bondage y similares, con música electrónica pinchada por una impresionante, altísima chica negra somalí en la cabina del DJ.

Bois cruzó la pista de baile hacia los baños unisex. Un tipo más mayor la observaba. Ella tomó nota. Debía de tener cuarenta y pocos, seguro de sí mismo, bronceado, bailando con una guapa rubia, joven y un poco rellenita. No era competencia. Bois entró en un baño, bajó la tapa del retrete, sacó un paquete de toallitas del bolsillo de la chaqueta de piel, limpió el asiento y luego lo secó con un pañuelo. En el bolsillo de los vaqueros cogió una bolsita de

plástico repleta de polvo blanco. Preparó tres rayas. Las esnifó rápidamente, una tras otra. Le sudaba la frente cuando salió de los baños y la cabeza le latía con el sonido de la música y la llegada del subidón a su cerebro. Bailó cerca del tío mayor, que la seguía con la mirada; <<será pan comido>>. Bailaba cada vez más cerca de él, al tiempo que la joven rubia se alejaba entre la multitud.

Bois agarró al hombre por las caderas, y empujó las suyas hacia él. Él respondió haciendo lo mismo. Ella movía el culo despacio, adelante y atrás, presionándolo contra él, y él le seguía el rollo.

-¿Te gusta? –preguntó ella.

Ahora se puso frente a él; estaba totalmente cautivado. Le puso las manos en los hombros; se frotaban y daban leves golpes el uno contra el otro; ella lo atrajo hacia sí y dijo:

-Eres guapo.

Él se rio y dijo:

-Estás loca.

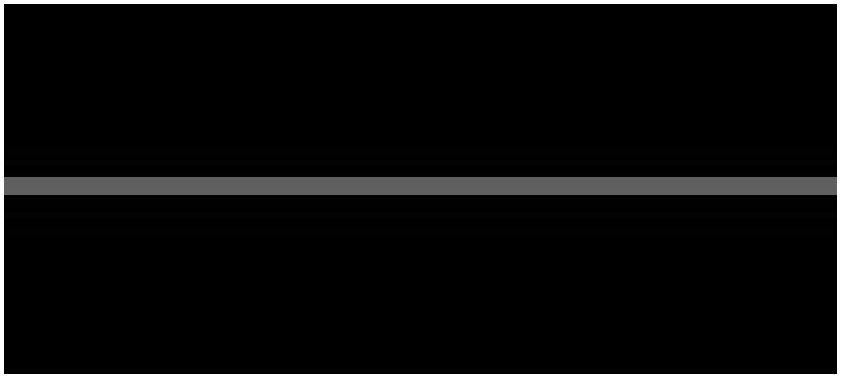
-Sí –dijo ella, y lo besó en la boca. Él la buscó con fuerza y le devolvió el beso; empujó contra ella su pene semiduro.

-Eso me gusta –dijo ella, pero paró de besarlo y se alejó de él, bailando entre la multitud. Él la siguió y la agarró por las caderas, como había hecho ella antes. Ella inclinó la espalda hacia atrás y dijo:

-Salgamos de aquí.

-¿Estás segura?

-Segura. Tengo el coche cerca.



Aparcó en el aparcamiento subterráneo de su piso de North Bondi y abrió una puerta del garaje que llevaba a unas escaleras. El hombre la agarró por las caderas, ella se giró para mirarlo, lo atrajo hacia ella y lo besó con fuerza en la boca mientras tiraba de su cinturón. Él buscó el botón de los vaqueros CK, lo abrió con fuerza y los bajó. Ella los apartó de una patada. No llevaba bragas. Él se bajó los vaqueros y los calzoncillos. Ella agarró su pene erecto y lo atrajo hacia sí. Él puso la mano en la ingle y el dedo en el clítoris, frotándolo con suavidad; Bois gimió:

-Fóllame.

Él apartó la mano y la penetró con su duro pene; ella empujó hacia él con fuerza. Él comenzó a empujar violentamente en las escaleras, totalmente fuera de sí por ella. Ella lo sabía y dijo:

-Sigue, sigue –pero él se corrió demasiado pronto, y se acabó.

-Ha sido genial –dijo ella.

-¿En serio?

-Sí, eres especial.

Lo guio escalera arriba hasta la casa, y luego más escaleras hasta su dormitorio. Lo empujó hacia la cama; luego se quedó quieta, relajada.

Él estaba tumbado a su lado, respirando profundamente.

-Quiero jugar a un juego –dijo ella.

-¿De qué tipo?

-Tú te has divertido, y ahora quiero hacerlo yo.

-De acuerdo.

Se levantó y fue hacia el cajón de arriba de la cómoda junto a la cama; sacó dos correas de cuero. Él la miraba, no muy seguro. Las agitó en el aire. Él observaba, ahora nada seguro.

-Gírate –dijo ella.

Él lo hizo, a pesar de sentirse inseguro, porque era la mujer más increíblemente guapa con la que había estado nunca. No había en ella ni un gramo de grasa, y sabía cómo conseguir que hicieras lo que ella decía.

-Relájate, me gusta ver a los hombres atados y jugar un poco, eso es todo –lo tranquilizó.

-Ah, vale.

Se dejó atar a las barras del cabecero de la cama, mirando a la pared. Ella le agarró la pierna izquierda y la estiró.

-Eh, eh, ¿pero qué coño? –dijo él.

Le ató la pierna a las barras de los pies de la cama con unas mallas negras que ya estaban allí. Hizo lo mismo con la otra pierna mientras él se quejaba.

-Eh, eh, espera un segundo.

Ella fue hacia el segundo cajón de la cómoda. Trajo un consolador negro sujeto con un arnés de cuero negro. Se lo puso al lado para que pudiera verlo, y él dijo en voz más alta:

-Eh, eh, a mí no me va eso. Yo…

Ella se colocó el arnés. Se situó detrás de él en la cama, le separó las

piernas; él dijo casi gritando:

-No, no.

-Relájate, cariño.

## CAPÍTULO TRECE

Sábado por la mañana. Salem y Rhia estaban en la cama. Salem leía The Star en el portátil, haciendo un descanso de los intentos de romper el código en el USB. Rhia sujetaba una taza de café en el regazo, mirando hacia la ventana; le apeteció un cigarrillo. Eran las diez de la mañana. Molly había ido a casa de su amiga Nick, en Surrey Hills.

-¿Te importa si fumo un cigarro? Al fin y al cabo, estamos de celebración. No más prostitución. Molly no está… -dijo Rhia.

-En casa, sí, ya lo sé. Vale, pero abre la ventana.

Salió de la cama llevando solamente unas bragas amarillas. Fue hasta la ventana, abrió el cierre y la levantó hasta arriba. Corría una brisa fresca. Había habido una fuerte tormenta típica de Sídney sobre las tres de la madrugada que duró un par de horas, y luego llegó el frío. La ventana daba a un patio compartido. El patio por el que había atajado el viernes por la mañana volviendo a casa.

El vecino de al lado era un exyonqui, exalcohólico, llamado Jim Wenders. Un tipo alto y flaco con el pelo gris. Jim solía sentarse a fumar un cigarrillo tras otro en el patio, mientras bebía demasiado café. A Molly le encantaba, excepto por lo de fumar, y él le cumplía el gusto fumando sólo la mitad cuando estaba con ella en el patio. Ella le decía que el tabaco lo mataría. Él le decía que nada podía matarlo, que era indestructible. A Molly le parecía graciosísimo, teniendo en cuenta su aspecto tan frágil. Repetían la gracieta una y otra vez.

Salem leía la sección de deportes. Era un obseso del críquet, al que aprendió a jugar con el peculiar empleado de mantenimiento de la vivienda del Estado en la que había vivido. Se llamaba Joe. Era un hombre amable. Salem y él solían ver los partidos en el canal Nueve, pero escuchaban la retransmisión en el ABC. <<No soporto

a esos maricas>>, solía decir refiriéndose al equipo de comentaristas de la tele, <<todo maldito ego, excepto Benaud>>.

Rhia odiaba casi todo el deporte, excepto la liga australiana de fútbol y la liga australiana de fútbol femenino. No lograba entender cómo alguien podía ver un partido de críquet que aún durando cinco días podía no ganarlo nadie. Fue a la sala y encendió la tele mientras buscaba los cigarrillos. En las noticias del canal 11 un presentador hablaba sobre la muerte de un hombre joven en Leichhardt.

-Según la policía, el joven, Wayne Hampton, no tenía familia y ha sido brutalmente asesinado al estilo de una crucifixión religiosa. No han querido facilitar más detalles, sólo para decir que no tienen pistas.

Rhia miró a la pantalla en el momento en que aparecía una foto de Wayne. Era el recepcionista de la noche del jueves. El presentador había dicho que su nombre era Wayne Hampton. Rhia cogió los cigarrillos en la mesita, encendió uno rápidamente, aspiró con fuerza, expulsó el humo con furia y luego se calmó un poco. Ahora estaba fuera de peligro, pero el pobre tío estaba muerto, brutalmente asesinado. Joder. Nadie podía identificarla. El tío. El pobre tío. Sin familia. ¿Pero cómo murió? Crucifixión. Infierno.

Volvió a aspirar con fuerza el cigarrillo.

-Salem, Salem –dijo en voz alta al tiempo que entraba apurada en el dormitorio-. El tío que estaba trabajando esa noche, el recepcionista, él, él, uf, mierda, mierda.

-¿Qué? ¿Qué? Tranquilízate.

-Lo han matado. Ha salido en la tele. Brutalmente asesinado, han dicho.

-¿El tío que te vio?

-Sí, sí. El recepcionista. Lo han matado.

-Vale, vale. Nadie puede identificarte.

-Sí, pero.

-Ya lo sé. Ya lo sé.

-¿Tú qué crees, cariño?

-No me gusta.

-No. Es confuso. Bueno, pero también horrible.

-Tenemos que averiguar quién era ese tipo. El gordo que murió. Seguiré intentando hackear el USB. Veré las noticias en iView sin parar, a ver si sale información del gordo. Fue hace dos días, pero al aparecer el recepcionista asesinado lo hace más relevante.

-Tengo miedo.

-No, estamos bien. Nadie puede identificarte. Ya sé que da miedo, pero no nos va a pasar nada.

-Antes tenía miedo, pero ahora… mierda.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. El boletín de noticias de las 10:30 confirmó que el conocido presbítero de la Iglesia New Light, Robert Norton, falleció hacía dos noches en su casa mientras dormía. No había circunstancias sospechosas. Su muerte había sido reinventada por Abbott (sin saberlo Steele ni Thompson) y facilitada a los medios. Ninguna mención al USB perdido. La siguiente noticia era sobre la brutal muerte de Wayne Hampton. Quienes debían llevarse un susto mortal podían atar cabos. Otros simplemente lo aceptarían todo. Confirmaban que Hampton había estado bajo la tutela del Estado hasta hacía tres años.

Salem conocía esa vida.

Se giró hacia Rhia y dijo:

-Tengo que seguir trabajando en ese USB. Encontrar el código que me dé acceso a todo. No han dicho nada sobre él, pero no podían, ¿verdad? Toda la noticia. Las dos. Mierda.

A Salem le gustaba. Le gustaba la intriga, aunque el Hampton ese

estuviera muerto. De algún modo, era mejor así. Ahora habían subido las apuestas. Un par de meses antes la presión podría haberlo machacado, quizás aún pudiera. Fue a darse una ducha antes de volver de nuevo con el portátil.

Rhia tenía los nervios de punta. Contó el dinero que tenían. Se preguntó si sacar otros dos mil con la tarjeta robada. No había cámara en el cajero automático. Pensó que necesitaban el dinero; si tenían que huir, necesitarían todo el efectivo que pudieran reunir. Salem no estaría de acuerdo, pero ella podía hacerle cambiar de idea.

Salem salió de la ducha y ella lo siguió hasta el dormitorio. Dejó caer la toalla al suelo; Rhia se le acercó por detrás y lo rodeó con sus brazos. Deslizó la mano derecha, bajando por el vientre, hasta llegar a su pene semiduro. Comenzó a frotar con suavidad. Él permaneció quieto, en silencio, respirando más fuerte.

-Todavía tengo la segunda tarjeta de crédito que le robé al gordo muerto.

-Mierda, Rhia.

-Puedo sacar otros dos mil –dijo, todavía masturbándolo-. Luego tiro la tarjeta por el sumidero.

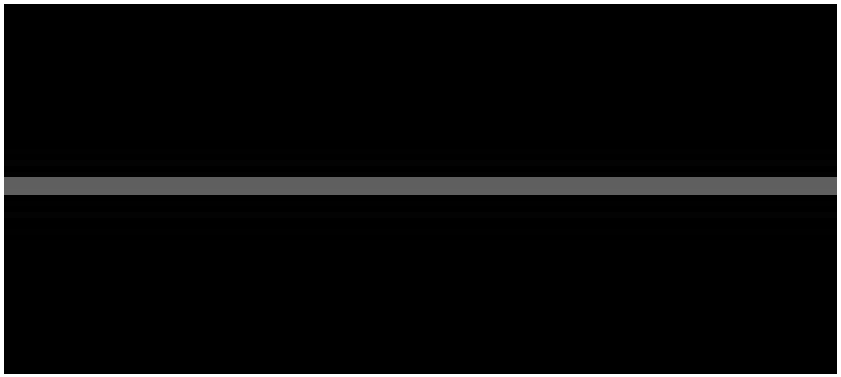
-Yo… mierda. Uf, Rhia, para.

Siguió frotándolo despacio y dijo:

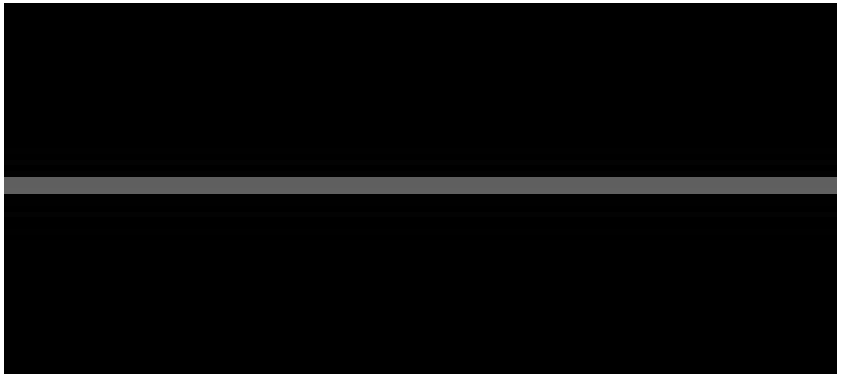
-Necesitamos todo el dinero que podamos conseguir.

Salem se inclinó hacia atrás contra ella, afirmó con la cabeza; ella siguió moviendo la mano lentamente y él comenzó a respirar más rápido. Ella seguía frotando mientras le besaba el cuello. Él cedió. Lo hizo correrse allí de pie. Casi se cayó; Rhia lo sujetó, abrazándolo con fuerza.

-Mierda, Rhia, yo… hazlo. Hazlo, por el amor de Dios.



Rhia sacó dos mil del cajero. Dobló la tarjeta por la mitad con las manos mientras caminaba de vuelta hacia la calle Darlinghurst. Llevaba puesto un gran sombrero negro que le tapaba la cara, ocultando su identidad. Tiró la tarjeta por el mismo sumidero de la otra vez. Siguió caminando rápido hasta su casa.



Salem llevaba sus gafas inteligentes y miraba fijamente a la pantalla. Se mostraban ocho números de cuentas con saldos. Mucho dinero. Más que para cambiar de vida. ¿Sólo accesible con este USB? No estaba seguro. Si intentaba coger el dinero, ¿quién lo sabría? ¿Qué desencadenaría? Cambió de pantalla. Miró de nuevo las perturbadoras imágenes y vídeos alineados frente a él con nombres de archivo como Bobby, Bobby 2, Lisa 1, Lisa 2, James 1 y 2. Seudónimos genéricos para fotos que mostraban asiáticos,

latinos, aborígenes y otras procedencias, junto con jóvenes chicas y chicos blancos, algunos de ellos posiblemente menores, otros quizás sí, quizás no. Cientos de vídeos. A Norton ya lo había visto en algunas, pero no quiso ver las otras. No podía tener eso en la cabeza.

Para Salem y Rhia todo esto era ahora muchísimo más peligroso que hacía sólo unos minutos. Salem pensó en entregar el USB a la policía, pero les harían preguntas. Si pudiera averiguar un modo de coger sólo una parte del dinero. Rhia y él podrían irse. Ir a Melbourne o Perth, o a otro continente, a donde fuera; no volver a trabajar.

## CAPÍTULO CATORCE

Tony Wu era reportero de investigación en The Star, el mayor periódico de la ciudad. Observaba su móvil, que sonaba el sábado a mediodía. Remitente oculto. <<Ya empezamos>>, pensó.

-Tony Wu.

-Norton murió en el motel Carrington, en Kings Cross, no en su casa.

Parecía como si la llamada se realizara desde un teléfono público, con gente alrededor, hablando por todos lados, un eco.

-¿Quién?

-Norton, de la Iglesia New Light.

-Esto no es una columna del Secret Sydney, amigo.

-¿Sabes cuántos candidatos está preparando New Light para la preselección, Tony?

-Soy todo oídos.

-Haz algo.

El que llamaba colgó.

A Wu le gustaba la conexión que acababa de establecer el que había llamado. Por supuesto, era noticia si había muerto en aquel motel de mala muerte. New Light eran palabras mayores. Quizás ahora quisieran meterse en política también. Dinero, poder y religión. Una mezcla excitante. No sólo el opio del pueblo, sino el control pleno.

Quería empezar a hacer llamadas, pero sabía que podría ser complicado. Era sábado. El segundo partido internacional contra

India había empezado unos días antes. Toda la ciudad estaba en modo vacaciones. Hasta el Primer Ministro estaba instalado en su casa de vacaciones de la costa sur.

Wu tenía algunos contactos en la policía de Nueva Gales del Sur. Empezaría por ahí. Esperaría hasta el lunes para intentar lanzar el anzuelo al pez grande. Se preguntaba quién estaría trabajando en el caso. Llamó a su colega Don Talbot, un inspector de la vieja escuela que trabajaba en la estación de policía de Kings Cross.

-Talbot.

-Don, soy Wu.

-Bueno, bueno, el chino Bernstein, buscando a Garganta Profunda, ¿no, colega?

-Siempre un placer, Don. ¿Quién lleva el caso de Norton?

-Norton, el gerifalte de la Iglesia New Light.

-Sí, y…

-He oído que murió en casa, en la cama, de un infarto, ¿no?

-Un informante anónimo me ha dicho que murió en el Carrington. Justo en tu territorio, Don. ¿Nadie te lo ha contado?

Talbot comenzó a toser, sacando una flema, y dijo:

-Mierda. No tenía ni idea.

-¿Vas a…?

-Pues claro. Joder. No puede ser. Conozco al gilipollas que tiene ese motel. Me debe unos cuantos favores.

-¿Crees que podrás decirme algo?

-Creo que sí, Bernstein. No sé decirte cuándo, hijo, pero se va a liar una buena con esto.

-Gracias, Don.

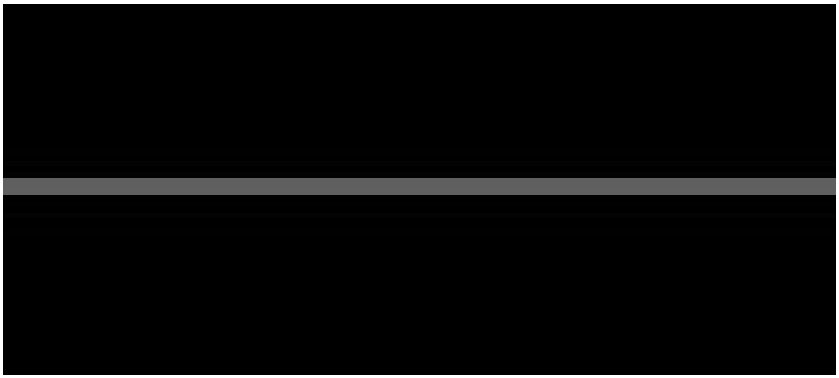
-No me las des aún. Si no tienes información sobre esto es que es importante. Quien quiera que cogió la llamada a urgencias sabía qué hacer con ella. Habría algún tipo de protocolo si aparecía el número del Carrington en la central de llamadas de emergencia.

-Un rastro.

-Ya sabes qué hacer, señor Wu.

Talbot colgó.

Wu se recostó en la silla. ¿Tenía algún contacto en New Light? ¿Volvería a llamar el informante anónimo?



Las nueve en punto de la mañana, sábado en el piso de Thompson en Bondi.

Thompson salió de la cama despacio. Sólo una o dos personas lo llamaban al fijo y había que responderles. Descolgó el teléfono de la cocina justo cuando Aimee se despertaba en la habitación.

-Thompson.

-Soy Linda.

-¿Qué pasa?

-Necesito el dinero de la manutención, eso es lo que pasa.

Thompson elevó un poco el tono de voz:

-Te he dicho que iba a tardar, ¿o no?

-¿Cuánto?

-Joder. Tardar.

-Tu hija necesita zapatos, tengo que poner comida en el plato y…

-Eres abogada. Ganas mucha pasta, así que…

-Es el procedimiento, cariño. Tú también ganas mucha pasta…

-Lo tendrás el lunes –dijo él elevando más aún el tono mientras Aimee aparecía en la cocina llevando solamente una de sus camisetas negras.

-Será mejor que así sea, Carter, no quiero tener que…

-Mete a los abogados. Adiós.

<<Zorra>>, pensó. Aimee lo miró levantando una ceja; su apariencia calmada se había esfumado por esa llamada. Él le sonrió. La besó en la frente. Ella le rodeó la cintura con los brazos y lo intentó besar en la boca. Él se apartó. Ella dejó caer los brazos, ofendida.

-Perdona, hoy tengo demasiadas cosas. No quiero ser grosero. Te llamaré un taxi.

-Voy a vestirme.

Se puso la ropa. Thompson entró en el baño. Iba a ser un día intenso. Abrió la ducha, se metió bajo el agua tibia, la reguló hasta que quemaba y luego volvió a girar para que saliera caliente. Oyó cómo se cerraba la puerta de entrada. Acabó rápido de ducharse. Fue a su habitación y se vistió con sus ropas negras. Volvió a la cocina. Cogió una enorme lata casi llena de café instantáneo Nescafé que no usaba nunca. Era un tipo de Nespresso, de café de cápsulas. Vació gran parte del contenido sobre un periódico de la mesa de la cocina. Sacó dos de las pequeñas bolsas plásticas llenas

de polvo blanco. Vació una pequeña cantidad de una de ellas sobre la encimera y preparó dos rayas. Fue al dormitorio y cogió un billete de cincuenta dólares del monedero.

Regresó a la cocina a meterse las dos rayas de golpe. Se irguió, soltando un <<guau>>, sonrió, se sintió inmenso. Hizo un cono con el periódico de la mesa y vertió la mitad del café de nuevo en la lata. Metió una de las bolsitas de plástico con el polvo; luego el resto del café. La colocó de nuevo en la alacena. Metió en el bolsillo las otras bolsitas. Cogió las llaves, la cartera y se fue.

Un poco después de las nueve en punto estaba en el vestíbulo del edificio del Consejo. Una mujer con zapatos masculinos de piel marrón, pantalones negros acampanados, y camisa blanca de manga larga dijo:

-Jill Anderson.

Él le estrechó la mano suavemente, ella lo hizo con fuerza; él casi se rio por la muestra de carácter, pero sólo sonrió y dijo:

-Me llamo Thompson, pero ya lo sabe.

-Sí.

-¿Vamos a ello?

-Sígame, señor Thompson.

Le dio indicaciones para sentarse en un cubículo. El ordenador estaba encendido. Le indicó dónde pulsar; él le sonrió gentilmente de nuevo:

-Sé lo que tengo que hacer.

Jill Anderson permaneció tras su hombro derecho. Él se giró y repitió:

-Sé lo que tengo que hacer, Jill.

Ella tosió para causar cierto efecto y lo dejó solo.

Abrió el archivo. En la pantalla se veía la aplicación de una cámara y pulsó sobre ella. Tenía acceso a tres cámaras de seguridad. Una estaba colocada cerca del Goldfish Bowl, donde había estado la noche anterior. Otra aproximadamente a media altura de la calle entre el Goldfish Bowl y el motel Carrington. La otra estaba en el otro extremo de la calle Darlinghurst, antes de que se convirtiera en calle Macleay, cerca de la fuente. Otras tres no funcionaban.

Pulsó en la cámara que estaba a medio camino del motel. Seleccionó la una de la madrugada. Se puso los auriculares que le había dejado Jill y observó todo a media velocidad, sin saber lo que buscaba. Esperaba ver al gordo. Fue desde la una hasta las cuatro, incrementando la velocidad de la aplicación según aumentaba su frustración. Comenzó de nuevo, visionando a mayor velocidad, esperando que algo llamara su atención. Y sucedió. La chica llevaba un bolso negro. No le sonaba de nada. Ralentizó la cámara y la observó. No caminaba rápido sino ligera, tenía un destino en mente, pero la cámara la perdió no mucho después de pasar la estación de Kings Cross. Estaba seguro de que se trataba de una prostituta con la que había estado hacía años. Joven y lista. Incluso había tomado algo con ella cuando acabaron. No había vuelto a verla. ¿Cómo coño se llamaba? Fue durante un período de su vida tormentoso, en el que el trabajo era lo único que lo mantenía sano y vivo. Después de haberse separado de su mujer para aceptar el trabajo que le había ofrecido Steele.

La chica. Había pagado por ella dos veces. Había pagado, sí. Pero la copa que se tomaron fue sincera, lo sabía a pesar de ir borracho y puesto de speed. Había resuelto el caso de una persona desaparecida. Encontrado a un pedófilo en serie, pillado a un hacker, mientras estaba constantemente colocado, con subidas y bajadas, idas y venidas, y toda la mierda de entremedias. Steele lo hizo intocable porque conseguía resultados. Pero se había estabilizado. Llevaba ya un tiempo sin consumir, hasta ahora. El detective privado de la Iglesia lo había cabreado, el dueño del motel que no le devolvía las llamadas, el accidente con el conductor fugado. ¿Quién era esta chica? No recordaba su nombre. Tenía el pelo marrón claro. Zapatos brutos. Falda vaquera, blusa negra. La conocía. Era ella, maldita sea. ¿Pero fue al motel? ¿La pillaría viniendo de vuelta a las tres o las cuatro de la madrugada? ¿Cómo

era su jodido nombre? ¿Zia? ¿Zoe? ¿Reece?

Mierda.

Thompson permaneció allí durante tres, quizás cuatro horas, revisando las imágenes una y otra vez. Tenía a la chica cuyo nombre no podía recordar en el exterior de la pizzería a las cuatro, sentada en la escalera de la entrada, comiendo con apetito. Se levantaba y se iba. Eso era todo. ¿Por qué no la veía antes de eso? La calle Darlinghurst estaba a rebosar, ella era pequeña, no tenía ningún rasgo distintivo, su ropa era vulgar; pero la habría visto, seguro. Guardó las imágenes en su móvil y en un USB que había traído y luego las borró de los archivos del Consejo. Se levantó y se fue sin decírselo a nadie.

En el exterior de las oficinas del Consejo se le acercó una mujer rubia de pelo corto, vestida con un chándal negro de Adidas. Se quedó petrificado. Sabía de quién se trataba aún sin haberla visto antes.

Ella fue directa hacia él, le extendió la mano y dijo:

-Sally Bois.

-Thompson –dijo ignorando su mano, y siguió caminando.

-Conduce con cuidado –gritó ella.

A Thompson le escoció, pero siguió alejándose de ella. Aimee había dicho pelo rojo. Llevaba una peluca, la muy zorra.

Caminó hasta Andiamo; sabía que Aimee no estaría trabajando. El camarero ligeramente desaliñado de los pantalones negros holgados, camiseta blanca estirada y bigote a lo Zapata le sirvió de nuevo, amable pero no con confianzas; a Thompson le gustó eso.

Bebió un café con leche cargado y fumó unos cigarrillos. Guardó en el móvil la mejor imagen que tenía de la chica cuyo nombre no recordaba. Acabó y pagó. Volvió al motel Carrington. Mientras caminaba recibió una llamada de Jill Anderson:

-Detective Thompson, ha usted borrado…

-Señora, no soy detective, pero si tiene usted algún problema llame al señor Steele, él la ayudará mejor de lo que yo puedo. Adiós.

Entró en el Carrington. Henry y Bella estaban en el mostrador. Los ojos de Bella se abrieron como platos cuando lo vio. Henry dijo claramente << mierda >> en voz baja. Thompson supo al momento que Bois había estado allí.

-Henry, Bella, necesito que miréis esta foto. Necesito que me digáis si conocéis a esta chica.

Ambos asintieron sin decir nada. Bella buscó la mano de Henry bajo el mostrador. Él la agarró y la sostuvo con fuerza. Miraron la foto y Bella dijo:

-No. No la he visto nunca.

-Ni yo –dijo Henry.

-¿Estáis los dos seguros?

-Sí –respondieron al tiempo, con las manos fuertemente agarradas.

-¿Habéis visto los informes policiales en la tele?

-Sip –dijo Henry-. No podemos ayudarle, señor Thompson.

Thompson sabía que no había nada que hacer y dijo:

-Vale, gracias.

Salió. Tenía calor. Estaba cansado. La calle Darlinghurst, estos sucios ochocientos metros, supuraba al sol como la llaga de un perro rabioso. Apestaba. Era peligroso. Durante el día este lugar no merecía la pena. Las noches eran agitadas, con demasiado de todo.

Cuando llegó al otro extremo de la calle Darlinghurst y giró hacia la calle Roslyn, Henry lo agarró por el brazo. Thompson se giró rápidamente, sorprendido, preparado para golpear a alguien. Paró y dijo:

-¿Qué pasa, Henry?

-Rhia, la chica se llama Rhia, pero ahora tiene que dejarnos en paz. Creo que pueden tener pequeñas cámaras escondidas por el motel.

A Thompson le pareció que Henry estaba muerto de miedo. Tenía motivos. Bois y New Light no eran cualquier cosa; él también lo sabía.

-Gracias, Henry; hay que tener huevos para decirme eso. En serio. No volveré a molestaros.

Thompson se sentó en el coche. Llamó al dueño del motel, Les Connor. Respondió.

-¿Les Connor? –dijo Thompson.

-Sí.

-Me llamo Thompson, ha estado evitándome.

-En absoluto, detective, ¿qué puedo hacer por usted?

-Voy a ir a verle ahora; por favor, esté en casa.

-Aquí estoy, esperándole, señor Thompson.

-Bien, adiós.

Bois estaba en el exterior de las oficinas del Consejo. Llamó a

Abbott:

-Sally, ¿en qué puedo ayudarte?

-Ha borrado las imágenes de las cámaras en el Consejo.

-Recuerda lo que he dicho, Sally. No te enfades. Creo que ha llegado el momento de hacer algunas llamadas. Haré algo con el señor Thompson.

Abbott colgó.

Sally sonrió.

Caminó hacia su coche.

## CAPÍTULO QUINCE

El inspector Don Talbot hizo una llamada a Les Connor, que respondió después del tercer tono. Después de todo, era su colega Don.

-Don.

-¿Hay algo que debas contarme?

-No, yo, eh, no.

-¿Norton muere en tu motel hace un par de noches y no me lo cuentas?

-Lo siento, Don, yo…

-Después de toda la protección que te he ofrecido, Les. Eso es de mala educación. Me he enterado por un periodista. ¿Qué está pasando, <<colega>>?

-No puedo hablar de eso, colega.

-A partir de ahora no soy tu colega. Soy el inspector Talbot, de la policía de Kings Cross, que tal vez te haga otro agujero en el culo si no obtiene la respuesta correcta. ¿Entendido?

-Murió. ¿Infarto en una de las habitaciones?

-Infarto, Les. Colega, puedes hacerlo un poco mejor.

-Estaba con una puta; murió haciéndolo.

-¿Quién fue a investigarlo?

-Un tipo llamado Thompson, que dijo que era de la oficina del fiscal.

Un momento de silencio.

Más silencio.

Talbot suspiró:

-Estás hasta arriba de mierda, amigo mío.

-Vendrá enseguida. Me ha llamado hace un rato.

-Esta vez no puedo ayudarte, colega.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Le llaman Cash, un mote que significa que hace lo correcto. No se anda con mierdas. Vas a ver por qué.

-¿Don? ¿Don?

Talbot pulsó la tecla de colgar en el móvil desechable que había usado. Lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Unos minutos más tarde recibió una llamada de la centralita.

-Sí.

-Una llamada del comisario jefe. ¿Quiere que se lo pase?

Talbot suspiró y respondió:

-Pásamelo.

Esperó y luego dijo:

-Don Talbot.

-Talbot, soy Mike Sandino.

-Sí.

-Déjelo estar.

Una breve pausa.

-Déjelo estar, inspector. ¿Entendido?

-Entendido, jefe.

-Es usted un policía respetado, Talbot, con un historial decente; dejemos que siga siendo así.

Talbot no estaba asustado, intimidado quizás, pero tampoco era estúpido. Había sobrevivido a innumerables aluviones de mierda. Escogía sus luchas con cuidado.

Talbot volvió a llamar a Wu desde su teléfono desechable.

-Tony Wu.

-Soy Don.

-Sí, colega.

-Puedo confirmar que murió en el Carrington. Pero no puedo meterme en esto, ¿comprendes?

-¿Cómo murió?

-Alguna puta se lo folló hasta morir. Un cabrón gordo, no estaba en forma, etc. Probablemente tendría algún polvo blanco corriéndole por el cuerpo.

-¿Algo más antes de dejarme?

-El caso lo lleva Thompson, de la oficina del fiscal. Ten cuidado con él si decides interesarte. Es el capullo número uno.

-Gracias, Don.

-Nos vemos, Wu.

Tony Wu iba a seguir investigando el tema. Si Talbot se había espantado, la cosa tenía miga. No había oído hablar de Thompson. Llamó a su jefe y le contó la historia sin hacer mención a Talbot. Su jefe estaba interesado. Wu le preguntó sobre Thompson, cómo podía contactar con él. Su jefe le dio el número de Steele.

Wu llamó a Steele.

-Hola.

-Me llamo Tony Wu y…

-Ya sé quién es.

-Estoy investigando las circunstancias que rodean a la muerte del señor Norton, de la Iglesia New Light.

-No puedo ayudarle, lo siento.

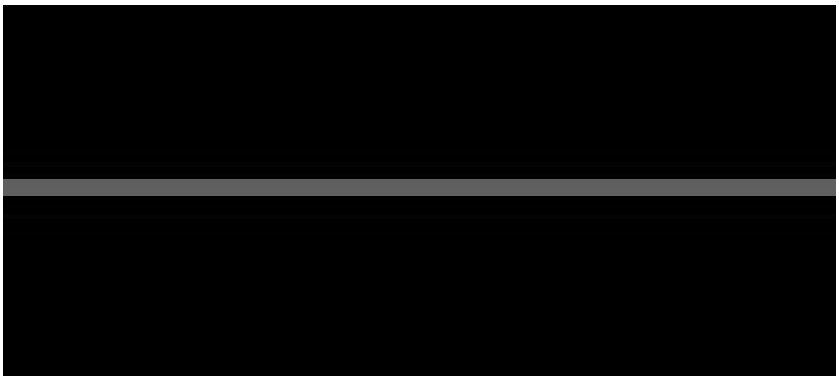
Finalizó la llamada.

Wu llamó a Talbot de nuevo.

-¿Y ahora qué, Bernstein?

-¿Cómo puedo encontrar al Thompson este? Último favor que te pido.

-Te conseguiré un número de teléfono, pero nada más. Estoy fuera de este tema. Recibirás un número desde un teléfono oculto en unos diez minutos. Seré yo.



Thompson llamó a la puerta de la casa de Les Connor en Potts Point. La mujer de Connor estaba de vacaciones en Central Coast. Él

le había dicho que se quedara allí hasta que todo este asunto se olvidara. Tenía el ático en un edificio de diez plantas al final de la calle Macleary que había visto mejores tiempos. Un portero había informado a Connor de que iba a subir. La puerta se abrió nada más salir del ascensor. Thompson vio a un hombre rapado, pequeño y con sobrepeso, con unos ojos tan claros que parecían albinos. Le recordó a un cerdo.

-Detective Thompson, pase.

Thompson entró; el pequeño Connor se apartó a un lado. Thompson esperó instrucciones detrás de la puerta.

-Sígame –dijo Connor.

Atravesaron un largo pasillo hasta un gran salón a doble altura. Había una pantalla gigante retransmitiendo un combate de boxeo entre Stevens y Paul Holmes, una joven promesa aborigen. Eran las tres de la tarde.

-¿Quién gana? –preguntó Thompson.

-Acaba de empezar. Stevens está avasallando a Holmes.

-No por mucho tiempo.

-¿Es fan de Holmes? –preguntó Connor.

-Es un Koori, como yo. Sabemos luchar, ya sabe.

-¿Es un abo?

-Sí, soy un abo, gordo gilipollas neandertal.

-Eh, uh, guau.

-¿De dónde es usted, señor Connor?

-Mi familia viene del oeste.

-Pero usted no vive allí.

-Me he ido moviendo.

Thompson preguntó casi riéndose:

-¿Quiere decirme por qué ha estado evitándome, colega?

Connor se puso colorado. Apartó la mirada de Thompson, haciendo memoria de las frases ensayadas con Sally Bois.

-La noche del jueves estuve en casa toda la noche.

-La muerte del pez gordo de la Iglesia New Light en su motel la otra noche. No ha hecho nada al respecto. ¿Por qué?

-Por asesoramiento legal.

-¿De quién?

-Sally Bois –y, tan pronto como lo dijo, deseó no haberlo hecho.

-¿Ella lo aleccionó, verdad, la señorita Bois?

-No, yo, eh, estuve en casa toda la noche. No sé nada.

-He oído que esta gente de la Iglesia lleva a chicos y chicas jóvenes al Carrington. Para hacer toda clase de asquerosidades.

Connor se sentó en un gran sofá de cuero marrón. Se frotó los ojos con las palmas de la mano. Un gran suspiro. En la pantalla gigante, el delgado boxeador indígena propinó unos cuantos golpes de izquierda, pum, pum, pum, cada uno como un picotazo, a un Stevens mayor que él. Connor bajó la cabeza, consiguió recobrar de algún lado un poco de seguridad y dijo:

-No. De ningún modo. Nunca ha pasado en mis instalaciones. Se han quedado algunos tíos, eso es todo, nada más.

-Escabulléndose en los suburbios del oeste o en Bondi Junction. Ahí es donde tienen lugar las grandes reuniones de la Iglesia, ¿no?, en Bondi Junction. Ocultándose en Kings Cross con algún chaval para tener una charla sobre Dios en las habitaciones de arriba de su motel de mierda, ¿no es así?

-No lo sé. No estoy al tanto del día a día. Llevo unos cuantos

negocios. La noche del jueves estuve en casa, toda la noche.

Holmes propinó un buen cruzado de derecha a la mandíbula de Steven. La cabeza de Steven se sacudió bruscamente hacia atrás, esta vez más como un porrazo que un picotazo.

-Gente de la Iglesia, de la Iglesia New Light, hablando claro. Gente de New Light iban a registrarse en su motel y su personal tenía órdenes de no registrarlos, no emitir recibos, llamarlos a todos David Jones. ¿Tengo razón?

-No sé nada de eso. No hay registros de esa gente en mi motel, estoy seguro.

-¿Y qué hay de Wayne, Les? ¿Qué le ha ocurrido?

-No sé nada de eso. Yo estuve en casa toda la…

-Eso sucedió después, en un apartamento que usted arrendaba a Wayne. Fue asesinado, clavado en la pared, hijo de puta. Un chico criado en un hospicio. Le diste un trabajo, un piso, le pagaste. Luego un gordo, un gordo que solía visitar a Wayne en ese piso, muere en tu motel después de llevar allí a una prostituta, una chica a la que acabamos de identificar, sí, colega, sabemos quién es. Luego asesinan a Wayne al día siguiente porque fue quien hizo el registro a Norton. ¿Atas los putos cabos, Les?

Holmes perseguía a Stevens por el ring, intentando acorralarlo. Stevens esquivaba y zigzagueaba mientras Holmes lo acechaba. Retrocedía. Stevens no tenía el control en absoluto. Holmes buscaba el nocaut.

-Bueno, Les, ¿qué tienes que decir?

-Abogado.

-¿Qué?

-Abogado.

-Yo te diría que busques un abogado, Les. Porque lo vas a necesitar.

Thompson se giró y volvió por donde había venido. Las llaves estaban en la puerta, la abrió, no la cerró, caminó hasta el ascensor. Cruzó la calle, se subió al coche, puso el combate justo en el momento en que Holmes derribaba a Stevens a la lona. El combate tenía lugar aquí en Sídney, no lejos de Redfern, donde había crecido él. Le había metido un poco de miedo al gilipollas. Connor haría llamadas de preocupación a la Iglesia. Thompson pensó que la Iglesia podía abandonar a Connor por el bien común. Era estúpido, fácil de manipular. Podrían convencerlo para que cumpliera condena por el bien común y a cambio de alguna recompensa económica. O podrían ingeniárselas para salir indemnes de todo esto. Thompson quería quemarlos a todos ellos y a su Iglesia. Llamó a Steele:

-Creo que tengo a la chica. La he localizado en las imágenes antes de ir al Carrington, pero no después. De momento es una corazonada. Tengo su nombre.

-Buen trabajo, Thompson.

-Borré las grabaciones de los archivos del Consejo.

-Recibí una llamada.

-Acabo de estar con Les Connor. Se lo he explicado todo. No lo he tocado, pero lo he amedrentado un poco.

-¿Y?

-Aulló un abogado, así que lo dejé pensándoselo.

-Ten cuidado con esa gente, Thompson. Son poderosos. Hacemos nuestro trabajo, está claro, pero como el viejo programa de TV de la BBC: Con cuidado.

-Haré lo que pueda.

-Y otra cosa, Thompson.

-¿Sí?

-He recibido una llamada de un periodista, Tony Wu. Está metido

en el tema. Sabe que estamos investigando.

-He leído su trabajo –dijo Thompson-. Parece más probable que esté de nuestro lado que del de Abbott y compañía.

-Quería que lo supieras. Y es periodista: la primicia es lo único que importa.

-Vale, gracias.

-Sigue cazando, Thompson.

Por la noche volvería a la Cross, llevaría la foto de la chica, preguntaría por ella. Tenía su nombre: Rhia. Revisaría los anuncios de acompañantes en internet para buscarla; seguramente no usara ese nombre, aunque quizás sí una foto. También quería ver a Aimee, era algo bueno que le había pasado. Quería seguir con ella, pero el trabajo, siempre el trabajo.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Salem levantó la vista cuando Rhia entró en el piso:

-Hola, nena.

-Hola.

-¿Lo tienes?

-Sí. Tiré la tarjeta.

-Creo que deberíamos largarnos.

-¿Qué?

-He averiguado lo que hay en el USB. Acceso a un montón de dinero, pero también vídeos del tío gordo con chicos y chicas adolescentes, otros hombres y mujeres de mediana edad con chicos y chicas jóvenes. No sé si son mayores de edad o no, pero están trabajando y no lo están haciendo por voluntad propia. Muchos tienen cara de no estar disfrutando. Ojalá… ojalá no hubiera visto algunas. Yo…

-¿Qué? ¿De qué me hablas?

-¿Me has oído?

-Sí.

-Cosas obscenas, Rhia. Explotación.

-Ya… ya conozco a ese tipo de gente, Salem. Los veo todos los putos días. Huyo de ellos.

-Ya lo sé, lo siento. Lo he dicho sin pensar, nena. Pero hay dinero; un montón.

-Sí, eh, el dinero. ¿Puedes conseguirlo?

-Con un poco de tiempo creo que puedo llegar a hacerlo. Puedo pillar el suficiente para coger un apartamento en un sitio nuevo. Quiero decir comprarlo, no alquilarlo. Dejar el resto del dinero, deshacernos del USB. Largarnos.

-¿Y qué pasa con Molly y la escuela?

-Has visto cómo han matado al recepcionista. No se andan con tonterías. Estaremos en un buen lío si saben que eras tú. Te irás con Molly una vez que consiga el dinero. Debería tenerlo resuelto al final del día.

-¿Cómo?

-Compra un coche. Uno de segunda mano en algún sitio al oeste. Paga en efectivo. Coge lo que necesites y conduce hasta Melbourne. Yo acabaré aquí. Te buscan a ti, no a mí. Has cambiado el pelo, eso está bien. Seguramente no piensen que tienes una hija. Vete en el coche, directa hasta allí. Un nuevo comienzo. Trabajos de verdad.

-Sí. ¿Estás seguro de que puedes conseguir el dinero?

-Pronto, nena, pronto. Sí, puedo hacerlo. Estoy intentando averiguar qué provocaré si lo cojo.

-Molly llegará en seguida.

-Espera hasta que tenga el dinero en una cuenta. Usaremos una de mis identidades falsas para abrir una cuenta online. Puedo transferir dinero a una cuenta nueva para ti, con un nombre nuevo, y para Molly.

-Sí, sí. Hazlo.

-Hay cerca de dieciocho millones en varias cuentas.

-Dieciocho millones, Jesús, Salem.

Él le sonrió y dijo:

-Pillaré un poco de cada una, setecientos cincuenta mil. Podemos comprar un piso de dos habitaciones en algún sitio de las afueras. Acabaré aquí, recojo, pillo el dinero y me aseguro de que nadie nos persiga.

-Qué valiente, Salem. ¿Estás seguro de que estarás bien tú solo? Ya sabes que…

-Estaré bien. Sabrán que ha desaparecido el dinero, no quién lo ha cogido.

-Pero está claro que somos nosotros.

-Tú, no nosotros, y no saben quién eres. Llama a ese gerente del motel. Averigua qué saben.

-Si llamo sabrán que soy yo.

-Tienes razón. Mierda. Está bien. ¿Crees que puedes ir con Molly a algún sitio mientras pienso en esto? Necesito silencio.

-Sí, iré a recogerla. Iremos al cine. Quiere ver la nueva de Marvel.

-Guay. He retirado todos tus anuncios en internet y cancelado los impresos. Eres libre.

-Sí, libre, guay –dijo Rhia como si estuviera en trance, algún extraño sueño despierta; pero volvió a la puerta y caminó hacia la casa de la amiga de Molly.

Salem se quitó las gafas. Volvió a encender el portátil; podía conseguirlo. Paciencia, intentar cosas diferentes, ver los resultados antes de que sucedan. Pensar en el código.

Lo resolvió. Escribió el código que iba a dar acceso al dinero, lo guardó en su propio USB. Seguía sin estar seguro de lo que iba a desencadenar. ¿Cuánto tardarían en darse cuenta? Sabía que había otras copias del USB porque el código sólo funcionaba si otras dos personas introducían sus contraseñas y un código secundario al mismo tiempo. Otros dos entes en la web oculta. Salem lo sorteó. Era lo que hacía. Sortear mierda como esta. Era la hostia escribiendo código. Desfalcando. Robando. Un ladrón a todas horas.

Sonrió y dijo en bajo:

-Un puto crack.

Rhia soltó la mano de Molly y dijo:

-No digas palabrotas, joder. Y ambas se rieron como locas, caminando por los jardines, pasando junto a la piscina y el monumento al soldado caído hasta la calle Pitt, donde habían abierto un cine nuevo. Cogidas de la mano otra vez, fueron a la taquilla y compraron las entradas. Había un nuevo miembro del clan Marvel que iban a presentar en la última película. Razor. Como Flash, pero nuevo. A Razor lo interpretaría un joven actor australiano: Tom Newton.

Rhia decidió que le iba a encantar. Ella y Molly se sentaban siempre en la fila de delante, mirando hacia arriba a la pantalla gigante. Las cortinas comenzaron a abrirse; sonaba la música. Iban a ser realmente libres durante al menos los próximos noventa y seis minutos.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Sonaba el móvil de Thompson.

Steele.

-Sí.

-Me han llamado del banco. Alguien ha sacado dos mil dólares de la misma cuenta que la otra noche, en el mismo cajero; otra vez, sin foto. No sé si sirve de algo o no.

-Quizás quisiera meter mano por última vez, coger todo el dinero que pudiera. Puede que ahora sea una yonqui, en cuyo caso volverá a ir. ¿A qué hora ha sido?

-Hace unas horas. ¿Y qué quieres decir con << ahora >> ?

-Nada, una forma de hablar. Volveré a repasar las imágenes.

-Sí, con suerte esta vez la pillas. Sigue cazando.

Thompson no podía hacer mucho más en este momento. Volvería a

Kings Cross. Había examinado todos los anuncios online del Courier Wentworth, buscado en Google mucho más, pero podía ser que llevara peluca, o un montón de cosas más. Thompson intentó recordar el momento en que había estado con Rhia. Aquella copa fue sincera. ¿Qué le había contado? Había admitido tener sólo dieciocho, que le gustaba ir a grandes raves en naves y discotecas; no tomaba drogas, sólo bailaba; iba sola o con un amigo gay que le había contado que se prostituía en la zona del Muro. Thompson había pensado que probablemente sí se drogara en las raves, pero tenía los brazos limpios, sin marcas de pinchazos. Había mirado, quería dejarlo claro. Le había contado que vivía en Potts Point, en un rascacielos en el que casualmente el piso de al lado era un burdel, pero ella no trabajaba allí; por aquel entonces se anunciaba online, así fue cómo la encontró. Le contó que hacía la calle de vez en cuando porque creía que podía escoger a los tíos que podían traerle problemas y evitarlos. <<Demasiado confiada>>, había pensado él en el momento. Él estaba bajo los efectos del speed; lo prefería a la cocaína. Más barato, más fuerte; una droga de la calle, pero no tan jodida como el cristal.

Pero el cristal circulaba. Había visto sus efectos demasiado de cerca en otros. ¿Qué más sobre la chica, Rhia? ¿Qué podría identificarla? No podía pensar con claridad. Tenía que volver, intentarlo de nuevo con todos los implicados; sí, con todos.

Sonó su teléfono, otro número que no conocía.

-Thompson.

-Señor Thompson, me llamo Abbott. Soy el…

-Sé quién es.

-Bien, bien, ahora quizás podría escuchar en lugar de interrump…

-Que le den. Aún no es el momento de hablar con usted. Ya le avisaré cuando lo sea.

-¿Qué tal están su mujer y su hija, señor Thompson? Quizás podrían venir los tres a misa el domingo, tal vez…

-Espero que no me esté amenazando.

-En absoluto, simplemente ofreciéndole una invitación. Viven en las afueras, al este, ¿verdad?

Thompson colgó. El capullo estaba tratando de provocarlo. Pasó de él. Sacó del bolsillo la bolsita de plástico. Cogió una cantidad de polvos blancos suficiente como para hacer tres rayas en la mesa de la cocina. <<Estos perros rastreros que se esconden detrás de la religión>>, pensó. Dándoles lo que creían que era una autorización para hacer lo que quisieran. Iba a acabar con ellos. Todos y cada uno de ellos.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Thompson condujo hasta Kings Cross. Aparcó. Caminó hacia la primera calle. Comenzó a hacer su versión del puerta a puerta, dando un toque a los chulos de los locales de estriptis, que eran prudentes en el mejor de los casos y de poca ayuda en el peor. Asomó la cabeza en el Carrington. Se identificó a la chica de la recepción. Se llamaba Andrea; una chica gorda, con brazos flácidos, pelo rubio, de unos cuarenta, con marcadas arrugas alrededor de los ojos.

Cuando él le dijo que era de la oficina del fiscal ella respondió:

-No voy a hablar con usted.

No se andaba con rodeos. Él le explicó con voz calmada lo que quería. Vio cómo se suavizaba un poco.

-Puedes llamarme Andy, cariño –dijo, guiñando un ojo. Thompson sonrió a su pesar.

-¿Conoces a esta chica? –preguntó, mostrándole la foto de Rhia.

-No, pero no tiene nada que destaque, nada que llame la atención. Ese pelo castaño claro, ropa del montón, la estatura, todo.

-Deberías meterte a policía, Andy.

-No me querrían. Un pasado accidentado, lo que explica que esté en este antro.

-¿Ya tenéis nuevo recepcionista?

-Empieza esta noche.

-¿Nombre?

-Anton.

-Conozco a la parejita. ¿Quién es el tercer recepcionista?

-Era Tracey, se largó. Va a volver un tipo que ya había trabajado aquí. Se llama Sam. Treinta y pico, un poco como yo, ha vivido mucho, parece que tiene cincuenta años más de los que tiene, pero es más bien robusto.

-¿Ha hablado con vosotros una mujer? Amenazándoos en relación con lo que pasó en esa habitación de arriba la noche del jueves.

-Me han pagado por callarme, lo voy a cumplir, aunque seas un tipo guapo.

-¿Conoces a David Jones?

-Sí, los conozco a todos pero, como he dicho, me han pagado y tampoco soy estúpida. Número uno: necesito el trabajo por ese pasado del que te he hablado. Número dos: esa zorra hasta me asustó, y ya sabes cómo murió Wayne. Número tres: Iglesia New Light.

-Lo pillo, Andy.

-Si quieres llamarme, liarte con una gordita, dímelo –dijo, riéndose dulcemente.

-Lo haré.

Thompson estaba cabreado. Bois les había comido la cabeza a los empleados. Steele no pondría aún a polis para protegerlos; quería que hicieran algo estúpido que pudiera serles útil.

El calor se cernía sobre el bulevar semidesierto. Salía por los desagües y las alcantarillas. El asfalto caliente. Se le colaba por la nariz, los ojos, el trasero. Mierda de sitio. Paró a prostitutas, mujeres y hombres, y ninguno la reconoció. Paró en algunas cafeterías. Nada. Entró y salió de bares de mala muerte. Nada. Luego la recordó sentada en el escalón de la pizzería. Fue allí, le enseñó la foto a un tipo mayor con delantal negro, barba negra, ojos irritados:

-¿La conoces?

-Sip, viene de vez en cuando. Compra unas porciones y se sienta en el escalón, como ha dicho. Come bastante, a veces viene a repetir. Agradable, simpática, ¿está en líos?

-No. ¿Alguna vez ha venido con alguien? Un tipo, puede que gay, un chapero al que quizás hayas visto revoloteando por aquí.

-No. Siempre ella sola, normalmente tarde, a eso de las tres o cuatro de la madrugada.

-¿Cómo te llamas?

-Eddie.

-Eddie, esta es mi tarjeta; si la ves, me llamas, ¿de acuerdo?

-¿No está en líos? No soy un puto chivato.

-La está buscando su madre. No la ha visto en años. Está preocupada.

-Vale. Si la veo, llamo.

-Gracias, Eddie.

Thompson se dirigió de regreso a su coche, en todo momento exprimiéndose el cerebro con la chica. Era algo, no mucho, pero algo. Paró, dio media vuelta y decidió ir hacia el infame Muro donde hombres jóvenes hacían su trabajo. Chicos, sobre todo.

Llamó a Aimee por el camino. Ella cogió:

-Hola.

-Soy yo, Thompson.

-Ya nos sentimos más amables, ¿no?

-Lo siento, el trabajo.

-Lo dejaré pasar una vez.

-¿Qué haces esta noche? ¿Trabajas? Estoy yendo hacia ahí.

-No, lo he dejado.

-Dejado. Guau.

-Lo odiaba, pero soy buena actriz, así que no te has dado cuenta.

-¿Qué vas a hacer?

-Convertirme en instagrammer.

-Ah, te irá bien.

-¿Cuándo acabas de trabajar?

-En un par de horas.

-¿Quieres venir a mi casa en Newtown?

-Quiero ir, sí.

-Pues te veo luego. Y, ¿Thompson?

-¿Sí?

-Me gustas. Mucho.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Domingo por la mañana. Bois se despierta, se gira sobre sí misma y mira a la izquierda. Zlatan Lukic está con ella en la cama, de espaldas. Se ha rapado el pelo al uno. Grueso bello corporal en sus duros y musculosos hombros. Había estado con Bois cuando mató a Wayne. Zlatan era un buen polvo. Se lo había tirado dos veces, pero era peligroso. Irascible. Un tipo croata que andaba con Billy Hassan. Observándolo allí tumbado, quería que se hubiera ido ya. Salió de la cama, caminó desnuda hasta la cocina, abrió la nevera y sacó leche. Encendió la cafetera Nespresso, cogió unas cápsulas en la alacena, puso en marcha todo el proceso. Se hizo un strong latte y un long macchiato para Zlatan. Entró en la habitación. Dejó su café sobre una pequeña cajonera de su lado de la cama. Empujó con fuerza a Zlatan con la mano derecha, que se revolvió; lo empujó de nuevo.

-Joder. Joder. ¿Qué coño haces, loca de…?

-Café. Esta mañana tengo que ir a la iglesia, tienes que irte.

No le gustó. Sintió llegar la ira que tan bien conocía, pero Hassan le había dicho que no mosqueara a la chica, que no perdiera el control. Ella tenía contactos, era importante. Eso es todo lo que recordaba: que tenía contactos, que era importante. Se incorporó, apoyando su fuerte espalda contra el cabecero, con su enorme y rolliza mano cogió el vaso de cristal de su long macchiato y lo sorbió. Lo dejó a un lado.

-Un buen café. Te acordabas.

-Sí.

-¿Quieres follar otra vez?

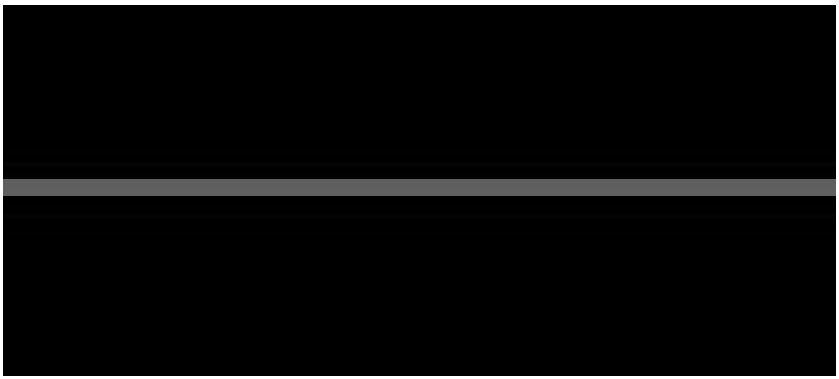
-No.

Él encendió un cigarrillo de un paquete de Marlboro Red que cogió del suelo. No había cenicero. Improvisaría. Ella le dejó fumar. Probablemente explotaría si no le dejaba. Ella se preguntaba si le ganaría en una pelea. Le clavaría una aguja de calcetar en el ojo. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Él echó la ceniza del cigarro en el paquete medio vacío de Marlboro.

-Me voy a duchar. Tienes que irte.

-Vuelves a decirme qué coño tengo que hacer. Te juro por Dios que…

Ella siguió andando. Pensó que esta sería claramente la última vez que follaría con él. Era demasiado peligroso, demasiado pirado. Podría buscar a otros menos inestables.



Rhia estaba haciendo huevos escalfados para Molly. Sus favoritos. Metió una tostada en la tostadora. Salem lo había logrado. Todavía no lo había llevado a cabo, pero lo había logrado. Esperaría hasta el lunes. Las identidades falsan tardarían un día más. Ella había encontrado un coche en internet que creía que podía estar bien. Era un Mazda 3 de segunda mano que tenía sólo cinco mil quilómetros. Era rojo y tenía cinco puertas. Nunca había tenido coche. Era la reina de Uber, pero se sentía bien sólo con pensarlo. Molly y ella en un viaje de carretera a Melbourne. A los alrededores. Conseguir un trabajo y hacer algo más. De camarera estaría bien. Le gustaba la gente; le gustaba ser amable. Una escuela nueva para Molly. Al

mismo tiempo estaba asustada. Por cómo había muerto Wayne. Sabía que la Iglesia tenía poder, que ellos y la policía la estaban buscando. ¿Qué habría dicho el encargado? La había visto cuando se encontró con el tipo por primera vez. No recordaba quién estaba en la recepción. Los huevos estaban listos, la tostada saltó en la tostadora.

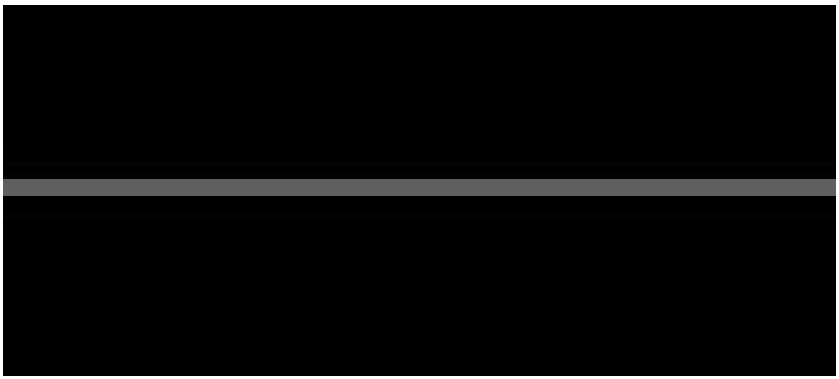
-Molly. Los huevos están listos.

Molly entró en la cocina en pijama, sonriendo, y dijo:

-Gracias, Rhia.

-Llámame mamá, cariño, ¿vale?; por favor, hazlo por mí.

Molly sonrió y cortó la yema del huevo y la tostada.



Thompson estaba sentado en su coche, a unos ciento cincuenta metros de la Iglesia New Light, mirando por unos pequeños prismáticos. Hacía un calor mortal; el sudor se le acumulaba en la base de la espalda. Unos ojos lo observaban. Un tipo en un Ford Festiva blanco, aparcado a unos diez coches detrás de él. Thompson lo había detectado en la calle Old South Head. Había ido a casa para ducharse y cambiarse. Era un hombre. El pelo casi afeitado. El espectáculo había terminado en la Iglesia New Light y la gente se marchaba. No era una iglesia; ninguna iglesia local tenía capacidad para los quinientos o seiscientos asistentes. Era un moderno centro de entretenimiento hecho exprofeso. Había decenas de miles más

observando la retransmisión en directo por todo el país. Esta reunión era para cristianos bien vestidos y sin duda incluía rock cristiano y discursos motivacionales al estilo de Anthony Robbins, en lugar de sermones. Thompson recordó a los fariseos de la biblia, esos hipócritas hijos de puta con potestad reglamentaria y a quienes tanto odiaba Jesús. La historia más grande contada jamás. Era una tremenda lectura, en eso estaba de acuerdo.

Los observaba deambulando, liderados por el gilipollas del jefe Abbott seguido por los plebeyos, felices de poder estar cerca del gran hombre. Después salió, joder, Sarhan Al-Abadi. El que se parecía a Sean Connery. El impávido tocapelotas de escritor. Le vino un pensamiento a la cabeza. Sabía que Bois habría necesitado a alguien para ayudarla a clavar al chico a la pared. ¿Podía ser el tocapelotas de arriba? Los ojos y oídos, el cotilla, quien estaba en casa todo el día. Era lo suficientemente grande y fuerte y aquí estaba, en la <<iglesia>>. ¿Tendría estómago suficiente para hacerlo? Thompson tendría que averiguarlo.

Ya había decidido calentar un poco el ambiente. Arrestaría a Les Connor una vez acabada esta pequeña <<jornada de pesca>>. No él en persona. Haría que Steele enviara a dos detectives de paisano a detenerlo. Llamaría a su abogado, pero pasaría un tiempo en una celda antes de que el abogado llegara. Thompson sabía que no tenía nada sólido. El personal del motel estaba demasiado asustado como para hablar. No había papeleo.

Quizás tuviera que encontrar a los chicos y chicas con los que habían estado todos aquellos David Jones de la New Light. ¿Pero cómo? ¿Cómo? No podía garantizar la seguridad del personal, no con Bois y ahora este gilipollas que le seguía. Era una misión imposible. Pero esperaba que meter a Connor en una celda pudiera agitar un poco las cosas. La chica. La chica. Ella era la clave.

No hubo más sorpresas mirando por los prismáticos; <<palurdos de clase media>>, pensó. Uno o tres políticos, un poli importante, mmm, unos pocos famosos de poca monta, pero también alguno de más categoría; deportistas, en activo y retirados. Bois llevando un traje pantalón negro, con aspecto sombrío. Bois le había asignado a Zlatan seguir a Thompson después de hablar con Billy Hassan y la aprobación de Abbott. Thompson llamó a Steele.

-En la misa del Vaticano local.

-¿Y?

-Los desechos de siempre y como se diga lo otro.

-Pecios.

-Sip. Quiero arrestar a Les Connor hoy. ¿Puedes enviar a dos detectives de paisano para llevarlo por la calle Macleay a la comisaría de Kings Cross?

-Puedo.

-Otra cosa: hay un idiota siguiéndome. Necesito deshacerme de él. ¿Tengo tu permiso para usar a Ari, jefe?

-Con la advertencia de extremar las precauciones. Tu amigo Ari es muy peligroso, Thompson, muy peligroso. Átalo en corto, muy corto. Lo digo en serio. Deshazte del idiota, pero nada más… nada de locura aristotélica.

-Entendido. Esto podría calentar un poco más las cosas. Abbott me ha llamado mencionando que tengo mujer e hija, lo encantadoras que son, y que viven en las afueras del este, ¿me sigues?

-Era de esperar. ¿Quieres que me haga cargo de ellas?

-Todavía no.

Thompson se sentía mejor. Aimee había ejercido su magia en él por la noche. Aunque su expedición por el Muro hubiera sido una pérdida de tiempo. Al separarse esta mañana había sido mucho mejor que el día anterior. Pero no podía parar de pensar en su mujer e hija. En su seguridad. En el deseo de que Steele no las asustara llevándolas a algún sitio para hacerse cargo de ellas.

Llamó a Ari, le contó lo que pasaba y condujo hasta casa después de ver marcharse al último asistente a misa. Cuando salió del coche en su casa de Bondi vio a Ari aparcado a dos coches de distancia en un Volkswagen Golf verde. Se giró y también vio cómo el hombre que lo había estado siguiendo aparcaba al otro lado de la calle. Apuntó

con la cabeza al Ford Festiva; Ari sonrió. Thompson movió la cabeza con desaprobación y entró.

Ari salió de su coche al mismo tiempo que Zlatan salía del Ford. Ari llevaba unos vaqueros cortados, camiseta azul claro, calcetines gruesos y botas de trabajo marrones. Era medio calvo, con unos hombros enormes, la panza colgándole de los vaqueros, una barba de tres días con aspecto rasposo y desarreglado. Se rascó la nuca, caminó hacia Zlatan con un cigarrillo y dijo:

-¿Tienes fuego, amigo?

-Que te jodan.

Ari golpeó el talón de su bota derecha contra la espinilla de Zlatan, que se tambaleó bastante y luego se agachó muerto de dolor. Ari agarró el cuello de la camiseta de Zlatan con la mano derecha y con la izquierda lo golpeó dos veces en el lateral de la cabeza. Zlatan era duro, pero esto no lo había visto venir; intentaba reponerse, centrarse, pero Ari dijo:

-No, amigo.

Le dio tres golpes fuertes en los riñones, un potente porrazo tras otro. Zlatan cayó de nuevo, Ari volvió a darle en la espinilla derecha con la bota, haciendo que el dolor subiera por la pierna de Zlatan; luego le tiró de la cabeza hacia atrás, le escupió en la cara, lo golpeó de nuevo, dos veces en la cara. Zlatan quedó postrado sobre su estómago en el asfalto caliente. Al otro lado de la calle un tipo miraba desde la puerta de su casa. Ari lo saludó con la mano y se metió dentro. Era una tranquila mañana de domingo, más bien temprano para los estándares de Bondi. Pasó un todoterreno blanco; Ari también lo saludó. Los niños del asiento trasero saludaron ajenos al dolor que estaba sufriendo el hombre que estaba en el suelo. Ari se arrodilló, acercó su aliento caliente a la oreja de Zlatan y dijo:

-Eres un tío duro, ¿eh? –lo besó en un lado de la cabeza y luego le dio dos patadas en los huevos, rápido y con fuerza. Zlatan potó, Ari se rio y dijo:

-Tipo duro, ¿eh?, que sigue a la gente –volvió a golpearlo en los huevos, dos veces, lo arrastró por el asfalto caliente de vuelta al coche, le puso una bota en la cabeza, se arrodilló de nuevo a su lado y dijo:

-¿Quién te ha enviado?

Zlatan no podía hablar. Sentía como si los huevos le hubieran subido hasta el estómago, un dolor que no había experimentado jamás; lo habían abatido como él nunca había hecho con nadie.

-¿Quién te ha enviado? –Ari preguntó de nuevo, golpeando la cabeza de Zlatan contra el Ford blanco. Volvió a besarlo en la mejilla y dijo:

-La próxima vez que te pida fuego puede que me lo des, ¿verdad? ¿Qué dices, tipo duro?

Zlatan estaba esperando el remate. Se temía lo que iba a pasar. Ari lo agarró por la parte de delante de la camiseta, le pegó la cara a su nariz y dijo:

-Última oportunidad, ¿quién te ha enviado?

Lo golpeó de nuevo, dos veces en el estómago y otra en las pelotas. Vomitaba saliva por la boca mientras pensaba << Hassan no, no puedo delatarlo >>.

–Bois, la chica, Sally Bois.

Zlatan dejó caer la cabeza, pensando que ya habría acabado.

Ari le dio una patada en la cabeza con la bota izquierda, lo golpeó con fuerza en un lado de la cabeza; comenzó a sangrarle un oído. Cogió las llaves del coche de su bolsillo, abrió la puerta, lo arrastró hasta el asiento del conductor y dijo:

-Game over.

Le estrelló la frente contra el volante tres veces, con fuerza. Sacó una pequeña cuchilla del bolsillo del pantalón e hizo un pequeño corte en la mejilla de Zlatan, para dar efecto, no dolor. Para que

recordara la paliza. Le caía sangre por la cara.

Ari cerró la puerta del coche y se fue. Se giró y vio cómo Zlatan babeaba bilis. Recogió el móvil de Zlatan del punto de la calle donde había caído desde el bolsillo de su camiseta. Marcó el número de Emergencias, les dijo que había un hombre en un coche actuando de un modo extraño, describió el Ford blanco, les dio la dirección donde estaba y tiró el móvil por una alcantarilla. Subió las escaleras hacia la casa de su amigo. Tenía un nombre y había entregado un mensaje potente. Thompson le había dicho lo que pasaba en el motel con los chicos y chicas jóvenes. A Ari no le había gustado ni un pelo.

Se acercó por un lateral del bloque de apartamentos de Thompson y llamó a la puerta de malla, sacudiéndola. Thompson apareció y dijo:

-¿Intentas arrancar la puerta, o algo así?

-Quizás algo así. No creo que ese cabrón te vuelva a seguir, a no ser que sea un tipo fuera de lo normal.

-No habrás…

-No. Estará bien físicamente en un par de días, pero puede que esté un poco nervioso, un pelín avergonzado, por así decirlo.

-Entra. Hay alguna cosilla más que quiero revisar contigo. Esto va aumentando cada día.

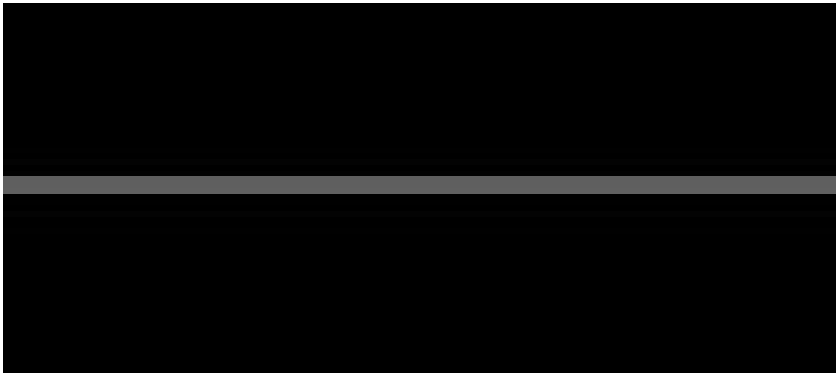
-Entonces necesitaré un anticipo, porque tengo otro trabajo, siempre hay otro trabajo y…

-Steele lo ha aprobado, la tarifa de siempre, pero según mis reglas; mis reglas, ¿entendido?

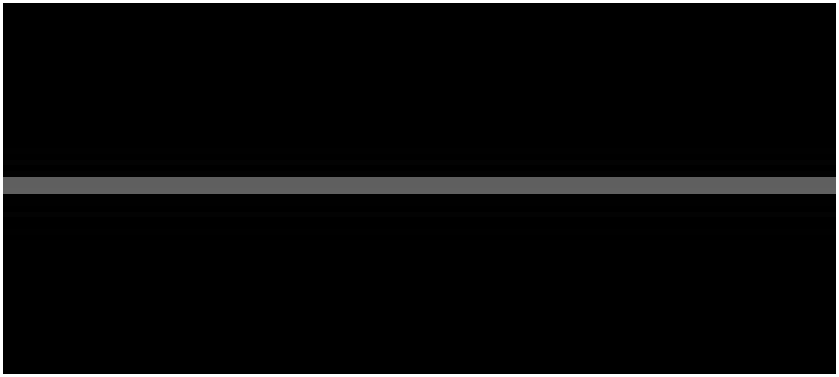
-Entendido –dijo Ari, riéndose a carcajadas.

Thompson negó con la cabeza y susurró:

-Joder.



Dos detectives llevaban a Les Connor por la calle Macleay. Él insistía en llamar a un abogado; ellos lo ignoraron durante toda la calle hasta la comisaría de Kings Cross. Su viejo << amigo >> Don Talbot le dijo por qué estaba allí. Leyó en voz alta un listado de cargos y lo metió en una celda después de que llamara a su abogado. Iba a sufrir allí pero no por mucho tiempo. Aunque no había llamado a su abogado: había llamado a Abbott.



Bois volvió a casa después de la reunión en la iglesia. Quería creer en todo lo que ofrecía New Light. ¿Cómo sino darle sentido a su turbulenta vida? Se sentó en un asiento gigante con forma de jaula de pájaro, un tipo de columpio con vistas a la bahía, balanceando sus piernas como una niña pequeña. Se estiró un poco. Sonó el

teléfono. Vio que era Billy Hassan, se le aceleró el pulso y surgió sudor de su frente, pero sonrió, excitada.

-¿Billy?

-Sí.

-¿Qué tal el seguimiento de Zlatan a Thompson, el poli abo?

-Está en el hospital, cariño.

-¿Qué?

-No suelo decir las cosas dos veces.

Una breve pausa.

Más pausa.

Billy Hassan estaba sentado en una gran silla giratoria negra en su oficina, en la parte trasera de uno de sus locales de estriptis de la calle Darlinghurst; tenía vistas a un sucio callejón. La gran puerta de acero estaba cerrada, la habitación insonorizada; sólo había un escritorio, un teléfono fijo y un portátil conectado a las cámaras de vigilancia. El aire acondicionado estaba puesto al máximo. Hassan tenía los pies sobre el escritorio. Llevaba una camisa blanca de manga larga, chaleco negro y vaqueros apretados azules de tiro bajo recién estrenados. Zapatillas deportivas negras de Adidas. Tenía piel de bebé, bien afeitado; el pelo corto en la parte superior del cráneo y largo en la zona de la nuca, afeitado a los lados.

Bois sudaba un poco más; miró alrededor buscando el mando del aire acondicionado y dijo:

-Lo siento.

-Eso está mejor.

-¿Cómo puedo arreglarlo?

-Pensaremos en algo, pero ahora me debes un favor, un gran favor.

-Sí.

-Debe de haber sido un profesional de verdad, Zlatan es un tío duro. Tiene las pelotas hinchadas y le han hecho un fino corte en la mejilla. Habrá una cicatriz, un recordatorio. Será interesante ver qué tal lo lleva Zlatan, si podrá recuperarse.

-Sí, yo… yo lo…

-Lo sientes, lo sé. Tu jefe, el señor Abbott, y yo tenemos algunas cosas en común.

-No lo pillo.

-Nos pusiste en contacto hace unos años, cariño, ¿recuerdas que quería matones?

-Eh… sí.

-También le proporcioné a hombres y mujeres jóvenes para sus citas, para que sus jodidos miembros hicieran lo que quisieran -se rio.

-No sabía eso.

-Pero has ido al Carrington, has arreglado las cosas. Es tu trabajo. Tú te has encargado de Wayne.

-Sí.

-Creo que hay algo que puedes hacer mejor. No quiero que esta mierda me alcance, ¿entendido?

-Sí, ¿qué puedo hacer?

-¿Quién es el eslabón débil? No te preocupes, yo te lo digo. La recepcionista joven, la chica guapa que se llama Bella. No los otros dos, no el encargado; tienen mucha calle. Sigue a Bella hasta su casa. Averigua todo lo que sabe. Haz lo que sea necesario. Thompson tiene un nombre. Le ha contado a Les Connor que tiene el nombre de la chica.

-Vale, puedo hacer eso.

-¿Cómo consiguió él el nombre, Sally querida?

-Eh…yo…

-Consiguió la grabación, ¿verdad? Porque te bloqueó en la oficina del Consejo.

-Sí.

-Pudo ver a quien cree que es la chica. Pero no está seguro de cómo encajarlo todo. Vuelve al Carrington y pregunta, no consigue nada, pero adivina qué: sale del Carrington y ese encargado corre tras él por la calle, lo ha visto mi hombre, y le cuenta algo, luego se gira y regresa. ¿Me sigues?

-Voy a junto la chica, la presiono un poco y…

-Le metes el miedo de ese puto dios tuyo. No le haces lo que le has hecho a Wayne. Consigues el nombre de la chica. Yo la encontraré. Kings Cross es mi ciudad, cielo.

-Puedo hacer eso por ti. Me pondré en contacto con el señor Abbott.

-Haz eso, mi niña; conseguirás el nombre. Yo la encontraré.

## CAPÍTULO VEINTE

Rhia le había explicado a Molly que se iban a mudar todos. Que iba a cambiar de apellido; ahora llevaría el de Salem. Era la tradición. Se irían mañana, martes. No habría tiempo para despedirse de sus amigas. Molly estaba bastante acostumbrada a la extraña vida que llevaba su madre, incluso sin saber la verdad completa. Rhia le había dicho que trabajaba como masajista (era lo más parecido posible a la verdad) por las noches, etcétera. Sabía que Salem había estado en la cárcel, pero Rhia grabó a fuego en la cabeza de Molly que había sido por error; habían pillado a la persona equivocada. Salem era un buen tío. Molly se lo creyó porque era una niña y quería a Salem tanto como a su madre.

Sin embargo, era una situación difícil. Tenía facilidad para hacer amigos. Tenía el pelo rubio cobrizo, era un poquito rellenita pero no gorda, increíblemente abierta con todo el mundo, para nada endurecida por los males del mundo. Rhia le dijo que podría escribirse con todos los amigos que quisiera, pero tenía que decirles que estaba en Perth, no en Melbourne; no por mucho tiempo, sólo unos meses, y luego se acabaría. Molly no entendió en absoluto esta parte, pero su madre le advirtió de lo importante que era, puesto que había gente intentando que Salem regresara a prisión otra vez por motivos erróneos. Molly haría cualquier cosa para impedirlo.

-A partir de ahora vas a tener que llamarme mamá. Voy a cambiar de nombre, pero llámame mamá simplemente, ¿vale? Siempre, es parte del plan. Esto es serio, Molly. Siempre, durante un largo período de tiempo, llámame siempre mamá. Olvídate de Rhia, se ha acabado. Necesitamos hacerlo para ayudar a Salem. ¿Entiendes?

-Sí, mamá.

-Buena chica.

-¿Y qué pasa con Jim Wenders? –preguntó Molly. Siempre lo

llamaba por su nombre y apellido.

-Vendrá a cenar hoy. Es parte de todo el plan para irnos. Puedes decirle lo que te apetezca.

-¿Puedo darle un beso y un abrazo de despedida?

-Creo que eso es exactamente lo que deberías hacer.

-Vale, suena un poco divertido, ¿no crees?

-Creo que todo esto va a ser de lo más divertido.

-Toma, nena –dijo Salem a Rhia pasándole el permiso de conducir de Victoria que había imprimido en su impresora 3D-. ¿Te gusta Miranda?

Rhia miró la foto, con el pelo blanco corto, sonrió; Miranda le gustaba. Podría ser Miranda O'Donnell sin problema. Molly corrió a su habitación.

-Es genial, Salem. Te quiero. En serio. Es emocionante, pero da miedo. Supongo que nunca sabremos, eh…

-¿Nunca sabremos qué?

-Si estamos a salvo; nunca.

-No, creo que lo estaremos. En algún momento oiremos algo. Acusarán a alguien del asesinato de Wayne y se habrá terminado. Creo que se acabará y si no, no importa. No has hecho nada malo. Seguiremos viviendo, seguiremos adelante, lo olvidaremos todo.

-Eso espero.

-Confía en mí, Miranda.

-Tú conservas tu nombre.

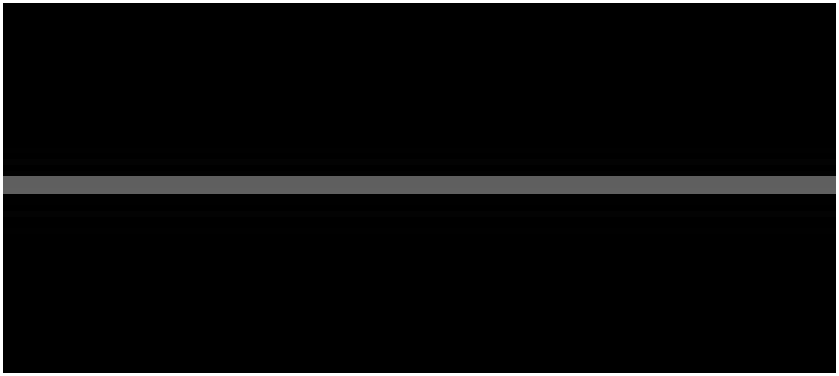
-El apellido sí, para que Molly lo recuerde, pero no estoy seguro de qué nombre ponerme.

-Creo que hemos cometido un error con eso. Creo que debemos

cambiar tu nombre completo. Ella puede recordar un nombre nuevo, seguir el juego, hará cualquier cosa para que estés a salvo.

-De acuerdo, déjame que piense –dijo él-. Todavía no he hecho mi carnet.

Ambos sonrieron con nerviosismo. Mañana comenzaría todo.



El lunes por la mañana Abbott estaba sentado en un sillón de su biblioteca. Les Connor estaba sentado frente a él. Abbott dijo:

-No tienen pruebas. Pase lo que pase en adelante, no tienen pruebas. Rumores, eso es todo. Por eso te han dejado salir sin cargos.

-Talbot los leyó, lo que iban a…

-Eso fue antes de que me llamaras, Les. No se han interpuesto cargos. Estaban intentando asustarte. Aléjate de Talbot. No es de los nuestros. ¿Entendido, Les?

Afirmó con la cabeza.

-Dilo, Les. Di que lo entiendes.

-Lo entiendo.

-Ahora vete a casa, olvídalo. Ya no te necesitamos.

-¿Cómo?

-Cualquier negocio entre nosotros se ha acabado.

-Yo… no…

-Eres un lastre, Les. No te necesitamos.

-No lo entiendo.

-Ve a casa. Estaré en contacto, no te preocupes, estarás protegido en este asunto. Cíñete a lo que te dijo la señorita Bois. El jueves por la noche estabas en casa. No haremos más registros anónimos. No te daremos más dinero. ¿Lo entiendes ahora?

-Sí.

-Bien. Estás solo. Tienes unos cuantos negocios que dirigir. Intenta ser un poco más activo, Les. Es sólo un consejo.

Abbott lo acompañó hasta la puerta.

Les Connor no lo había entendido.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

Carter Thompson estaba sentado frente a su ordenador para revisar de nuevo las imágenes de las cámaras de seguridad. Las vio unas cuantas veces. Le llevó horas, pero fue incapaz de obtener nada nuevo. Sabía que era Rhia, ¿pero a dónde fue después de la pizza? Malditas cámaras. Tenía a Ari vigilando a Bois en su casa de North Bondi.

Ari y él habían estado juntos en la Academia. Ambos estaban en lo más alto de su clase hasta que Ari fue expulsado por dar una paliza a uno de los instructores. Ari lo había frenado por vejar a un joven cadete. El instructor era un curtido veterano, conocido por ir demasiado lejos a veces. Creyó que Ari estaba de broma cuando dijo << ¿Por qué no me haces eso a mí? >>

El viejo profesional, Mike O'Shea, miró a Ari y se rio. Ari tenía sobrepeso cuando era joven, pero podía completar todos los entrenamientos, y tenía buena resistencia. Le encantaba levantar pesas y era querido por todos sus compañeros de clase, pero no tenían ni idea de su habilidad para luchar hasta aquella fría mañana de invierno de hacía veinte años.

Ari esperó a Mike O'Shea de frente, los brazos extendidos, como Ali en lo alto de su carrera. El viejo profesional se acercó a él con las manos en alto, al estilo de un luchador, y le propinó un fuerte golpe de derecha que golpeó un lado de la cabeza de Ari. Ari le sonrió y permaneció quieto. O'Shea se movió alrededor de él, esta vez lanzando un golpe de izquierda, pero Ari le agarró el brazo por debajo del codo, lo retorció, y le dio un golpe de revés con su derecha. O'Shea se tambaleó un poco, dolorido; nunca lo habían golpeado así al inicio de una pelea. Recuperó una postura firme, de nuevo con las manos alzadas, ahora muy cauteloso. Ari se movió un poco, con las manos y los brazos todavía extendidos, y arrastrando los pies por la tierra seca sobre la que estaban, junto a la cancha de

baloncesto.

O'Shea volvió a por él de frente otra vez, pero lento y firme, intentando provocarlo. Ari esperó. O'Shea lo hostigaba, pero Ari esperaba. O'Shea, más grande, lanzó una rápida combinación de derecha e izquierda, pegó a Ari en el lado izquierdo de la cabeza, le golpeó la nariz y salió sangre. Ari la limpió y dijo:

-Vamos, grandullón, ¿qué tienes para mí?

Sonriendo, casi riéndose.

O'Shea fue hacia él, soltó una ráfaga de puñetazos que Ari esquivó y bloqueó, ahora con las manos alzadas. Él también comenzó a moverse más rápido, bailando, no arrastrándose, con los pies ligeros para ser un tipo con sobrepeso. Golpeó rápido a O'Shea, tres o cuatro veces; el que era más grande no pudo parar los golpes. Se alejó. Ari le propinó una patada en los riñones que dolió mucho al hombre mayor, que hizo un gesto de dolor; Ari se acercó y lo golpeó tres veces en el mismo punto donde le había dado la patada. O'Shea se dobló. Ari lo cogió por el pelo, le echó la cabeza hacia atrás, y le pateó las piernas. El hombre alcanzó el suelo, girándose de espaldas. Ari le golpeó la sien con el puño derecho. O'Shea cayó. Ari le agarró la cabeza por el pelo, y cogió impulso hacia atrás con el puño derecho. Carter Thompson gritó:

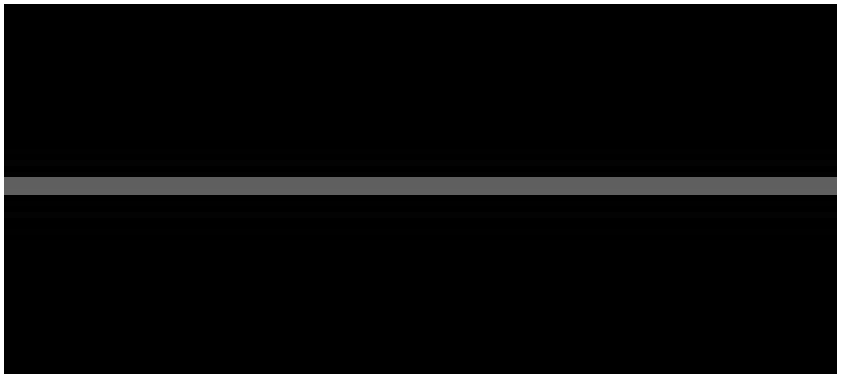
-¡No! ¡No!

Ari se giró, miró a Thompson.

-No, Ari, ya ha quedado claro.

Ari fue a junto Thompson y dijo:

-Nos vemos, amigo, estamos en contacto –y se fue andando hacia los dormitorios, recogió sus cosas y se largó. Unos días más tarde recibió la carta oficial de << estás expulsado >>.



Ari llamó a Thompson:

-Va a salir en coche. La seguiré, manteniendo la distancia tal y como me has dicho.

-Sin contacto, Ari, por favor.

-Sí, sólo la seguiré. Entiendo las órdenes, jefe. Tengo que irme. Ya ha arrancado.

Thompson no tenía claro qué hacer ahora. Abbott había liberado a Les Connor, que se ceñiría a la pobre defensa del <<Yo no sé nada>>. Su esposa lo había respaldado con una llamada telefónica. Abbott la había llamado y le había dicho que se mantuviera alejada. Pero pensaban que él tenía a la chica; algo era algo. El tío que lo había estado siguiendo había acabado pasando la noche en el hospital. Steele lo había llamado esta mañana para decirle que Billy el libanés Hassan, lo había recogido en el hospital por la mañana temprano.

Bois conocía a alguna carroña, vale.

Billy Hassan era un matón peligroso pero organizado. La gente le tenía miedo. Tenía miedo de lo que había hecho, que servía como muestra de lo que era capaz de hacer.

Todo lo que fuera necesario.

Ari seguía a Bois en su Golf a unos cien metros. Fumaba con la

ventanilla bajada, tirando ceniza mientras conducía. Ella giró unas cuantas veces a la izquierda y a la derecha, pero Ari conocía esas calles. Conocía bien todo Sídney, era su trabajo como investigador privado conocerlo. Un Range Rover negro lo adelantó rápidamente en la calle Blair; era una calle ancha y bastante tranquila por la que solían circular coches de la zona. Ari continuó conduciendo, todavía con Bois a la vista. El Range Rover redujo la velocidad y paró delante de él. Ari pulsó con fuerza la bocina en el volante. Billy Hassan salió del coche, sacó una pistola de la parte de atrás de la cintura del pantalón. Zlatan salió renqueante del siento de copiloto, sacando también una pistola de la parte de atrás de la cintura. Ari se quedó bloqueado un instante cuando Hassan dijo en voz alta:

-Sal.

Ari metió la marcha atrás, pisó el acelerador y gritó:

-¡Que te jooooodan!

Hassan comenzó a disparar. Alcanzó el faro delantero, la parte alta del parabrisas en el medio del Golf; Ari se reía y gritaba mientras el parabrisas comenzaba a agrietarse cada vez más.

-¡Vamos, hijos de puta!

Hassan corrió hacia el Golf, disparándole al coche, pero sólo alcanzó el capó y el lateral, cuando Ari viró bruscamente para ir en dirección contraria. En la Academia había realizado y superado todas las simulaciones de conducción. Ya le habían disparado antes. Su trabajo era así. Disfrutaba con ello. Hassan paró ante la llegada de un corredor. Zlatan negó con la cabeza. Dieron la vuelta y volvieron al Range Rover, pero Ari conducía rápido y bien; dio un giro de trescientos sesenta grados hacia el lado contrario de la calle, de frente a ellos. Hassan y Zlatan sólo pudieron observar cómo aceleraba al sobrepasarlos, dejándolos parados en mitad de la calle. Ari volvió a tocar la bocina, puso a The Saints en su vieja pletina y retumbó Stranded. Sonrió y aceleró un poco más con la esperanza de encontrar a Bois, pero era demasiado tarde, se había ido.

Condujo hacia Old South Head un rato y luego giró a la izquierda por la calle Penkevil; llamó a Thompson.

-Ari, ¿qué?

-Te he decepcionado, amigo mío, se ha escapado. Ese perdedor de ayer y otro tipo se pararon frente a mí con un Range Rover negro, sacaron pistolas y empezaron a dispararme sin importarles que hubiera nadie más alrededor.

-¿Estás bien?

-Sí.

-El tío del hospital es Zlatan Lukic, forma parte de la gente de Billy Hassan. Hassan lo ha recogido en el hospital esta mañana. Ese es quien te ha disparado.

-He oído hablar de Hassan, no del otro perdedor. Tiene mala fama por violento.

-Como tú.

-Entonces la cosa podría ponerse fea.

-Haciendo las cosas de forma ilegal podría, sí, pero no si vamos por el libro.

-¿Puedes conseguirme la dirección de Hassan?

-Sé que vive en una gran mansión de estilo italiano en Watson´s Bay. Me sorprende que los habitantes de allí le hayan dejado, pero supongo que manda el dinero.

-Consígueme la dirección. Veré qué puedo averiguar.

-Seguramente no tenga que haber una hecatombe, Ari. Todavía no.

-Entendido. ¿Pero por qué la Iglesia y Bois se mezclan con este tipo, Hassan?

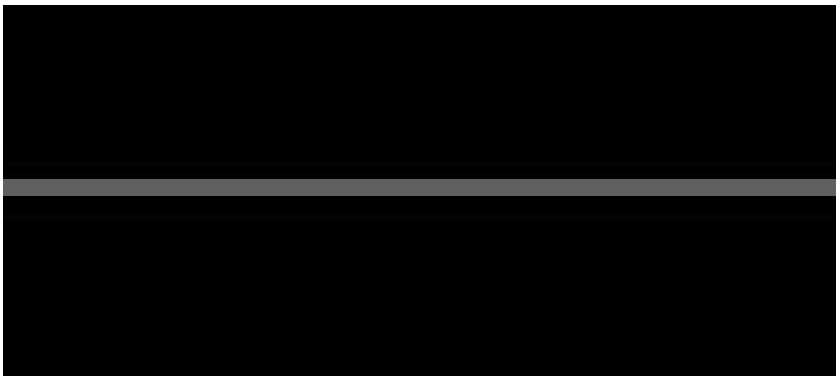
-Quizás puedas averiguarlo. Entre un cargamento de actividades criminales. Hassan maneja chicas y chicos, así que a lo mejor se los facilitaba al dueño del motel, Connor. ¿Ayudaba a la Iglesia?

-Vale, Cash, tengo que irme. ¿Qué vas a hacer?

-Hay un tío que vivía en el bloque de apartamentos de Leichhardt. El señor Buena gente. Estaba ayer en la misa. El muy cabrón no me contó que era miembro ni siquiera después de saber cómo había sido torturado y asesinado el joven Wayne. Conocía al gordo; Norton lo visitaba. También conocía a Wayne. Es un hijo de perra complicado, pero quizás pueda presionarlo un poco más, obtener algunas respuestas.

-Si estás buscando a alguien que ayudó a Bois a matar a ese chico, ¿podría ser Zlatan?

-Vale, tú haz tu trabajo. Yo haré el mío.



Hassan había llamado a Bois. Le contó lo que había pasado. Que Ari se había escapado. Bois lo había visto observándola unas horas antes del tiroteo en la calle.

-Este tipo del Golf es peligroso. Mi consejo es mantenerse alejados de él. Sabes lo que le hizo a Zlatan –dijo Hassan.

En todo caso, intrigaba a Bois, este tío que había aporreado de manera profesional a Zlatan y que ahora se había escapado de Hassan. ¿Quién era? ¿Lo había metido en esto Thompson?

-Sí, ya te diré qué pasa con la chica. Cuánto sabe -le dijo a Hassan.

-Dímelo pronto –respondió Hassan.

Colgó el teléfono.

Bois condujo hasta Kings Cross. Hassan le había dicho que la chica aparcaba su coche en el aparcamiento del hotel Hyatt. El Hyatt, famoso por estar al final de The Cross, con la gran valla publicitaria de Coca Cola. Bois pagó por aparcar, localizó el Mazda 2 de segunda mano de Bella y esperó.

Bella llegó a las doce y diez del mediodía. Tenía un turno corto: de siete de la madrugada a doce del mediodía. Arrancó el coche, se puso en movimiento, acercó el pase a la luz verde. La barrera se levantó. Salió con Bois siguiéndola. Condujo hasta Newtown. Aparcó en la calle Camden y caminó hasta su puerta. Bois la agarró por el brazo cuando metía la llave en la cerradura de la puerta del pequeño adosado de alquiler que ahora compartía con Henry, que aún estaba en el trabajo. Giró la cabeza y dijo:

-Pero ¿qué… qué?

Bois le sonrió.

Bella se quedó paralizada de miedo.

Mierda.

Mierda.

-Entra. Quiero hablar, nada más, sólo hablar –dijo Bois.

-Vale, vale.

Entró en el pequeño vestíbulo, dejó el bolso en el perchero. Paró.

-La cocina. ¿Dónde está la cocina? –preguntó Bois.

Bella apuntó con el dedo hacia el final del pasillo. Ahora temblaba, sabiendo lo que le había pasado a Wayne.

-Vamos allí. Hablaremos allí.

Bella caminó por el pasillo con la cabeza agachada. Bois la seguía. Se sentaron una frente a la otra en una mesa Laminex con patas de acero. Alrededor había cuatro sillas con cojines blancos. Ahora quedaban dos libres.

-¿Sabes por qué estoy aquí?

-La verdad es que no.

-Tu novio, el encargado. Henry, ¿verdad?

-Sí.

-Henry le contó algo al detective. El señor Thompson, ya lo conoces.

-Sí, lo conozco.

-Henry salió corriendo del motel por la calle y le contó algo. Creo que le contó quién era la chica que estaba en la habitación con el hombre que murió. La chica que estaba con Norton en la habitación 308.

-No lo sé.

-No –Bois gruñó-. No me vengas con mierdas, pequeña zorra.

Bella comenzó a temblar descontroladamente, con pequeñas sacudidas, las lágrimas cayendo de sus ojos. Bois se levantó, fue hacia los cajones de la cubertería y encontró un cuchillo de carne. Cogió a Bella por su melena negra y la sujetó con fuerza. Bella empezó a sollozar. Bois le puso el cuchillo en la garganta y dijo:

-Si me tomas el pelo de nuevo, te rajo.

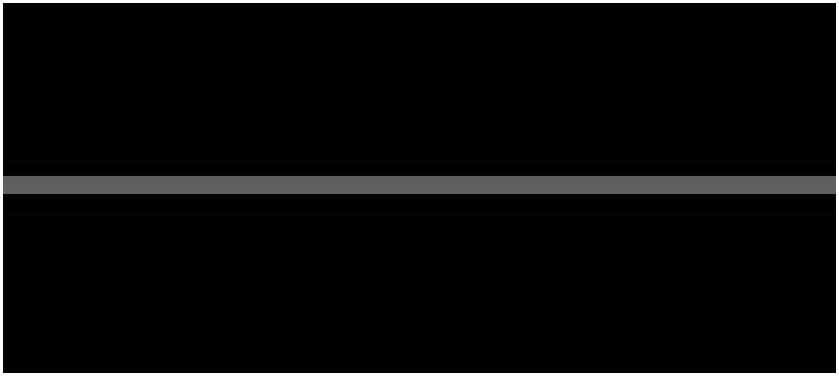
Silencio.

Una breve pausa.

Más pausa.

Con el cuchillo en el cuello, Bella cedió:

-Rhia, se llama Rhia.



Bella llamó a Henry inmediatamente después de la visita de Sally Bois:

-Me puso un puñetero cuchillo en la garganta.

-Voy para casa, ¿de acuerdo?, ahora mismo. Llamaré a Thompson para decírselo.

Henry llamó a Thompson:

-Esa mujer que nos ha amenazado a todos, y nos ha dado el dinero, ha ido a ver a Bella y le ha puesto un cuchillo en el cuello. Le dijo…

-Despacio, despacio. Haré que pongan a un poli frente a vuestra casa y otro de paisano en el Carrington, para que podáis ir a trabajar a salvo. Ha habido progresos. Tu jefe ha estado en la cárcel, y va a ir otro hombre.

-Vale, vale, yo… vaya puta mierda.

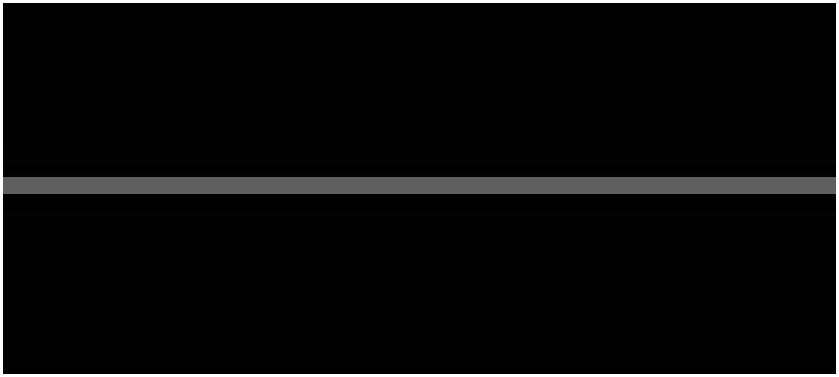
-Lo sé. ¿Estáis en casa?

-Sí.

-Quedaos ahí.

Thompson llamó a Steele y le pidió un poli para la casa de Henry y Bella, uno de uniforme. Además, uno de paisano en el Carrington.

Le concedió los dos. Ahora había motivos.



Carter llamó a la puerta de la casa de Al-Abadi en Leichhardt. Oyó cómo el hombre se acercaba. Había mirilla, así que dudó un momento antes de abrir la puerta:

-Señor Thompson, ¿a qué debo el honor?

A Carter le gustaría haber apostado mucha pasta a que diría una gilipollez como esa.

-¿Puedo entrar?

-Desde luego.

Abrió la puerta del todo e hizo un ademán ostentoso con la mano para indicarle a Thompson que lo siguiera. Así lo hizo. Fueron al salón. Thompson se sentó en un sillón. Al-Abadi se quedó de pie junto a la repisa.

-¿No quiere sentarse? –preguntó Thompson.

-Llevo todo el día sentado.

-¿Por qué coño no me había dicho que era miembro de la Iglesia New Light?

Al-Abadi pareció sorprendido y luego se recompuso en seguida.

-No me lo preguntó.

-Usted sabía que Wayne era miembro. Que Norton, el gordo que lo visitaba, también era miembro. Usted sabe cómo coño murió Wayne y apuesto que sabe dónde y cómo murió Norton, ¿verdad?

Al-Abadi se llevó la mano al bolsillo delantero de sus pantalones de pana, sacó un pañuelo blanco, se secó la frente y preguntó:

-¿Estoy en problemas?

-No sé qué pasa con ustedes los gilipollas de esa Iglesia. Pero lo único que les interesa a todos es ustedes, su puñetera espiritualidad. Apestan, todos. Voy a preguntárselo una vez más. ¿Sabe dónde y cómo murió el señor Norton?

-No.

-No, eso es todo.

-Quiero un abogado.

Carter se levantó, fue derecho hasta donde estaba Al-Abadi y dijo:

-Puto cobarde, capullo. ¿Conoce a Sally Bois? ¿La ayudó a matar a Wayne Hampton?

-Quiero un abogado.

Cash le propinó un fuerte golpe en su flácido estómago, le agarró la oreja, la retorció y dijo:

-¿Conocía a Norton?

Al-Abadi se cayó de rodillas mientras Thompson seguía retorciéndole la oreja cada vez con más fuerza.

-Jesús, eso duele, me está haciendo daño, ah…

-¿Conocía a Norton?

-Sí, sí, pare.

Thompson se arrodilló detrás de él, lo golpeó en los riñones unas cuantas veces; el hombre gimió y comenzaron a salirle lágrimas de los ojos.

-¿Ha ayudado a matar a Wayne? –preguntó Thompson.

-No, no, eso no podría hacerlo.

-¿Y qué podría hacer? ¿Qué ha hecho?

Thompson lo golpeó de nuevo en los riñones; no quedarían secuelas de su brutalidad. Lo agarró por lo que le quedaba de pelo, le dio un tirón hacia atrás y dijo:

-Contésteme.

-Conocía a Norton. Se lo he dicho. Nada más. Nada más.

-Coja un poco de aire, señor Al-Abadi; luego empezamos de nuevo pero peor, ¿me sigue?

-Yo… ¿qué quiere saber? Por favor, no soporto esta violencia, por favor.

-¿Ha ido al motel Carrington? ¿Se ha acostado con chicos y chicas jóvenes junto a su colega, Norton, y los otros compinches de New Light?

Al-Abadi dudó, Thompson lo golpeó de nuevo, volvió a agarrarlo por la oreja.

-Aaaaah, no, quiero decir, sí, he estado, he ido. He ido.

-¿Eran menores?

-No lo sé. De verdad que no lo sé. Yo estaba drogado o borracho, eran jóvenes, pero no menores. Sabían lo que hacían, no había coacción de ningún…

Thompson lo golpeó unas pocas veces más por puro placer. Este capullo le dice lo que esa gente sentía o sabía, esos chicos o chicas jóvenes. ¿Cómo coño podía saber lo que sentían?

-Levántese. De pie.

Al-Abadi se levantó. Balanceó la cabeza y dijo:

-Quiero un abogado. Sé que es usted un policía honesto, así que sabe que debería tener uno que…

-Cállese la puta boca. Gírese, con las manos en la espalda –Al-Abadi lo hizo. Thompson lo esposó-. Voy a llevarlo a la comisaría de Kings Cross para acusarlo. ¿Lo entiende?

-Sí.

Thompson lo empujó hasta la puerta de entrada, abrió la cerradura con las llaves que estaban puestas y lo empujó afuera.

-Necesito mi monedero, mi… -comenzó Al-Abadi.

-No necesita nada. Yo mismo llamaré a Abbott por usted.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sally Bois llamó a Billy Hassan.

-La chica se llama Rhia.

-¿Rhia?

-Sí, ¿necesitas algo más mientras estoy aquí?

-No, pero asegúrate de que sepa que no debe…

-Lo sabe bien.

-Buen trabajo.

-Gracias, Billy.

-Ahora tómate un tiempo, vete a casa, asegúrate de estar atenta a ese tipo que atacó a Zlatan. Estoy intentando averiguar quién es por el número de su matrícula, pidiendo favores. Lo cogeremos.

-Propongo que lo hagamos salir.

-Vale, Sally, vete a casa como te he dicho, relájate, a no ser que Abbott te necesite.

Hassan finalizó la llamada. Estaba en su pequeña oficina encima del club de estriptis, con vistas a lo que él llamaba el callejón Yonqui. Podía ver las puntas de las jeringas naranja usadas, tiradas entre cristales rotos, papel higiénico y una cuchara destellando bajo el fuerte sol.

Billy Hassan llamó a uno de sus chulos que estaba abajo, fuera del club.

-¿Jefe?

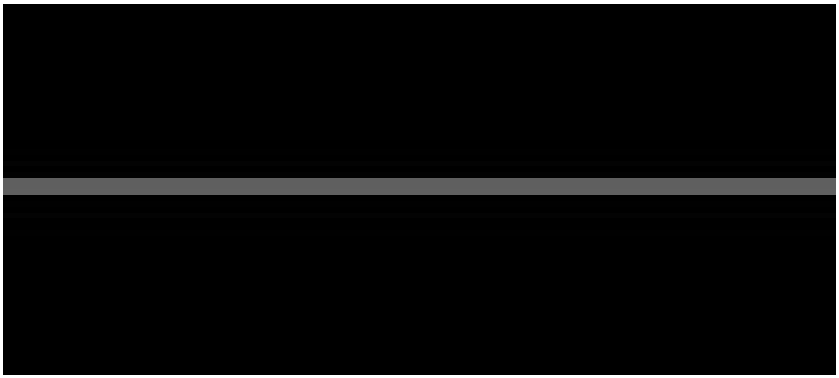
-Andrew, ¿a qué hora trabaja Milo?

-A las diez en punto.

-Dile que venga directamente a verme a la oficina cuando llegue.

-Sí, jefe.

Milo había trabajado en discotecas, bares y clubs de estriptis en la sucia media milla durante un cuarto de siglo. Un adicto a la heroína reformado, ahora yonqui de los cigarrillos y gran bebedor, que conocía a todas las chicas, a todos los habituales, los que habían muerto, los que habían sobrevivido, dónde estaban ahora, cuánto tiempo iban a durar. Lo veía allí mismo, en la calle, cada día y cada noche, incluso cuando había ido puesto de metanfetamina durante veinticinco años. Si había alguien que podía saber quién era Rhia, ese era Milo.



Don Talbot estaba en la recepción de la comisaría de Kings Cross cuando entró Thompson con Al-Abadi. Ambos se conocían de oídas y se habían visto hacía algún tiempo en una fiesta con mucho alcohol organizada para polis en un bar de Surry Hills.

-Cash Thompson –dijo Talbot.

-Señor Talbot.

-¿Qué tenemos aquí?

-Un tal señor Al-Abadi, de la famosa Iglesia New Light. Uno de los hombres que usaba el Carrington para citas secretas con chavales que, según el señor Al-Abadi, sabían lo que hacían y no estaban bajo presión para << desempeñar >>, por así decirlo.

Al-Abadi iba con la cabeza bajada, pero aún creía que saldría de este lío. Vendría Abbott, abogados, nada concreto. Thompson no tenía pruebas, o ya habría jugado sus cartas. Las habría mostrado todas, una tras otra. El personal del motel era el problema. ¿Podrían identificarlo? ¿Cuántos años tenían aquellos chavales y de dónde habían venido? ¿Quién los había proporcionado? Pensaba en todo esto agachando un poco más la cabeza, avergonzado de sí mismo por lo que había hecho.

-¿De qué tengo que acusarlo? –preguntó Talbot.

-Mételo en una celda. Lo voy a pensar, pero probablemente de obstrucción a la justicia con relación al asesinato de Wayne Hampton, en el que ocultó indicios e información que podrían ayudar a la policía a resolver el crimen.

Al-Abadi dio un grito ahogado y dijo << Mierda >> en voz baja. Luego:

-Un abogado. Quiero un abogado. Necesito que llamen al señor Abbott, él me conseguirá un abogado.

-Venga por aquí –dijo Talbot al tiempo que salía de detrás del mostrador. Empujó suavemente a Al-Abadi por detrás, guiándolo a través de una puerta hasta una celda, con las manos esposadas.

Thompson suspiró. Tenía suficiente para acusarlo. Lo había fotografiado ayer en la iglesia. Además, había admitido, aunque fuera bajo coacción, que era conocedor de todo el juego en el Carrington. Pero mantendría la boca cerrada en cuanto llegara un abogado. Quizás Thompson y un abogado de la acusación avispado proporcionado por Steele podrían lograr que aceptara un trato, atribuir el verdadero problema a Abbott y los demás de esa Iglesita de mierda suya.

Thompson se sentó en el vestíbulo de la comisaría, llamó a Steele,

lo puso al día. Steele dijo al final:

-Adiós a lo de Con cuidado.

-Con este no iba a poder ser.

-Tengo buenas noticias –dijo Steele.

-Oh, sí.

-Los tíos de la tecnológica han obtenido las llamadas del teléfono de Norton.

-¿Qué? Joder.

-Llamó al mismo número tres veces antes de morir en el motel, a las tres de la mañana.

-Tiene que ser la chica.

-Te paso el número.

Steele le leyó el número a Thompson, que cogió un pequeño cuaderno y lo apuntó.

-Gracias, Steele. Ahora sí. Te llamo cuando tenga algo más. Pon a tu mejor abogado de acusación con Al-Abadi. El objetivo es conseguir un trato a cambio de Abbott.

Colgó. Configuró su móvil para que se viera su número cuando llamara a Rhia. No quería espantarla con un número oculto. Marcó el número. Comenzó a dar tono. Tres, cuatro veces y siguió hasta que se cortó. Lo intentó de nuevo; sonó tres, cuatro, cinco veces y luego respondió:

-Hola.

-¿Rhia?

-¿Quién es?

-Me llamo Carter, ¿te acuerdas de mí?

-No, no me acuerdo. Ya no trabajo, así que mejor que pierdas mi número.

-Esperaba que pudiéramos vernos.

-No. Ya no trabajo más. Mañana cambio de número, lo siento mucho.

-Soy Carter Thompson. La gente me llama Cash, te acuerdas de mí, ¿no?, de hace un tiempo. Yo bebía mucho y tú fuiste amable conmigo.

-Lo siento. Tengo que irme, adiós.

-Soy investigador. Sé lo que pasó en el motel. Puedo ayudarte, Rhia; hay gente que va a ir a por ti, estás en problemas. Muy grandes. Puedo ayudar.

Silencio.

Rhia estaba en el patio de casa, fumando; se mordió el labio. Se acordaba de él. Sabía que había dado un giro a su vida. En cierto modo le siguió la pista sin que él lo supiera. No había muchos polis aborígenes y él le había contado muchas cosas.

-¿Rhia?

-Sé quién eres. Lo recuerdo. He estado siguiéndote la pista.

-¿Cómo?

-Has tenido un par de casos importantes en el periódico, la tele, y cosas.

-Tienes que dejar que te ayude.

-No puedo, lo siento. De todos modos, mañana se acabará todo esto. Nuevo número de móvil, nueva vida.

-Puedo ayudarte, asegurarme…

-¿Asegurarte de qué? Acabaré en el periódico, en las noticias, la

puta que estaba en la cama con aquel hombre que murió. Todo lo que pasaba en aquel motel.

-¿Sabes algo de eso?

-Por supuesto, ¿crees que soy estúpida?

-Dime dónde estás. Puedo ayudar…

La llamada se cortó.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

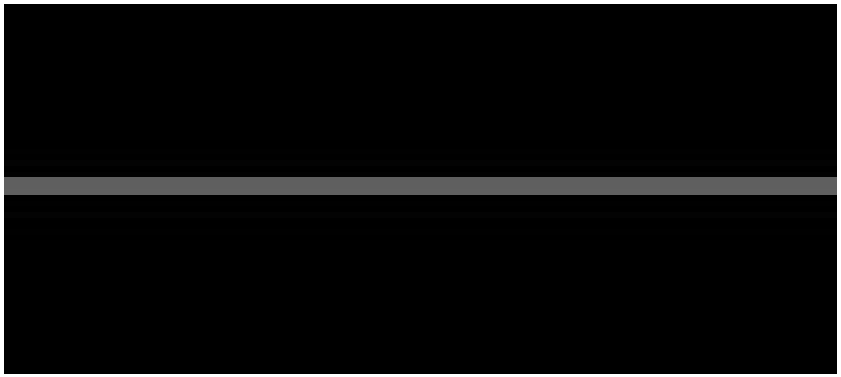
Carter Thompson abrió la puerta de entrada de su piso en Bondi.

Cansado.

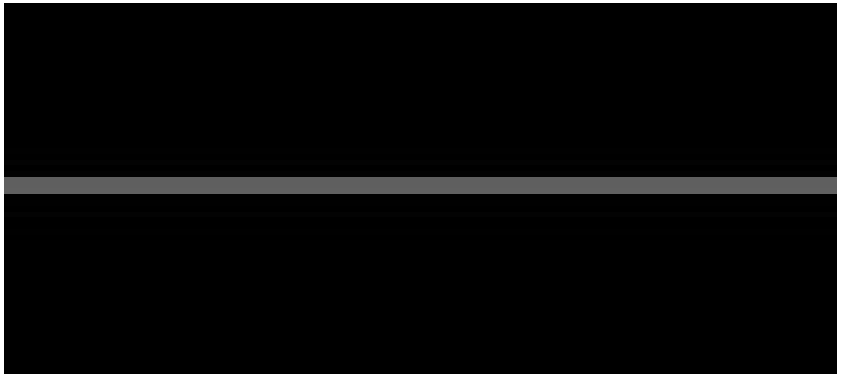
Necesitaba dormir.

Eran las diez de la noche.

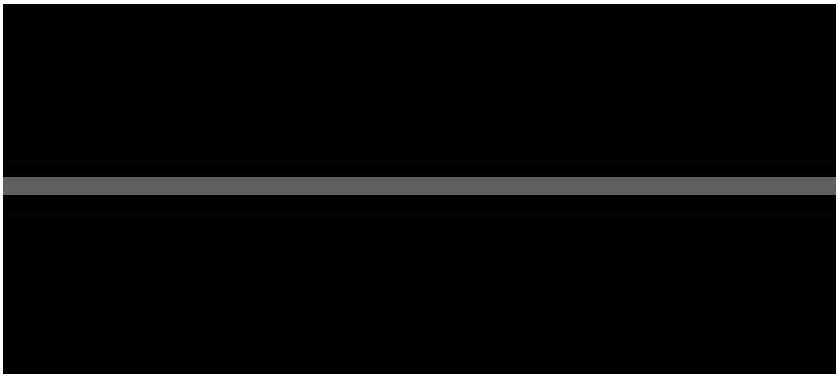
Milo llegaba para hacer su turno de noche como chulo en el club de estriptis.



Ari conducía otro coche. Un BMW azul que pasaba desapercibido en la zona; lo aparcó a unos trescientos metros de la casa de Bois en North Bondi. Llevaba una gorra en la cabeza y estaba hundido en el asiento. Era una húmeda noche de lunes en las afueras, pero si Bois salía, tenía que pasarle al lado.



Rhia y Salem bebían cerveza fría en la mesa de la cocina. Molly y Jim Wenders estaban sentados en el sofá viendo un DVD de Río Bravo. Molly todavía no se había quedado dormida. Jim le estaba explicando cosas de la película, por qué le gustaba tanto.



Thompson pensó que debería llamar a su mujer y su hija, pero no lo hizo. Fue a la alacena y cogió la lata de café. Pasó por todo el procedimiento para coger la bolsa de speed, hizo tres rayas, se las metió rápidamente. Llamó a Aimee. Quedaron en que la recogería en su casa de Newtown.

Bajó al coche, lo puso en marcha, miró si había alguien alrededor que pudiera seguirle y no vio nada. Condujo hasta la calle Old South Head y giró a la izquierda para incorporarse a ella, sin dejar de mirar por el retrovisor. Sabía que Zlatan no iba a volver por sí mismo después de la paliza que le dio Ari, pero Billy Hassan estaba en el meollo, así que podrían venir más. Ahora no había nadie. Iba bien de tiempo cuando llegó a la calle Oxford. Pensaba en su conversación de antes con Rhia. Iba a huir. ¿Pero cómo y cuándo? Estaba asustada pero también tenía un plan. ¿Estaba sola? Llamó a Talbot a la comisaría de Kings Cross, con la esperanza de que aún estuviera allí. Lo estaba.

-¿Qué puedo hacer por ti, Cash?

-Una chica llamada Rhia estaba en la habitación del motel con Norton. ¿Te suena alguna prostituta que se llame así? ¿Recuerdas que haya estado acusada alguna vez? Es trabajadora sexual, probablemente se anuncie en los periodicuchos habituales, quizás pille a algún cliente en la calle de vez en cuando.

-No la conozco. Pero lo consultaré con los de uniforme. Hay un tipo que se llama Matt Taylor que trabaja en esta comisaría desde hace

diez o quince años, no es nada ambicioso, por eso aún lleva uniforme, pero tiene buenos contactos en la calle con los pervertidos de mierda y demás cabrones de por aquí alrededor.

-Sería estupendo.

-Tu hombre sigue en la celda. Va a venir Abbott, pero no aún.

-Gracias, ya me contarás qué dice Abbott. Van dos de sus tíos en dos días. Se va a cabrear, pero esa es la idea.

-Lo haré.

-Nos vemos, Talbot.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Milo estaba frente a la puerta de acero de la oficina de Billy Hassan. Sabía que su jefe observaba a cualquiera que se acercara o pasara por su puerta, con video vigilancia. Pasaron unos minutos. Esperaba pacientemente, privándose del cigarrillo que le apetecía. Tenía la cara llena de marcas, envejecida por el tabaco, con profundas arrugas al estilo de Jeff Kennett, el ex jugador de la Victorian Premier League. Llevaba pantalones negros y camisa de manga larga. No iba muy distinto a los camareros con treinta y cinco años de experiencia del famoso Bourbon and Beefsteak Bar, que estaba en la esquina de la calle Darlinghurst con la MacLeay, frente a la fuente. Sólo que él servía sexo y vicio en todas las variedades y definiciones posibles que podían habitar un club de estriptis de la sucia media milla. Un maestro en arrastrar a un grupo de despedida de soltero hasta un club de estriptis. <<La primera bebida gratis, chicos>> era el truco. Sólo que no eran de las de la estantería de arriba, sino que eran Fosters aguadas de unos grifos asquerosos, y cada bebida después de esa era tan cara que podría dejar en bancarrota a un país del tercer mundo. Pero una vez que estaban dentro, ya estaba.

Se abrió la puerta.

-Pasa, Milo –dijo Hassan.

Le dio un fuerte abrazo cuando estuvo dentro, que fue correspondido por Milo; Hassan le frotó la espalda y dijo:

-Amigo mío, amigo mío.

Milo tosió. Hassan rodeó la mesa, llegó a la cómoda silla.

-Siéntate, siéntate –le dijo.

Milo se sentó. Hassan le sonrió.

-¿Conoces a una chica que se llama Rhia? Una prostituta. Quizás de la calle. Quizás haga servicios de compañía.

-Rhia, sip. La conozco.

Hassan se rio y dijo:

-Amigo mío, tus conocimientos son un regalo.

-No sé mucho de esa mierda, pero la recuerdo. Trabajó en la calle, pero no por mucho tiempo. Conoció a un tío, su nombre, su nombre, mierda. Era un estafador, si, mmm.

Luego Milo se rascó la cabeza.

–No, no se llaman así –miró a su jefe-. ¿Un estafador de ordenadores?

-Un hacker.

-Sí, coño, un hacker. Cumplió algo de condena en una granja prisión. Oí que no le gustaba mucho, se ponía mal de los nervios, pero, joder, no sé nada de Rhia desde hace mucho tiempo. La conozco porque me dijo que si le encontraba clientes me daría una comisión. Le conseguí unos pocos. Me hizo prometer que nada de yonquis, ni tíos violentos; los viejos le gustaban, mejor cuanto más tranquilos. Ya conoces cómo son: entran y salen a hurtadillas de los locales por su cuenta.

-¿Y ahora?

-Como he dicho, jefe, no lo sé. Ha pasado mucho tiempo. Sé que le gustaba comer pizza en un sitio junto a la parada de taxis. No sé. Déjame preguntar por ahí. Seguro que la encuentro. ¿Hay un…?

-Encuéntrala, Milo. Consigue una dirección o un móvil. Si la encuentras, tendrás una buena cantidad de dinero para gastarte en tus vacaciones en Surfer's Paradise.

-La encontraré, jefe. No yo personalmente, ya me entiendes. Puede que tenga que poner pasta, ¿me sigues, jefe?

-¿Cuánto?

-Quinientos o seiscientos, calculo.

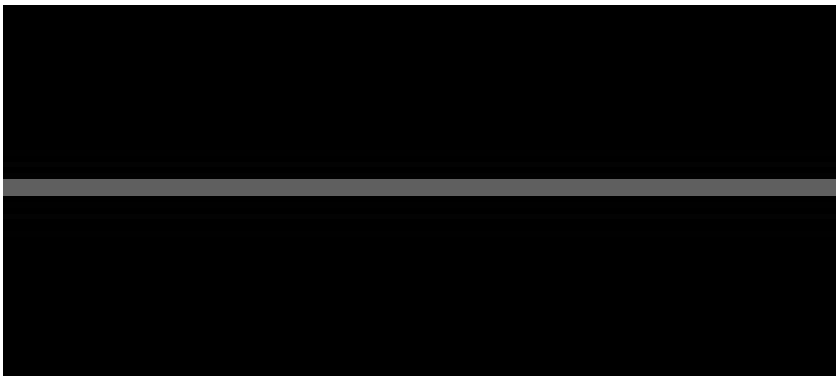
Hassan abrió el cajón superior de su escritorio, metió la mano y sacó un sobre. Contó trescientos. Retiró el sobre.

-Aquí hay trescientos. Cuando la encuentres necesito saberlo al minuto, al segundo, ya me entiendes.

-Sip, jefe.

-Otra cosa. El encargado de ese antro al otro lado de la calle, el Carrington, así es cómo conseguí el nombre indirectamente. Pero los polis saben que él lo sabe. Ha habido arrestos, no puedes ir intimidando, la policía tiene a uno de incógnito allí ahora. Quizás puedas tener una charla con él cuando salga a fumar o cuando se vaya a casa. Puede traernos problemas. Muchos problemas.

-Lo pillo, jefe. Lo pillo.



Thompson llamó a Aimee desde el coche. Ella bajó vestida con una falda negra ceñida que marcaba su figura, su culo en concreto, también los muslos. Pero podía moverse con libertad, también era cómoda. Llevaba botas negras con hebillas plateadas que llegaban hasta la mitad de las pantorrillas, y una camisa blanca con botones negros abotonados hasta media altura. Tenía el pelo engominado y mojado. Sus ojos de gata brillaban. Se enamoró de ella en ese

instante en el que bajó el último escalón de su portal para pisar la calle como si fuera una modelo. Deseó haberle hecho una foto. Ella abrió la puerta del coche, se subió y dijo:

-Vaya caballero estás hecho.

-Es más fácil y…

-Relájate, Cash.

-Puede que lo haga. Estás increíble.

-Eso es lo que dicen todos –dijo ella; se rio, se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla.

Él le sonrió y dijo:

-Creo que te quiero.

-Cash, no digas eso. No si no lo sientes.

-Mmm, pero sigues estando increíble.

-Gracias, nene. Hoy me he hecho algunas fotos para mi debut en Instagram.

-¿Lo decías en serio?

-Sip.

-¿Cómo funciona? ¿Cuánta ropa tienes que quitarte?

Ella se rio:

-Hombres, sólo piensan en eso. Esa es la razón por la que voy a ganar dinero.

Él se encogió de hombros. No entendía si hablaba en serio o no, pero el speed hacía que le importara una mierda. Sólo quería estar con ella.

-¿Qué quieres hacer? –dijo.

-Ir a un local chulo.

-Hay una coctelería en la calle Victoria. En el ático del hotel Town. Se ve toda la ciudad, el puerto, todo. Antes era un restaurante japonés.

-Me parece bien.

-Genial, tienen aparcamiento subterráneo.

-¿Qué tal va tu último caso?

-No quieras saberlo.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Te he contado lo del tío que murió en el motel.

-Sip.

-Trabajaba para la Iglesia New Light y…

-Ah, he oído hablar de ellos, son una inmensidad. Tienen todo…

-Aimee, déjame hablar claro. Son escoria. La peor clase de gente que puedes encontrarte.

-Ah.

Animado por el speed, le contó todo. Todos los pequeños y sucios detalles, en el coche, en el ascensor, en una tranquila esquina de la coctelería desde la que podían ver todas las luces de la ciudad brillando para ellos. Contó todo sobre New Light. Todo sobre el caso. Le contó los otros casos en los que había trabajado. Aimee lo escuchaba sentada, bebiendo un cóctel tras otro. Estaba fascinada y repugnada a partes iguales. Le dijo que no podía contar nada de esto a nadie. Ella asintió, y lo escuchó mientras él siguió hablando hasta primeras horas del día siguiente.

En el ascensor de vuelta al aparcamiento Cash se giró, le agarró la cara y la besó apasionadamente; ella le correspondió con fuerza, plena de deseo. Él extendió el brazo y le subió la falda más y más.

Puso la mano en sus bragas y la dejó allí un rato mientras el ascensor bajaba al noveno piso; luego deslizó su mano dentro, sintió la humedad pegajosa, encontró el clítoris, lo frotó en pequeños círculos mientras ella lo agarraba por los hombros cada vez con más fuerza. Bajaron del noveno al octavo. Se abrieron las puertas. Él paró un momento. Por encima del hombro de él, ella pudo ver a una pareja de mediana edad allí de pie; ella se rio, giró la cabeza; la pareja dio un paso atrás, las puertas se cerraron, ambos se rieron. Él volvió a poner el dedo en el clítoris, ella suspiró, pequeños círculos, ella sintiendo la cabeza más ligera. Bajaron al séptimo, al sexto. Con la mano que tenía libre, le bajó la ropa interior hasta debajo del trasero, estrujándola con fuerza mientras seguía jugando con ella. A ella se le aceleró la respiración. Estaban en la planta tres, dos, bajo. Lo agarró con fuerza, luego el ascensor paró en el sótano, ella dijo susurrando:

-No pares, sigue, sigue.

Lo hizo. La besaba en la cara, en la boca. Ella respiraba más y más rápido; le agarró el pene a través de los pantalones. Él seguía tocándola despacio, con destreza; ella mientras le mordía el hombro, sujetando su duro pene. Él siguió moviendo el dedo encima y alrededor del clítoris, ella abrió más las piernas, cogió el cinturón de él y los pantalones cayeron al suelo; sintió el pene a través de la ropa interior y lo sacó. Ella arqueó la espalda. La penetró suavemente, con calma, con su dedo trabajando despacio en círculos; ella respiraba cada vez más fuerte, él comenzó a empujar su pene adentro y afuera de ella. Ella lo sujetó más fuerte, tuvo un orgasmo, gimió de placer. Él siguió cada vez más rápido, ella le sujetaba los hombros con fuerza, él se corrió; se separaron al mismo tiempo. Se desmoronaron en el suelo del ascensor, con las ropas descolocadas, satisfechos, sonriéndose.

Pararon. Estuvieron agarrados durante unos minutos.

-Dios, ha estado bien –dijo ella.

-¿Sólo bien?

Ella rio.

-Vámonos a casa –dijo él.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

El lunes por la noche Milo tanteó a sus sospechosos habituales, pero no averiguó nada de Rhia, salvo que estuvo sentada frente a la pizzería cerca de la parada de taxis comiendo pizza, quizás el jueves o el viernes. Que luego se fue andando en dirección al hospital.

El encargado del Carrington no había ido a trabajar y, como había dicho Hassan, no era seguro entrar a hacer preguntas ahora. Encendió un cigarrillo, de pie en el interior de la entrada del club de estriptis a las seis de la madrugada, no muy contento de no haberla encontrado. Fuera, la calle estaba sucia, apenas pasaba algún coche o moto. Hacía un calor pegajoso, veintiocho grados aún, y quería irse a casa. No se acordaba del nombre del novio de Rhia, pero le vendría. Asomó la cabeza a la calle cuando pasaba un gay que solía trabajar en el club. Milo sonrió y dijo:

-Eh, Mike, Mike.

-Sí; eh, Milo, me voy a casa.

-¿Estás trabajando ahí abajo, en el Pink Pussy?

-Sí, sí.

-¿Qué tal te va?

-Lo de siempre. Soy un gay actuando con chicas hetero en un club de estriptis.

Mike era un tío centrado. Se había enmendado. Ahora era un tío fuerte y en forma. Había sido un yonqui de la peor calaña, pero encontró a Dios. Ahora nunca bebía ni se drogaba, nadie lo veía mucho fuera del trabajo, excepto cuando iba y volvía, pero era amable y educado con todos. A la gente le gustaba y él, como Milo, conocía a todo el mundo. Nadie sabía por qué seguía haciendo lo

que hacía. Mike sí. Era una forma de penitencia. Tenía que pagar por su anterior vida. No podía encontrar cualquier trabajo en cualquier sitio, no con su pasado y su historial laboral.

-Oye, Mike, ¿tú te acuerdas de una chica de la calle que andaba por aquí, no trabajó mucho tiempo en la calle, conoció a un tío?

-Su nombre, Milo, su nombre.

-Un nombre raro: Rhia.

Mike sonrió:

-Sí, claro. La recuerdo, era muy dulce. La veo de vez en cuando por ahí. Creo que vive cerca de mí.

-¿Sabes exactamente dónde vive?

-No. La veo en las tiendas o llevando a su hija al colegio.

-¿Tiene una hija?

-Sí.

-¿Recuerdas el nombre de su novio?

-Sip, creo que Salem.

-¿Crees?

Mike empezó a mosquearse. Le gustaba Rhia, era maja, y la niña era guapa. Había cambiado, le iba bien.

-¿A qué viene el tercer grado, Milo? Rhia es buena persona. Déjala en paz. No vuelvas a traerla a las calles.

-Tranquilo, Mike. Sólo tengo curiosidad. Su hija…

Mike bajó la cabeza y siguió caminando; había notado algo raro en todo esto, pero ahora Milo tenía más información. Llamó a Hassan:

-Milo, sí. ¿Qué pasa?

-Rhia tiene una hija y vive en Darlinghurst. No creo que haya tantas escuelas en ese suburbio; a veces la lleva a clase andando.

-¿Cómo lo has averiguado?

-¿Te acuerdas de Mike, el yonqui que solía trabajar aquí?

-Sí.

-Acabo de tener una pequeña charla con él, pero se dio cuenta de que pasaba algo. Por algún motivo le gusta Rhia, pero no creo que la conozca de hablar, sólo la ve por ahí. Dijo que el novio se llama Salem.

-Buen trabajo, pero necesito que sigas un poco más. Necesito que vayas a ver si lleva a la cría al colegio. Sabes cómo es, también conoces al novio.

-Voy a dormir un par de horas en la parte de atrás, me doy una ducha y luego intento encontrarla. A lo mejor tú puedes buscar en Goog…

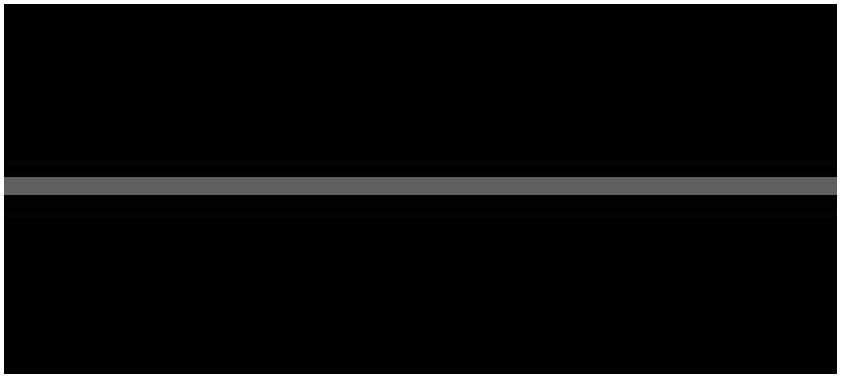
-Encontraré los colegios de la zona. Empiezo por el que está más cerca. Llévate a Antony contigo. Descríbele a la chica. Deja que vaya caminando. Tú coges el coche y vas escuela por escuela, peinando toda la zona. Busca también al tío. ¿Mike te ha dado su nombre?

-Sí, Salem.

-¿Habías dicho que cumplió condena en una granja prisión?

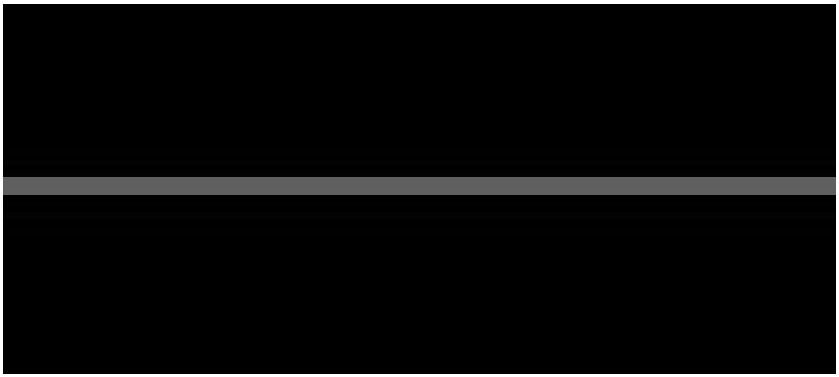
-Sip.

-Conozco a gente en esas cárceles. Conocen a los guardias, lo encontrarán.

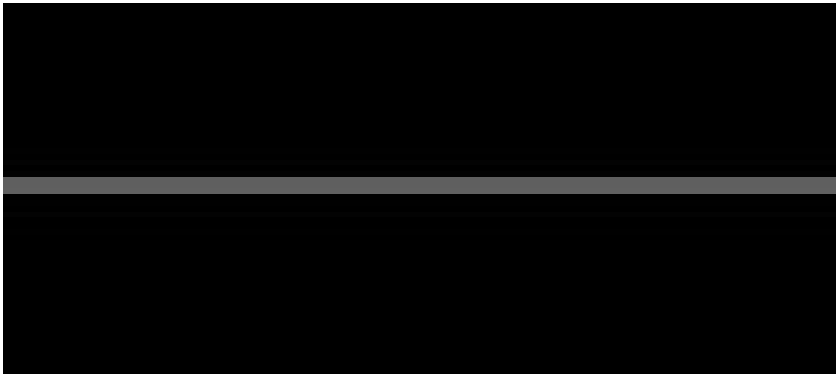


Rhia y Molly se fueron de casa a las nueve de la mañana, cuando Milo y Antony se dieron por vencidos y volvían a casa. Caminaron con un par de maletas con ruedas hacia la estación de Kings Cross; cogieron el tren a Town Hall, cambiaron a Parramatta Line y se bajaron en Parramatta. Fueron al banco. Sacó quince mil en efectivo usando su nuevo nombre, Miranda O'Donnell. No tuvo problemas en la ventanilla. Cogieron un taxi para ir al concesionario de coches usados. Rhia ya le había dicho al vendedor que iban a ir, pero se sorprendió un poco cuando aparecieron. Les contó todas las mentiras típicas. Qué gran trato les estaba ofreciendo. Ella se decidió por un Hyundai I20 en lugar del Mazda 3. Era más barato, pero más nuevo, con menos kilómetros. El vendedor todavía se puso más contento cuando le pagó ocho mil en efectivo.

Molly estaba impaciente por montarse en el coche nuevo. Apenas había visto a su madre conduciendo, excepto una vez cuando alquilaron un coche para ir a Central Coast para unas mini vacaciones. Jugó con la radio, buscando una buena emisora. Encontró una en FM que ponía los éxitos del momento. Rhia estaba feliz. Le gustaba conducir. Le encantaba la idea de no volver a prostituirse. Aunque también estaba asustada, preocupada por el futuro a causa de la gente que podría venir a por ella. Ese poli Carter era majo, un tío decente, pero ella no sabía lo que podría pasar. No podía ir a la cárcel; no podía permitir que Salem volviera. No lo resistiría, otra vez no.



Salem caminó hasta la tienda asiática del barrio, compró noodles y salsa de chile dulce, su comida favorita. Al llegar a casa comenzó a limpiar. Al dueño le había parecido bien que se marcharan. No habían hecho contrato, pero habían establecido un vínculo. Nunca habían dejado de pagar el alquiler, siempre lo hacían a tiempo. Rhia siempre había tenido miedo de que la desalojaran, por lo que les había pasado a ella y a su madre. Jamás dejaría que le pasara lo mismo a Molly. Él era un poco maniático de la limpieza. Lo contrario que Rhia y Molly, que dejaban un rastro de destrucción por donde pasaban. Iba a echar de menos a Jim Wenders, un viejo agradable y cascarrabias. Había visto una lágrima en los ojos del anciano cuando tuvo que despedirse de Molly y Rhia. Salem sabía que estaría bien. Era un difícil viejo chocho, pero también podría estar solo.



Billy Hassan durmió en su oficina cuatro horas. Tenía un sofá cama que era muy cómodo. Se duchó. A las dos de la tarde estaba en su escritorio. Comenzó a hacer llamadas a expresidiarios que habían estado en una granja prisión. Había tres granjas desperdigadas por el estado.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Diez de la mañana en Newton, en casa de Aimee. Cash Thompson alcanzó su móvil, que estaba en el suelo, junto a la cama. Respondió.

-¿Sí?

-Soy Tony Wu, de The Star.

-¿Qué quiere?

-¿Lleva usted el caso de Norton y Wayne Hampton?

-Están relacionados, ¿verdad?

-No tengo tiempo para bailes, Thompson. ¿Sabe que hoy Abbott va a anunciar a sus tres candidatos para las elecciones al senado?

-No. Yo… siga.

-¿Ha oído hablar del equilibrio de poder?

-Siga.

-Obtener esos tres candidatos podría suponer que puedan decidir el destino de la nación en todo, desde trabajadores inmigrantes hasta el capitán del equipo de test cricket, ¿lo pilla?

-Escuche, Wu. De momento no tengo ninguna primicia que darle, aún no, pero la tendré. Sea paciente, está al caer. Escriba lo que quiera sobre mí, pero Abbott y los suyos son…

-Sé lo que son. Necesito probarlo.

-De acuerdo, como he dicho, sea paciente.

-Si usted lo dice.

Thompson colgó. Estaba molesto consigo mismo por levantarse tarde. Tenía cosas que hacer. Intentó priorizar en su cabeza la planificación del día. No pudo. Aimee no estaba en la cama. La oyó en la cocina. Se levantó, se puso la ropa interior y fue a verla. Ella sonrió al verlo entrando en la cocina medio desnudo, y dijo:

-Hola, amante.

-¿Café?

-Con leche cargado, ¿verdad?

-Podrías ser camarera.

-Tiene gracia.

-Me voy a duchar.

Se giró para salir de la cocina, ella lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza. Él no opuso resistencia; lo giró, lo besó y lo llevó contra la pared. Se besaron. Ella introdujo ambas manos en sus calzoncillos mientras seguía besándolo con suavidad; a él le gustaba eso, sonreía en su interior. Ella se agachó, le besó el pecho, comenzó a bajar lentamente, le besó el estómago, levantó la mirada, él suspiró.

Ya estaba en casa. ¿Cómo podía encontrar a Rhia? Llamó a Jill Anderson al Consejo.

-No es usted mi persona favorita, señor Thompson.

-Obtengo resultados, Jill. Tenía que evitar que alguien más viera esa…

-¿Qué puedo hacer por usted?

-¿Es posible encontrar al alguien en sus archivos municipales teniendo sólo un nombre de pila?

-No.

-Qué directa.

-Una pregunta sencilla. Adiós, señor Thompson.

Llamó al Wentworth Courier. Habló con una empleada fácil de impresionar llamada Anna. Le explicó quién era y lo que quería, que era información acerca del anuncio de una prostituta, una que usaba el nombre Rhia. La empleada buscó, pero no encontró nada. Seguramente no usara su nombre real en el anuncio. Él le dio las gracias y luego se le ocurrió algo. Fue al coche. Condujo hasta la biblioteca de Bondi Junction.

Se dirigió al estante de la prensa. Encontró una balda que contenía las últimas copias de las últimas semanas. Los periódicos eran enormes porque vendían pisos, así que no era raro que hubiera copias atrasadas. Los examinó; a veces tenían fotos y otras no. No encontró a nadie que pudiera ser Rhia. En los primeros que miró no encontró su número de móvil. Luego lo vio. Era el mismo número al que había llamado Norton. El que habían encontrado los tíos de tecnología.

Volvió a llamar a Anna al Wentworth Courier, le facilitó el número y ella buscó. Había un número de tarjeta de crédito. Se lo dio a Thompson. Pero no había ninguna dirección. Sólo el número de móvil y de la tarjeta de crédito. Llamó a Steele, ahora excitado, estaba cerca. Steele se pondría en contacto con el banco; conseguiría la dirección. Estaba cerca, muy cerca.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Hassan averiguó que Salem había estado en una granja prisión cerca de Wollongong. Cuándo salió. Quién era su agente de la condicional: un tipo llamado Peter Ditko. No lo conocía. Y no tenía contactos para llegar hasta él. Pero tenía algunos en la policía que podían encontrarlo. Los llamó y averiguó que un detective llamado Cossack podía ayudarle. Llamó a Cossack, que le dijo que necesitaría un favor.

-¿Qué clase de favor?

-Muchas tardes, a eso de las seis, me tomo una copa en el hotel Courthouse, en Taylor Square. ¿Lo conoce?

-Sí.

-Tendré la dirección de ese tío. Nos vemos allí. Me paga unas bebidas; trae un periódico. Yo leo el The Star. Lleve dentro unas patatas fritas. Me lo pasa. Tendrá la información.

-¿Cuánto cuestan las patatas fritas hoy en día?

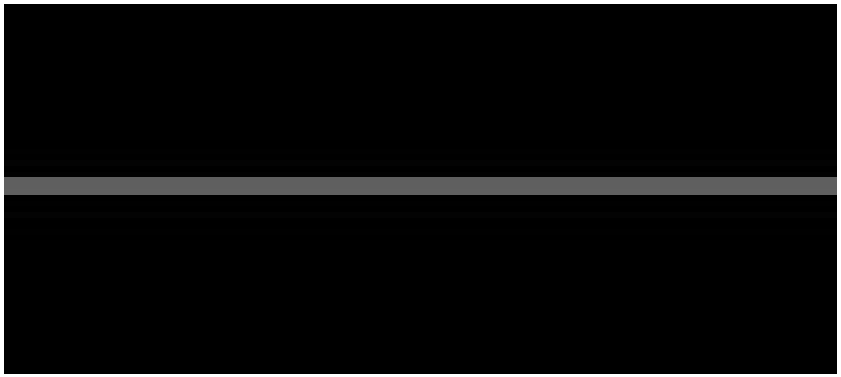
-Seguro que cuatro cifras.

-¿A qué hora? ¿Cómo lo reconoceré?

-Chaqueta negra de cuero, camisa roja. Seis en punto.

-No iré yo. Irá Sally Bois.

-Está bien saberlo.



Abbott hablaba por un micrófono en ese centro de entretenimiento suyo de Bondi Junction. El sitio estaba lleno de la clase de congregación habitual, pero también había una gran presencia de medios de comunicación. La gente entendía la ecuación de poder aquí. Abbott ya había presentado a Sheila Watson y a Bruce Jamieson. Watson era una mujer de negocios. Era miembro del consejo de uno de los cuatro grandes bancos, también de un equipo de la liga de rugby, y de muchas organizaciones benéficas. Rubia, teutona, llena de energía. Jamieson era el prototipo de tío amigable que camina arrastrando los pies, que da golpecitos en la espalda de los colegas; todo el mundo era colega suyo. Puedo ayudarte con eso, colega era su tarjeta de visita, tanto para hombres como para mujeres. Trabajaba en <<algo>> relacionado con las finanzas, compraba y vendía edificios y gente, etcétera. Un gran tipo. Daba buenos discursos. Estrechó muchas manos. Defendía únicamente sus propios intereses, y ahora los de Abbott. Bésame el culo, yo besaré el tuyo.

Tony Wu estaba sentado en la segunda fila. Solicitó una entrada y le asignaron ese asiento. Abbott tenía la esperanza de que viera la luz, de que escribiera cosas positivas sobre esta pequeña jarana suya, con quinientos o seiscientos parásitos jadeando y adulando a quienquiera que conocieran o estrecharan la mano. Abbott estaba presentando al tercer y último candidato.

-Amigos y demás -Abbott levantó una ceja al verse en grande en la gran pantalla (una ligera risa en la habitación)-. El siguiente y último candidato que presentamos para las elecciones al senado es

un hombre que está preparado para hacer lo que sea por la gloria de Dios. Lo ha demostrado una vez tras otra. Ha causado sensación en los campos deportivos de este país. Ahora tiene éxito fuera del campo con su enorme empresa de servicios financieros Banca tradicional. Que quieres que se haga algo, Bobby Hughes lo consigue. Que quieres evitar todo ese lío burocrático, Bobby Hughes puede hacerlo. Ha embestido a los defensas en el campo de fútbol y ahora embiste a la vida, creando empleo, infraestructuras, autovías, coches eléctricos, asesoramiento financiero para pequeñas y grandes empresas. Señoras y caballeros, amigos, os presento a la antigua superestrella del East Sydney, Bobby Hughes.

Aplausos eufóricos de los asistentes en los asientos caros y en los baratos. Wu alucinaba con la pasión y el júbilo de la gente. Para algunas de estas personas se trataba de una auténtica experiencia religiosa, ahora levantados de sus asientos, aplaudiendo con fuerza. Bobby Hughes sale al escenario: guapo, con pelazo marrón ondulado, traje negro, corbata roja, la espalda recta, radiante, saludando con las manos en alto. Abbott, más pequeño, le extiende la mano derecha, se la alza, la multitud aplaude cada vez más fuerte. Hughes hace una reverencia y luego estrecha la mano de Abbott enérgicamente y se dirige al micrófono.

Bois va a la caseta de su jardín a coger algunas cosas que necesitaba, se mete en el coche, lo pone en marcha y sale del garaje subterráneo. Va en dirección a la calle Old South Head. Ari espera, la ve pasar y se toma su tiempo para seguirla. Cuando pasan por

Syd Enfield Drive él va a unos cinco o seis coches de distancia. Ella escucha rock suave de la Iglesia New Light, canturrea, tiene una misión que cumplir. Está concentrada en lo que tiene que hacer. Si hace bien esto, Thompson no tendrá caso. Se habrá acabado. Este trabajo consta de tres partes. Para en una tienda que abre las 24 horas de la calle Oxford, en Paddington, y compra una copia del The Star.

Aparca en la calle Denham y saca de la guantera un sobre con dos mil dólares, lo mete en el periódico y sale. Siente el calor de la tarde en la espalda. Lleva vaqueros negros de CK, camiseta negra y Doctor Martens negras. Camina hacia el hotel Courthouse. <<Este detective. Este policía que se supone que nos protege>>, piensa, <<está vendiendo información al mejor postor, pero en este caso es por una buena causa, por la causa correcta, la Iglesia>>. Así que lo perdona antes de conocerse.

Ari la sigue a pie, pero no entra en el hotel. Se sienta a esperarla en un banco frente a la entrada. La gorra bien clavada en la cabeza calva. Lleva vaqueros flojos y una camiseta azul oscuro estirada. Hay humedad otra vez, se están formando nubes oscuras, señal que alerta de que se acerca una tormenta.

Bois ve la chaqueta de cuero negra, la camisa roja, apoyado sobre la barra, con un pie sobre el riel que recorre la parte baja de la misma. El hotel Courthouse era uno de esos sitios en los que podría beber cualquier estrato de la sociedad, fuera cual fuera el tipo de persona, sin preocuparse de encajar allí. Aquí venía todo el mundo. Llevaba el periódico en la mano derecha. Se sentó y dijo:

-Soy Bois.

-Yo Dick Tracy.

-Hola, Dick.

-¿Cerveza?

-Sí, una jarra de New.

Le hizo un gesto al camarero, que se acercó:

-Dos jarras de New.

-Aquí tiene el periódico que quería.

Lo cogió con cuidado, lo dobló un poco más y lo metió en el bolsillo interior de su reluciente chaqueta de cuero negro. Parecía un personaje sacado de El confidente. Ése era exactamente el aspecto que buscaba.

-Gracias, Bois. Tu jefe está bastante interesado en este tío.

-Métete en tus asuntos sobre lo que quiere mi jefe.

-Touché, señorita Bois. Esta es la dirección.

Se la dijo despacio, la repitió y luego dijo con calma:

-Venga, ahora bébete tu cerveza y lárgate de aquí.

Se quedaron allí sentados, uno junto al otro, sin hablar, odiándose mutuamente, hasta que terminaron las cervezas y luego Bois se fue. El detective se quedó; pidió otra cerveza.

Ari la vio marcharse; esperó.

Ella subió al coche, llamó a Billy Hassan, le dio la dirección, él se lo agradeció y le dijo:

-Sigue. Acaba con esto, rápida y eficazmente.

Llamó a Abbott, lo informó de la situación. Estaba aún en la función y dijo:

-Señorita Bois, gracias por la llamada. Manténgame informado hasta el final.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Condujo hasta la dirección que le había proporcionado el detective. Sacó la podadera que había cogido en la caseta del jardín. Abrió la guantera, cogió una botella oscura con cloroformo y un pañuelo. Guardó la podadera en el bolsillo trasero. Se puso unos guantes negros de piel. Caminó hacia la pequeña puerta de entrada al bloque de apartamentos donde vivían Salem y Rhia. La abrió. Fue hasta la puerta de entrada y timbró. Salem la observaba en su pequeño portátil, a través del circuito de vigilancia; lo había instalado unos días antes en la puerta de entrada. No la conocía. No iba a contestar a nadie que pudiera llamar a la puerta. Pero le produjo un escalofrío. Esta persona a la que no conocía. Su aspecto de militar. Se puso los auriculares y escuchó su música favorita. Se sentó en la cocina, volvió a comprobar: se había ido. Suspiró con alivio y continuó escuchando música en la cocina.

Ari observaba desde su coche.

Bois fue hacia la parte de atrás, encontró el camino. Sabía que podía acceder al jardín por el camino de atrás y llegar a las escaleras. Tenía una llave maestra electrónica, parecida a la que usó Thompson para entrar en Leichhardt, en casa de Wayne. Thompson estaba en casa, esperando una llamada de Steele. Bois abrió la puerta y se deslizó sigilosamente por el patio trasero. Rhia estaba en el coche, conduciendo hacia Albury, donde había reservado un pequeño apartamento con jardín a través de Airbnb. Llegaría en media hora y llamaría a Salem al llegar, para asegurarse de que todo iba bien. Bois notó cómo vibraba su teléfono en el bolsillo del vaquero, se volvió rápidamente y salió por la puerta.

Al otro lado del hilo estaba Abbott.

-Sally, ha desaparecido dinero. El hacker debe de tener el USB. Se ha esfumado mucho dinero –parecía enfadado, inquieto-. Ayer me llamó la señora Norton. Ahora tienes otra misión: recupera ese USB,

encuentra a la chica, luego a Les Connor. Hoy limpiaremos todo, por la Iglesia, por nuestra congregación, por nuestros candidatos.

Esto estimuló a Bois, que permanecía en el camino de atrás. Sirvió para que se concentrara más todavía.

-Creo que Billy Hassan también puede ser un problema. Proporcionó chicos y chicas jóvenes a alguna de tu gente, que puede que fueran menores, o puede que no. Sé que blanqueaba dinero para ti, pero… -dijo ella.

-¿Crees que podría traicionarme? ¿Traicionarnos?

-No estoy segura, pero dudo que quiera ir a la cárcel. Si Thompson encuentra a los chicos o el personal del Carrington testifica, aunque sólo sea uno, podría ser un problema, y parece que es posible, estando allí el policía de incógnito. Algo en lo que pensar.

-Gracias, Sally. Ahora, vuelve al trabajo. Dios te necesita; necesita que hagas esto.

-Hágase su voluntad –respondió ella.

Abbott colgó.

Ella cogió el cloroformo y lo sujetó en la mano mientras volvió a entrar por la puerta, atravesando el césped con cuidado, lentamente. Había un piso bajo que compartía patio; no vio movimiento alguno en las venecianas ni oyó nada. Subió las escaleras traseras. Miró el interior: no vio a nadie, pero la tele estaba encendida. Puso en funcionamiento la herramienta. Actuó rápidamente, sin hacer ruido. Entró por la puerta trasera y caminó despacio hasta el salón. Vio a Salem moviendo la cabeza al son de la música, con los auriculares puestos. Bois entró rápidamente en la cocina, Salem levantó la mirada, ella se le echó encima, él estaba desprevenido, ella lo sujetó y le puso el pañuelo sobre la boca, tal y como había hecho con Wayne Hampton, sujetándolo así hasta que él perdió el sentido.

Lo ató a la silla de la cocina y esperó diez minutos. Ari estaba fuera, intentando averiguar cómo entrar. Salem fue volviendo en sí poco a

poco. Los ojos se le iban acostumbrando a la luz; tenía una mordaza en la boca. Ella esperó cinco minutos más, hasta que él fue consciente de la situación. Ari estaba en la puerta trasera, probando la cerradura: estaba abierta. Giró despacio el pomo metálico. Entró lentamente.

Bois sacó la mordaza y le dijo a Salem:

-Soy de la Iglesia New Light. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Salem lo procesó, pensó en el tipo que había sido crucificado, afirmó y dijo:

-Rhia se ha ido. El USB se ha ido.

Ari oyó sus palabras, entró despacio en el salón.

Bois cogió la podadera de su bolsillo trasero y dijo:

-¿Cuántos dedos quieres perder?

Salem gritó con todas sus fuerzas:

-¡Jim! ¡Jim!

Eso sorprendió a Bois. No sabía quién coño era Jim. Creyó que Salem estaba demasiado mareado. Le tapó la boca con la mano, le giró el cuello y le susurró al oído:

-Cá-lla-te-la-pu-ta-bo-ca-ya. Lo digo en serio.

Jim Wenders estaba haciendo su compra semanal en el Woolworths de Kings Cross.

Ari entró de repente en la habitación, corriendo a toda pastilla hacia Bois, se lanzó sobre ella, cayendo todos al suelo. Agarró a Bois por la muñeca derecha, ella le clavó la podadera en el abdomen. Le perforó la piel, entrando el filo de la cuchilla. Él hizo un gesto de dolor y se apartó rápidamente. Bois le dirigió la podadera a la cara, alcanzándole un ojo y dejándolo ciego por un momento. Él se tambaleó hacia atrás con las manos en el ojo. Salem permanecía tirado en el suelo de la cocina, respirando con mucha dificultad,

demasiada como para gritar. Ari sacó una pequeña porra de su bolsillo trasero y atacó a Bois de frente, pero le sangraba el ojo. No estaba centrado; ella era muy rápida. Lo esquivó, le dio un fuerte rodillazo en las pelotas; él la derribó al suelo, cayendo sobre ella, pero ella tenía las manos libres. Le clavó de nuevo la podadera en un costado, abriéndole la carne. <<Ah, zorra, maldita zorra>>, dijo él al tiempo que se alejó rodando dolorido. Ella se levantó, le dio unas cuantas patadas en la cabeza con las Doctor Martens. Sostenía la podadera en lo alto. Él se alejó rodando, intentó levantarse, pero las heridas del costado lo pararon; lo intentó de nuevo y lo consiguió. Se puso en pie tambaleante, la sangre rezumando de ambas heridas. Bois se limitaba a mirarlo en silencio. El ojo también sangraba abundantemente. Ella se le acercó rápidamente otra vez, él lanzó un gran derechazo desesperado que le alcanzó la cabeza, balanceándola hacia atrás, pero se recuperó rápidamente. Ari estaba de pie, con las manos en el costado, recuperando el equilibrio, pero ella era demasiado rápida, le dio dos patadas en las pelotas, él se desplomó, ella le clavó la podadera en la espalda, el cuello; él se encogió como una bola para protegerse. Todavía pensaba que podía salvarse. Ella le hundió la podadera en la nuca dos, tres veces. Él gimió, intentó gritar, pero no pudo. Salem observaba horrorizado. Ella le apuñaló la cabeza, el cuello; entrando en una especie de frenesí, lo apuñaló de nuevo en el ojo. Él se abrió, derrotado, tumbado boca arriba. Ella le introdujo la podadera en el cuello, destrozándole la yugular. La sangre salió a chorros de su cuello, la cabeza colgando hacia atrás.

Murió.

Así de sencillo.

Bois lo miró y sonrió. El puto gordo había tenido su castigo.

Salem estaba tirado en el suelo con los ojos cerrados, intentando controlar la respiración, preguntándose si podría salir de esta. Oyó cómo Bois decía:

-Ahora te toca a ti, amigo mío.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Steele llamó a Thompson. Le leyó la dirección de Rhia y Salem:

-He cotejado la dirección con todas las agencias. Salem Houston también vive allí. Cumplió condena en una granja prisión de Wollongong. ¿Adivinas por qué?

-Cuéntame –dijo Thompson mientras iba hacia el coche.

-Hackeo.

-Mierda. Voy para allá. Lo más rápido que pueda.

Al llegar a la entrada de la casa timbró varias veces, pero nadie contestaba; no se oía nada dentro. Encontró, como había hecho Bois antes, el camino de atrás. Fue hacia las escaleras traseras. Vio la puerta abierta, sacó el arma, subió los escalones lentamente. Entró despacio, oyó como un leve gimoteo; se preguntó si sería un gato o un perro. Llegó a la cocina, vio a su amigo tirado en el suelo con un agujero en el cuello y heridas por toda la cabeza.

Muerto.

Sangre por todas partes.

Esperaba que hubiera ADN.

Thompson se dejó caer apoyándose en la pared de la cocina, encendió un cigarrillo, aspiró el humo con fuerza, lo expulsó de frente; suspiró. Durante unos minutos se olvidó del otro sonido. Miró a su amigo; quería gritar o llorar, pero no lo hizo. Acabó el cigarrillo. No iba a tener piedad con Bois. Escuchó de nuevo el gimoteo.

Se dirigió al baño, de donde venía el sonido. Salem estaba en la bañera, con una gran cantidad de papel higiénico alrededor de la

mano izquierda; aquí también había mucha sangre por todas partes.

Miró a Thompson, que dijo:

-¿Salem?

Salem temblaba como si estuviera desnudo en una noche de invierno a dos grados de temperatura. Temblando, llorando, dijo:

-No se lo he dicho. No se lo he dicho.

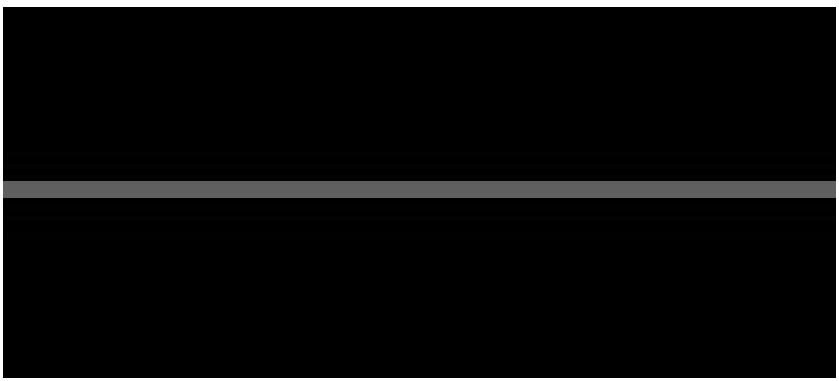
-¿Qué es lo que no le has dicho?

-No se lo he dicho. No se lo he dicho –repetía.

Thompson vio las puntas de tres dedos, tiradas al azar en la bañera. Supo lo que había sucedido. El chico estaba en shock. Llamó a una ambulancia. Esperó con él, hablándole, se metió con él en la bañera y le rodeó el hombro con su brazo. Intentó hacerle preguntas sobre lo que había pasado, pero había parado de hablar. Seguía temblando; dejó caer la cabeza sobre el hombro de Thompson.

Thompson hizo otra llamada.

-Señor Kholi, tengo otro para usted.



Rhia llamó a Salem, pero respondió una mujer:

-Hola.

-Quiero hablar con Salem.

-Se ha acabado el tiempo de hablar –dijo Bois-. Queremos el USB. Queremos recuperar nuestro dinero.

-Quiero hablar con Salem.

-Es demasiado tarde.

Rhia colgó.

-Oh, mierda –dijo despacio-. Salem no, no así.

Recordaba el número de teléfono de Thompson. Lo había memorizado para esta situación. Pero esperó. Esperó una hora entera. Tenía miedo de que localizaran su llamada.

Lo llamó.

-Aquí Thompson –dijo él con voz ronca.

-Soy Rhia.

-¿Dónde estás?

-¿Está vivo?

-Sí, está vivo. Lo han llevado al hospital. Habrá un agente uniformado en la puerta de su habitación. No podrán hacerle nada más.

-¿Qué le han hecho?

-Está bien. Es más psicológico que otra cosa, los médicos han dicho que se recuperará. Mañana iré a verle, a ver si puede hablar.

Ella colgó. Estaba seguro. Estaba vivo. Ya era algo.

Despertó a Molly, recogió todo rápidamente, se subieron al coche y arrancaron. Llegarían a Melbourne en tres horas. Era una ciudad grande, allí podía perderse, perder a alguien que fuera a por ella, a

por ellas.

Thompson cogió otra llamada. Esta vez era Steele.

-Les Connor está muerto.

-¿Qué?

-Me han llamado de la comisaría de Kings Cross. Los avisó un anónimo. Enviaron a dos detectives. Estaba muerto, con la cabeza colgando hacia atrás en el sofá, sentado, con una herida punzante en el cuello. Lo hizo un profesional.

-Bois, limpiando todo –dijo Thompson.

Colgó.

Vino la ambulancia y se llevaron al chaval tembloroso.

Llegaron el señor Kholi y su equipo. Kholi sacudió la cabeza, no conocía a Ari y le dijo a Thompson:

-¿Qué ha pasado aquí?

-Forma parte del todo incluido de la Iglesia New Light. Es un amigo mío, trátalo con respeto, si puedes. Sé quién lo hizo. Cualquier cosa que puedas encontrar para identificarla estaría bien.

-¿Una mujer?

-Sí, una mujer.

## CAPÍTULO TREINTA

Bois no había visto la necesidad de acabar con Salem; le había dado lo que quería. Ahora conducía hacia Melbourne. Salem le había contado que Rhia y Molly iban hacia allí en un I20 azul claro. Para empezar una nueva vida. Le había arrancado tres dedos con la podadera; no había razón para no creerlo. Dijo que había salido hacía sólo un par de horas, así que Bois decidió conducir. Abbott también conocía gente allí; la estarían buscando. No se lo contó a Billy Hassan. Abbott le había dicho que ahora Hassan estaba al margen. Ella ignoraba sus llamadas. La primera vez que hacía eso. A él no le gustaba. Llamó a Abbott, que tampoco le respondió. <<Ha encontrado a la puta zorra para ellos>>, pensó, <<y ahora me excluyen>>. Pero no era cierto. Abbott sólo quería que Bois estuviera tan centrada como fuera posible.

Thompson llamó a su mujer. Le preguntó si podía verla y también a su hija Rachel, si podía ser.

-¿Un mal día, Carter?

-Sí, Ari ha muerto.

Una breve pausa.

Más pausa.

-Lo siento, Carter. Sé cuánto, eh…, ven, aquí estaremos las dos.

-Estaré ahí dentro de dos horas.

Cash Thompson entró en su coche, puso el contacto y dijo:

-Pon a Charlie Parker.

Sonó All the things you are a través de los altavoces; escuchaba atentamente, intentando perderse en la música, olvidar lo que había visto. No funcionó. ¿Dónde estaba Bois? ¿Tenía el USB? ¿Sabía dónde estaba Rhia? Siguió conduciendo hacia Potts Point. Al edificio que había visto mejores tiempos donde estaba el ático de Les Connor. ¿A dónde había ascendido en el mundo? A donde fue asesinado. Su mujer todavía se escondía en Central Coast. Otra que bailaba al son de Abbott.

Hoy no había nadie en la portería. <<Puede que lo hayan organizado>>, pensó, <<de hecho, seguro que lo han organizado>>. Subió en el ascensor. Había cinta perimetral; pasó por debajo. El equipo se había marchado. Había dos tíos de uniforme en la habitación, hablando, bromeando.

-¿Me dejáis la habitación, chicos?

Se miraron y se encogieron de hombros; les habían dicho que le dejaran hacer lo que quisiera.

-No os vayáis lejos –dijo. Salieron y se quedaron al otro lado de la puerta.

Fue hacia Les Connor. Llevaba puesto un polo que tenía un cocodrilo. Pantalones blancos. Su cabeza tal y como la había descrito Steele, caída contra el respaldo del sofá. La pequeña herida punzante era evidente. Estuvo una hora inspeccionando el sitio, sin estar seguro de qué buscaba. Un rastro de Bois. Pero no habría nada. Lo sabía.

No encontró nada.

Los de toxicología le dirían el veneno. Era muy importante. Si podía vincular el veneno a Bois, era un buen vínculo. Quizás suficiente para acusarla. Llamó a Kholi y le dijo que consiguiera a los mejores del mundo para averiguarlo.

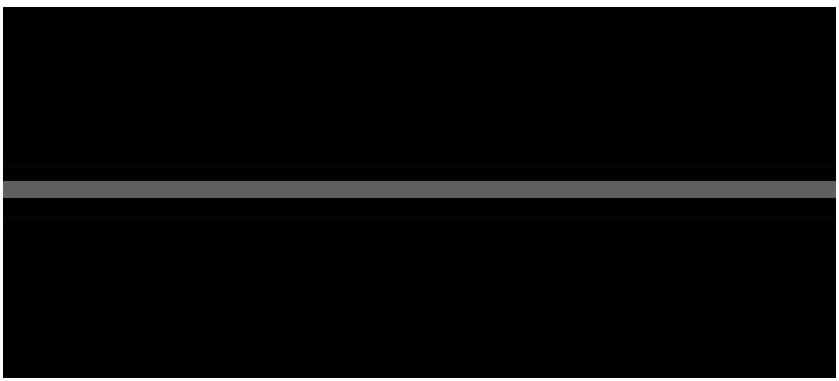
-Este es personal –dijo Kholi.

-Todos lo son, señor Kholi.

-Por supuesto, lo siento.

Thompson se fue, condujo hacia la casa de su mujer en Paddington. Ella y su hija compartían una vivienda adosada. Había un nuevo amante, un hombre más joven, pero su mujer sabía que no debía juntarlos en el mismo barrio, y mucho menos en la misma casa. También era abogado. Se llamaba Tom Gunstone. Thompson pensaba en él como <<mandíbula cuadrada>>.

Le apetecía irse a casa, tomar speed, encontrar a Bois, matarla.



Su hija contestó a la puerta.

-Hola, papá –dijo cuando vio que era él. Abrió más la puerta para que él entrara, lo abrazó; él le devolvió el abrazo con un poco menos de entusiasmo que ella. No le importaba, su padre era así. Hacía eso. Mantener a la gente a distancia, a todo el mundo.

-Mamá me ha contado lo de tu amigo. Lo siento mucho.

-Gracias, Rachel, eres la mejor.

Lo abrazó de nuevo. Él se quedó allí, dejando que lo hiciera. Fueron hacia la cocina. Su mujer, examante, a veces mejor amiga, estaba haciendo pasta.

-Hola, Cassie. Huele bien.

-Ñoqui, tus favoritos; también hay champiñones, ajo, salsa de tomate y…

-Huele genial.

-¿Quieres ver la tele, papá? Mientras mamá acaba.

-¿No vas a ayudarle, Rachel? No es propio de ti.

-Muy gracioso, papá. Vamos. Mmm, estoy enganchada a una serie japonesa que se llama Midnight Diner; te va a encantar. Hay un chef japonés que tiene un bar de comidas en Tokio. En una zona de marcha, donde ocurre todo. A su bar viene gente de todo tipo. Cuentan cómo cada persona tiene una comida favorita, y mientras él cocina sus historias se van desarrollando…

-Vale, vale, suena bien. Vamos. Me has convencido.

Pensaba en Rhia. Steele le había dicho que su hija tenía ocho años. ¿Qué clase de vida iban a tener ahora? ¿Dónde estaba Bois? ¿Qué le había contado Salem? ¿Dónde estaba el USB?

Miraba la serie de Netflix, pero sin prestar atención. Su hija hablaba rápido sobre todo lo habido y por haber. Él asentía y decía que sí cuando creía que era el momento oportuno. La cena sería en la cocina, sobre la enorme mesa de madera que su mujer había comprado recientemente. Todo lo que él sabía es que valía una fortuna. También que era bonita. Larga, recta, firme, con viejos nudos en la madera.

-Has recibido el dinero, ¿no? Lo he transferido –dijo.

-Sí, lo recibí, gracias. Lo siento. Tenía un mal día. Ya sé que no tienes problemas para eso y…

-No pasa nada, nena, en serio.

<<Siempre tiene un puñetero mal día>>, pensó. Le sonó el móvil. Era Aimee.

-Tengo que cogerlo, lo siento.

Volvió por el largo pasillo hasta el salón donde había estado viendo Midnight Diner.

-Me alegro de oír tu voz.

-Gracias, Cash. ¿Está bien si te llamo así? Me gusta mucho.

-Está bien. ¿Qué haces?

-Nada. ¿Quieres pasarte, salir?

-Sí, dame una hora, más o menos.

-¿Dónde estás?

-Cenando con mi mujer y mi hija. Tenía que hacerlo. Era lo que esperaban de mí.

-Está bien. Entonces, mmm, ¿te veo cuando vengas?

-Sip.

Volvió a la cocina, comió rápidamente y estuvo otra media hora en la habitación de su hija. Jugaba a cricket en un equipo local. Y también a voleibol. No mencionó nada de salir o de sus novios. Él no le preguntó.

-Gracias por pasarte, papá. Siento lo de tu amigo.

-Yo también. Te quiero.

Condujo hasta Bondi. A lo largo del trayecto a casa fue comprobando que no lo seguía Bois o cualquier otro. Cogió la lata

de café. Hizo lo de siempre con el speed. Reservó suficiente para poder hacer unas pocas rayas más tarde. Tendría que conseguir más. Pero ya no estaba Ari. Tenía otros contactos. Condujo hasta Newtown, otra vez comprobando todo el rato que nadie lo seguía. Salió del coche y subió las escaleras hasta el pequeño apartamento, pensando en que le apetecería ir a la cama con ella en cuanto entrara, quedarse allí toda la noche con ella. Sería la mejor medicina.

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Por la mañana Thompson fue al hospital St Vincent. Le dijeron que Salem estaba sedado pero que podía hablar, que se había calmado mucho pero todavía era mentalmente frágil. Encontró la habitación de Salem. Mostró su identificación al policía uniformado de la puerta y preguntó:

-¿Ha entrado alguien más?

-No.

-¿Alguien ha querido entrar?

-Ayer por la noche vino un tipo de unos cincuenta años, bien vestido. Me han grabado a fuego que sólo le dejara entrar a usted, pero ese tipo no paraba de insistir; no le dejé entrar.

-¿Era bajito, con un poco de barba?

-Sí, era ese. Me parecía que lo conocía de algo.

-Vale, gracias.

<<Abbott, capullo de mierda>>, pensó Thompson.

El hijo de puta nunca se rinde.

Salem tenía los ojos cerrados, las manos por fuera de la sábana, y la manta a un lado. Carter Thompson se sentó en una pequeña silla al lado de la cama, cogió la mano derecha de Salem y la apretó. Durante treinta o cuarenta segundos no sucedió nada; después abrió los ojos. Thompson dijo:

-Salem.

Parpadeó unas cuantas veces. Luego se sacudió violentamente, de

repente, abriendo mucho los ojos. Aspiraba y espiraba con fuerza. Miró a Thompson durante un minuto, procesando.

-Me llamo Carter Thompson.

Salem lo miraba fijamente, y finalmente dijo:

-Usted me salvó.

-No exactamente.

-Está bien –dijo-, no se lo he contado.

-¿Qué no le has contado?

-No le he contado dónde está el USB. He inventado una historia acerca de dónde está ella.

Salem cerró los ojos de nuevo. Respiraba despacio.

-¿Qué quieres decir con << una historia >>?

-Le conté que Rhia y Molly iban a Melbourne. No pude pensar en otra cosa lo suficientemente rápido, tenía mucho dolor.

-¿Qué dijiste?

Volvió a cerrar los ojos. Respiraba.

-Estoy tan cansado –dijo.

-Está bien, tómate tu tiempo.

-Ah –dijo-, pero le dije que Rhia se había ido unas horas más tarde de lo que lo hizo, como a las once o las doce de la noche. Le llevaría mucho adelanto. El coche que lleva es rojo, no azul claro. ¿Puede encontrarla? ¿Puede salvarla?

-Sí, puedo. Vas a tener que llamarla, decirle que puede confiar en mí, ¿de acuerdo?

-Ahora, hagámoslo ahora.

-¿Ya estás preparado? ¿Estás seguro?

-Sí, puedo hacerlo. Quiero oír su voz.

-Dame el número. Yo lo marco. Salgo de la habitación. Te dejo unos minutos. Pero sólo unos minutos, tenemos que llegar a ella.

-Sí, sí.

Thompson marcó el número, le pasó el móvil a Salem y salió de la habitación.

Lo observaba desde la puerta; vio cómo le caían las lágrimas, cómo hablaba con ella con voz suave. No podía oír lo que decía. Deseaba de verdad que no le estuviera diciendo que huyera. <<Ahora no, por favor>>, deseó Thompson. El chico finalizó la llamada. Thompson volvió a entrar.

-Puedes llamarla, no hay problema. Está de acuerdo en no huir. En acudir a una estación de policía. Le conté lo que me había pasado, que no podría soportar que le pasara algo a ella o a Molly. Que hiciera lo que usted diga. Confía en usted.

-Me alegro. Ahora la llamo.

-Carter, ha dicho que se llama Carter.

-Sí.

-El USB sobre el que gira toda esta mierda. Está enterrado en la maceta de la cocina.

-Oh.

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Thompson fue al apartamento de Darlinghurst. Encontró la maceta intacta. Hacía tiempo que se habían llevado el cuerpo de Ari. La colocó en la pequeña mesa de madera. Rebuscó entre la tierra con los dedos. En seguida encontró el USB. Había traído el portátil en el coche. Salem le había facilitado la contraseña. Era todo lo que necesitaba, ya que Salem había roto el código. Vio las fotos y los vídeos; había cientos. Jamieson y Bobby Hughes, el <<equipo A>> de Abbott para las elecciones al senado, estaban en ellas, mostrando distintas poses y también en vídeos tirándose a aquellos jóvenes. También estaba Les Connor, también Norton, pero ellos estaban muertos; sólo sentiría vergüenza la viuda de Norton, o quizás no. Claramente conocía la existencia de las fotos y los vídeos, su importancia. Abbott y Bois no aparecían en el USB. Seguiría adelante con su podrida Iglesia. A veces el escándalo despejaba el camino para la aparición de la siguiente generación de candidatos. Abbott se mostraría consternado, horrorizado ante las revelaciones.

Hijo de puta.

Llamó a Steele. Le contó todo y luego le envió un correo electrónico con un adjunto que contenía todo lo que había en el pequeño USB azul claro. Añadió una nota: <<sigue al dinero>>.

Llamó a Tony Wu, del The Star.

-Tengo su exclusiva, Wu, páseme su dirección de correo. Lo entenderá en cuanto abra el archivo adjunto.

-¿Qué hay en él exactamente?

-Pornografía, puede que con menores, puede que no, pero seguro que suficiente como para acabar con sus carreras. Quizás quiera seguir el rastro del dinero. Mi jefe lo hará. Estoy seguro de que trabajará con usted. Yo he acabado con el caso, pero… no sé. Usted

es el periodista.

-Gracias, Thompson. Le llaman Cash, ¿no?

-Sip, pero usted puede llamarme Carter.

-Conciso también. Eso me gusta.

-Nos vemos, Wu. Haga un buen trabajo.

Thompson colgó.

Intentó llamar a Rhia durante todo el día, pero no consiguió nada. Cuando Salem la llamó desde el hospital le dijo que se deshiciera del coche, que sacara tanto dinero como pudiera, que cogiera un tren a Brisbane, donde en algún momento se reuniría con ella. Rhia hizo lo que le dijo, pero acabó en Gold Coast. Mucha gente se había reinventado en Gold Coast.

Al día siguiente, Thompson fue al St Vincent a ver a Salem. Saludó al policía de uniforme, que lo recibió con un <<Hey, Cash>>.

-Hey, Rod.

Fue hacia la silla del lado derecho de la cama. Salem se despertó en cuanto se sentó.

-¿Cuánto dinero has desviado? –preguntó Thompson.

Salem se frotó los ojos con las manos y dijo:

-¿Qué?

-Venga. ¿Cuánto?

-Setecientos cincuenta mil.

-¿Cuánto de eso has puesto en una cuenta para Rhia?

-Cincuenta mil.

-Vale.

-¿Y ahora qué?

-Sabes que las víctimas de delitos suelen percibir algún tipo de remuneración; eso serían los cincuenta mil que has establecido para Rhia. El resto lo devuelves, o vais a la cárcel Rhia y tú, y la niña crece del mismo modo que tú y Wayne Hampton.

Salem tosió unas cuantas veces.

-Trato.

-Ya no me importa Rhia. No voy a perseguirla. La policía no la quiere, pero te sugiero que la prevengas para que no vuelva a Sídney. No creo que Abbott olvide.

-No lo hará. No volverá.

-Tienes que recuperarte. Este policía estará fuera hasta que estés listo para irte a casa. Has pasado por muchas cosas. Mucha gente habría cantado todo antes de que ella empezara. Eso lo entiendes, ¿no?

-Gracias.

-Que tengas una buena vida.

Cuando la historia salió a la luz se extendió como un incendio descontrolado. Cada hora se abrían nuevos frentes. The Star

comenzó todo con una portada de Bobby Hughes y Jamieson. El titular ponía: Candidatos de la Iglesia New Church pillados en un motel de Kings Cross divirtiéndose al estilo de Calígula. El titular ocupaba casi toda la portada. El reportaje de Wu ocupaba las primeras cuatro páginas. Se hizo viral inmediatamente. Sacudió a los calzonazos de derechas de la radio, que disparaban salvas como si fuera la primera guerra mundial. Abbott acaparó mucha atención, pero no acudió a los medios. Tenía a un tipo para hacerlo.

El tipo era Julius Heston, abogado de los ricos y famosos; cuanto más alto el perfil del acusado, mejor. Comenzó la operación limpieza diciendo que los miembros diabólicos de la Iglesia habían sido expulsados inmediatamente. Ya no tendrían conexión alguna con New Light. El señor Abbott está consternado, horrorizado, pero continuará con sus deberes en la Iglesia. La gente estaba intentando destruir New Light, pero los fieles estarían de nuevo en Bondi Junction el domingo, y viéndolo desde toda Australia.

Amén.

Otro fariseo.

Según se dice, Sheila Watson no era una mala persona, pero el escándalo la salpicó como una mancha de café en un mantel blanco. También se retiró de la carrera al senado.

Adiós a los sueños de equilibrio de poder.

Al-Abadi fue puesto en libertad sin cargos. Por un extraño capricho del azar, no aparecía en ningún vídeo. No admitió nada y no denunció a Thompson por la violencia ejercida contra él. Pero estaba estremecido, y juró para sus adentros que no volvería jamás a la Iglesia New Light ni tendría nada que ver con ellos.

Billy Hassan continuó haciendo lo que mejor sabía. Thompson se preguntaba si Steele empezaría a investigarlo en algún momento. El problema era que podías deshacerte de un Billy Hassan, pero algún otro delincuente de mala calaña ocuparía su lugar. Abbott también lo sabía. No cortó su relación con Hassan. Sugirió que le llegarían más negocios. Necesitaba el sexo para controlar a los miembros y a otros. << Haz lo que te ordeno o lo mostraré al mundo, y entonces

estarás acabado>>; y ahora podía añadir <<como Bobby Hughes>>.

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Aproximadamente una semana más tarde, Bois volvió a Melbourne. Informó a Abbott de que no había podido encontrar a Rhia en ningún sitio. Él le dio las gracias y le dijo que permaneciera en guardia. Habían encontrado el USB. Lo tenía la policía.

-No hace falta que te diga lo que contiene, Sally. Gente enfermiza haciendo cosas enfermizas.

-Sé lo que contiene.

-Me ha llamado Steele, el jefe de Thompson. Dijo que se habían hecho copias del USB. El dinero permanecerá retenido hasta que los abogados y tribunales decidan qué hacer con él. El dinero que había sido retirado ha sido devuelto, o casi todo.

-¿Y qué hay de mí?

-Necesitas descansar. Te llamaré cuando volvamos a necesitarte.

El coche abandonado de Rhia apareció en una calle secundaria de la avenida Sydney, en Coburg. No estaba registrado a nombre de

nadie. No se había entregado ninguno de los papeles requeridos. No había traspasado la propiedad del coche.

Thompson volvió al gimnasio Hector, en Redfern, para volver a hacer boxeo. Recibió y repartió. Golpeó el pesado saco, trabajó la velocidad y el movimiento de pies con la pera y en el cuadrilátero. Continuó haciéndolo durante ocho semanas, como en los viejos tiempos. Volvió a cogerle el gusto. Steele le había dado tiempo para recargar energías, para comenzar de nuevo su trabajo en la oficina del fiscal en cualquier crimen que se le asignara.

Salem desapareció un día de su apartamento. Sólo Jim Wenders sabía a dónde iba, y no se lo iba a decir a nadie. Se había recuperado físicamente de la tortura a la que lo había sometido Bois, pero todavía estaba débil mentalmente. No le había contado a Rhia lo de los dedos, pero ella lo cuidaría hasta que volviera a ser el mismo de antes. Ella y Molly. Eso era lo que esperaba.

Bois aparcó en el garaje de su apartamento en North Bondi. Salió del BMW. Cerró de un portazo. Giró para entrar en el apartamento, pero algo llamó su atención. Se dio la vuelta. Carter Thompson estaba de pie detrás del coche.

-Señorita Bois.

-Thompson. O Cash, ¿no? Cash, así es cómo le llaman.

-Sip.

-¿Qué quiere?

-A ti.

Caminó hacia ella, que dejó caer la bolsa del gimnasio. Se puso en posición de luchadora callejera. Thompson tomó su posición de boxeo y la acosó al tiempo que ella retrocedía hacia la pared. Él llevaba vaqueros de color negro, zapatillas negras y una vieja camiseta negra que ponía << Letal >> en amarillo. Bois llevaba el chándal negro de Adidas, y zapatillas blanco y negro de la misma marca.

-He estado deseando hacer esto desde el primer día –dijo ella.

-Me alegro –respondió él.

La tenía con la espalda casi del todo contra la pared lateral del garaje. Ella intentó golpearle el estómago, la bloqueó y la golpeó con fuerza en la cara con un cruzado de derecha. Ese buen cruzado de derecha. Cayó contra la pared. Él no dijo nada. Volvió a ponerse en pie. Fue derecha hacia él con patadas y una ráfaga de puñetazos; él bloqueó las patadas. Ella le golpeó un lateral de la cabeza con su puño izquierdo, él retrocedió un poco, ella lo atacó con dureza, lanzándole una combinación de derecha e izquierda que le hizo sacudirse. Él se agachó y ella le dio una patada en la cabeza; la bloqueó. Dio dos buenas patadas, en una combinación tan rápida como las manos de un boxeador, golpeándolo de nuevo en el lateral de la cabeza. Atacó fuerte con dos patadas, él bloqueó una y luego le agarró la pierna izquierda y la empujó hacia atrás. Ella trastabilló. Él se puso en pie. La acechó de nuevo. Ella retomó su posición.

Él avanzó despacio, lanzó otra vez ese buen cruzado de derecha, golpeándola directamente en la nariz; brotó la sangre.

-Hijo de puta. Te voy a…

Él dio un paso adelante, la golpeó dos veces en la frente, fuerte de cojones. Ella se tambaleó hacia atrás, él la siguió, y habló por primera vez en la pelea:

-¿Qué pasa, señorita Bois?

Ella se irguió y retomó su posición. Había sido entrenada para encajar una paliza de larga duración. Volvió hacia él, le dio una patada en el abdomen, él le agarró la pierna y la arrastró hacia él. Llevó la otra mano al bolsillo trasero. Sacó un pequeño cuchillo deshuesador muy afilado, lo clavó con fuerza en la zona carnosa bajo las costillas, le desgarró la carne y lo sacó con violencia. Ella abrió mucho la boca, pero no gritó. El dolor. Se lo clavó de nuevo en el costado, la zarandeó otra vez y dijo:

-Así es como luchas, ¿no? Con un cuchillo, con un arma.

La apuñaló de nuevo en el pecho, dos veces, ella se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo. Él le hundió el cuchillo en el corazón. Se puso en pie. Observó cómo sangraba.

Se clavó a sí mismo el cuchillo en los brazos con firmeza. Se cortó en la zona del estómago; una herida superficial. Tendría pequeñas cicatrices que le recordarían esto. Le recordarían a Ari. Le puso el cuchillo en la mano derecha y luego lo apartó un poco de una patada.

No tuvo piedad.

Llamó a Steele:

-Estoy en casa de la señorita Bois, en North Bondi, en el garaje. Me llamó para que viniera, con el pretexto de que alguien había intentado entrar en su casa. La conocía a raíz del caso del señor Norton.

-Continúa.

-Me atacó con un cuchillo. Me defendí. Está muerta, por desgracia. Necesito un equipo de limpieza aquí rápidamente, Steele.

-Sí.

-Kholi no. Tenemos demasiada relación, ¿entiendes?

-Por supuesto.

-También creo que ya he tenido demasiado de este trabajo.

-¿Qué vas a hacer?

-Montar una ETT.

-Tómate tu tiempo para pensarlo. Hazlo por mí, Carter.

-Lo haré.

Nadie la echaría de menos.

Adiós y hasta nunca.

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado leyendo La Ciudad del Pecado. Tómese un momento para dejar una reseña, incluso si es breve. Tu opinión es importante para nosotros.

Atentamente,

Sean O'Leary y el equipo de Next Chapter

## ACERCA DEL AUTOR

Sean O'Leary es un escritor de Melbourne, Australia. Ha publicado dos colecciones de relatos literarios: My Town y Walking. Su novela Drifting ha resultado ganadora del The Great Novella Search 2016 y ha sido publicada en 2017. Ha autopublicado The Heat, una novela corta policíaca ambientada en Darwin y Bangkok, en 2019. Drifting y The Heat serán reeditadas por Next Chapter. Su segunda novela corta policíaca, Preston Noir, se publicó en 2020 en Crime Double Feature… Neo Noir, de la editorial independiente Zombie Pirate Publishing. Wonderland, su colección de novela policíaca, ha sido publicada recientemente por la irreverente Close to the Bone Publishing, en el Reino Unido. Su nueva novela policíaca, Going All the Way, está disponible a través de Next Chapter. Su colección Tokyo Jazz & Other Stories también está disponible a través de Next Chapter. En estos momentos está trabajando en una nueva serie policíaca y escribe relatos cortos de manera regular.

Le gusta caminar por todo el planeta, viajar tanto como puede; es seguidor del Melbourne Football Club (una cadena perpetua), disfruta con el arte aun sin tener conocimientos, es un fanático de las películas y escribe como un poseso.